Biblioteca de Patrística

ATANASIO

epístolas a serapión sobre el espíritu santo

Ciudad Nueva

Atanasio de Alejandría
EPÍSTOLAS A SERAPIÓN
SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

A los lectores de Biblioteca de Patrística les es familiar la figura de Atanasio de Alejandría por sus obras *La Encarnación del Verbo, Contra los paganos, Vida de Antonio.* Las *Epístolas a Serapión sobre el Espíritu Santo,* que presentamos en este volumen, tienen una notable importancia desde un punto de vista histórico-dogmático.

En primer lugar, por la ocasión y motivo por los que fueron escritas: la refutación de una nueva herejía que negaba esta vez la divinidad del Espíritu Santo. Estamos en torno a los años 360. Los nuevos herejes eran los *trópicos*, así llamados por san Atanasio, que se servían de un peculiar modo de interpretar las Escrituras para presentar al Espíritu Santo como una criatura. Decían no ser arrianos, pero Atanasio sabe bien desenmascarar cuál es su matriz ideológica, que no era otra que el arrianismo.

En segundo lugar, la obra es importante por la refutación de los herejes, si bien no alcanzó la formulación positiva de proclamar la divinidad del Espíritu Santo, sino sólo la prueba de que no era una criatura. Pero si no estaba del lado de las criaturas, qué otra cosa podría ser sino Dios, tratándose de algo propio del Verbo, propio del Padre, propio de Dios.

Y en tercer lugar, por la elaboración de un amplísimo florilegio de textos bíblicos de ambos Testamentos referidos siempre al Espíritu Santo, basándose en criterios objetivos de interpretación de textos. Autores posteriores, como Basilio, Dídimo, Ambrosio y otros supieron aprovechar el estudio realizado por Atanasio.

La presente traducción es la primera edición íntegra de la obra que se publica en lengua castellana.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA
71

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Atanasio de Alejandría

EPÍSTOLAS A SERAPIÓN SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

Introducción, traducción y notas de
Carmelo Granado, S. J.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
RESIDENCIA DE PROFESORES
MADRID

Ciudad Nueva
Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

© Carmelo Granado, S. J.

© 2007, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-081-1
Depósito Legal: M-17272-2007

Impreso en España

Maquetación: Jorge León
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Para Juan Bautista, Manuel,
Horacio, Alfonso y Emiliano
en homenaje de fraternidad.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

BPa	Biblioteca de Patrística
CC	Corpus Christianorum
CSCO	Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium
DHGE	Dictionnaire d'Histoire et Géographie Ecclésiastique
DPAC	Diccionario Patrístico y de la Antigüedad Cristiana
DTC	Dictionnaire de Théologie Catholique
EE	Estudios Eclesiásticos
Gr	Gregorianum
GSC	Griechische Christliche Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderte.
JTS	Journal of Theological Studies
NZST	Neue Zeitschrift für Systemastische Theologie
PG	Patrologia Graeca, Migne
PL	Patrologia Latina, Migne
RAC	Reallexikon für Antike und Christentum
SC	Sources Chrétiennes
SJT	Scottish Journal of Theology
TRE	Theologische Realenzyklopädie
TU	Texte und Untersuchungen
VigCh	Vigiliae Christianae
ZKG	Zeitschrift für Kirchengeschichte

INTRODUCCIÓN

La noche del 8 al 9 de febrero del 356 fue asaltada por el ejército, bajo el mando del general Siriano, la iglesia de san Teonas, donde Atanasio estaba celebrando la liturgia[1]. El emperador Constancio había dado la orden de apresar y exiliar a Atanasio. Pero éste consiguió escapar. Durante seis años Atanasio vivió clandestinamente entre los monjes del desierto. Por tercera vez en su episcopado, y no sería la última, se veía obligado a vivir lejos de su sede y a atender a sus fieles desde su refugio. Aún en su huida estará permanentemente informado de todos los acontecimientos, y su retiro será de lo más productivo desde el punto de vista de su actividad li-

1. Informa el mismo Atanasio, cf. *Historia de los arrianos a los Monjes*, 81 (PG 25, 792-796); *Apología a Constancio*, 25 (PG 25, 625-628); *Apología de su huida*, 24 (PG 25, 673-676). Para una presentación de la biografía de san Atanasio remito a las introducciones de sus obras publicadas en *Biblioteca de Patrística: La Encarnación del Verbo*, BPa 6, Madrid 1989; *Contra los paganos*, BPa 19, Madrid 1992; *Vida de Antonio*, BPa 27, Madrid 1995. Téngase en cuenta también M. TETZ, "Athanasius von Alexandrien", en: *Athanasiana. Zu Leben und Lehre des Athanasius*, Berlin-News York 1995, págs. 1-22 (= *Theologische Realenzyklopädie*, IV [Berlin-New York 1979] 333-349. Sobre el *dux* Siriano cf. A. H. M. JONES - J. R. MARTINDALE - J. MORRIS, *The Prosopography of the Later Roman Empire. I: a.d. 260-395*, Cambridge 1971, pág. 872 (se citan las referencias que ofrecen Atanasio, Sozomeno y Lucífero de Cagliari).

teraria[2]. Estaban al tanto de sus escondrijos todos aquellos que le servían de correos. Precisamente en este período de clandestinidad recibe la consulta cuya respuesta dará lugar a los escritos que se publican en el presente volumen.

1. Serapión, obispo de Thmuis

Uno de sus amigos y sufragáneos, el obispo Serapión de Thmuis[3], le informó de la existencia de algunos que, satisfechos con afirmar la divinidad del Hijo, negaban la divinidad del Espíritu Santo. Serapión añadía los argumentos bíblicos y racionales con los que pretendían fundamentar su doctrina. No se conserva la carta o la nota en que Serapión comunicaba a Atanasio la existencia de los nuevos herejes. Hasta ese momento Atanasio no tenía conocimiento de la nueva herejía, lo que explica la conmoción espiritual que le produce la lectura del escrito de Serapión. Aunque el nombre de Serapión no aparece en las cartas, la tradición lo presenta como destinatario de las mismas[4]. No cabe duda que es mérito suyo haber obtenido de Atanasio las tres-cuatro cartas sobre la divinidad del Espíritu[5].

2. Pertenecen a esta época la *Epístola a los Obispos de Egipto y Libia*, la *Apología de su huida*, la *Epístola sobre los Sínodos de Rímini y de Seleucia*, la *Historia de los arrianos*.

3. Cf. R. P. Casey, *Serapion of Thmuis Against the Manichees*, (Harvard Theological Studies XV), Cambridge Mass. - London 1931 págs. 5-16; M. Tetz, "Athanasius und die Vita Antonii", en *Athanasiana*, pág. 155-184 especialmente sobre Serapión págs. 165-173; Kl. Fitschen, *Serapion von Thmuis. Echte und unechte Schriften sowie die Zeugnisse des Athanasius und anderer* (Patristiche Texte und Studie 37), De Gruyter Berlin-New York 1992.

4. Cf. J. Lebon, *Lettres à Sérapion*, pág. 12-17.

5. PG 26, 529-676.

Serapión, obispo de Thmuis en el delta del Nilo, fue monje[6], amigo[7] de san Antonio (†356), quien le hace confidente de sus visiones[8], y que, cuando va a morir, deja sus dos túnicas de pieles una para Atanasio y la otra para Serapión[9]. Superior de una colonia de monjes, Serapión fue nombrado obispo[10] y continuaría en estrecha relación con los monjes.

Amigo de Atanasio, el 340 Atanasio le dirige una carta para que, entre otros asuntos, dé a conocer la próxima fecha de la Pascua y el ayuno cuaresmal que debe preceder[11]. En el concilio de Sardes (342 ó 343) figura entre los obispos egipcios un Serapión que firma a favor de la rehabilitación e inocencia de Atanasio[12]. El 353 Serapión se encuentra en Roma defendiendo a Atanasio ante el papa Liberio y en Milán ante el Emperador Constancio II de los ataques de los eusebianos[13], aunque no pudo ver al emperador. El cerco que se le iba haciendo a Atanasio y el aislamiento a que se vio sometido culminó en el asalto a la iglesia que recorda-

6. Cf. ATANASIO, *Epístola a Draconcio*, 7: PG 25, 532A.

7. Cf. JERÓNIMO, *De viris illustribus*, 99 (Biblioteca Patristica 12, Firenze 1988).

8. «Mientras estaba sentado en la montaña, veía lo que sucedía en Egipto, y se lo narraba al obispo Serapión, que estaba en la montaña interior y que veía a Antonio inmerso en las visiones» (ATANASIO, *Vida de Antonio*, 82, 3: BPa 27, pág. 115). M. TETZ, "Athanasius und die Vita Antonii", en *Athanasiana*, págs. 166-167.171.173 plantea o sugiere si la información que Serapión ofreció a Atanasio no fue por escrito.

9. Cf. ATANASIO, *Vida de Antonio*, 91, 9: BPa 27, pág. 124.

10. ATANASIO, *Epístola a Draconcio*, 7: PG 25, 532A: «No eres el único monje que ha sido ordenado, ni tú el único que ha presidido un monasterio o el único que ha sido amado por los monjes, pues bien sabes que Serapión era monje y que había presidido a muchos monjes».

11. Cf. PG 26, 1412C-1414A.

12. Cf. ATANASIO, *Apología contra los arrianos*, 50: PG 25, 340A.

13. Cf. *Histoire 'Acéphale' et index syriaque des lettres festales d'Athanase d'Alexandrie*, ed. A. MARTIN, (SC 317), págs. 140-142 y notas en págs. 178-180.

mos al comienzo. Atanasio también le dirigió una carta sobre la muerte de Arrio[14].

Serapión es autor de un libro *Contra los Maniqueos*[15] y de otro sobre los *Títulos de los Salmos* que se ha perdido. Se conservan también algunas de su cartas[16] y algún que otro fragmento de sus obras. San Jerónimo señala que por su cultura Serapión mereció el sobrenombre de "Scholasticus" y también señala su confesión de fe bajo el emperador Constancio[17]. Se desconoce la fecha de su muerte. El conjunto de 30 oraciones litúrgicas contenidas en el *Eucologio (llamado) de Serapión* no puede tener como redactor final[18] a Serapión, obispo niceno de Thmuis.

2. Los trópicos, nuevos herejes

Ya hemos dicho que el informe de Serapión denunciaba a algunos[19] que admitiendo la divinidad del Hijo rechazaban la del Espíritu. Este rechazo y oposición al Espíritu queda bien expresado en el término *pneumatomakhoûntes*[20], del que será prácticamente un calco el término pneumatómaco *pneumatómakhos* con el que se conocerá a los futuros negadores de la divinidad del Espíritu.

14. Cf. PG 25, 685-689.

15. Cf. R. P. Casey, *o. c.*, págs. 29-78; Cl. Fitschen, *o. c.*, págs. 164-204.

16. *Epístola a Eudoxio* (PG 40, 924C-925A); *Epístola a los Monjes* (PG 40, 925C-941B), cf. R. P. Casey, *o. c.*, págs. 13-15.

17. Cf. Jerónimo, *De viris illustribus*, 99; Kl. Fitschen, *o. c.*, págs. 119-12 (scholasticus), 147-149 (confessor).

18. Cf. Kl. Fitschen, *o. c.*, págs. 91-95.

19. Parece que hay que situar en Egipto a estos nuevos herejes. Así se puede deducir del hecho de que Atanasio responda a la consulta de uno de sus sufragáneos interesado en la solución del problema teológico planteado. Cf. C. R. B. Shapland, *The Letters of Saint Athanasius concerning the Holy Spirit*, pág. 27 y 32.

20. Cf. *Ep.* I, 32, 3; IV, 1, 3.

Aunque enseguida especificaremos la doctrina[21] de los trópicos, nos detenemos primeramente en conocer a sus autores. Atanasio los llama *trópicos* (*tropikoí*)[22], dando por conocido el significado del término, que muy bien podría provenir del mismo Serapión o de su entorno[23], a no ser que lo deduzca el mismo Atanasio a partir del método exegético usado por el círculo de herejes, como ellos mismos expresan. Atanasio los llama *trópicos*, porque usan *tropos* en la interpretación de las Escrituras[24]. Dado que no es nada claro la clase de *tropos* empleados[25], porque Atanasio dice que ellos se los inventan[26], quizá por esto los llama irónicamente[27] *trópicos*. La interpretación que los trópicos dan de las Escrituras no tiene en cuenta el contexto del pasaje estudiado ni su relación con otros pasajes de la Biblia; acaso se trataría de una interpretación metafórica[28], en sentido figurado o, por el contrario, en exceso

21. Cf. A. LAMINSKI, *Der Heilige Geist als Geist Christi und Geist der Gläubigen,* Leipzig 1969, págs. 30-35 y pág. 32, notas 18.19.21-22.

22. El término aparece cinco veces en la *Ep.* I, (10, 4; 17, 4; 21, 4; 30, 4; 32, 2 [PG 26, 556B; 572B; 580D; 600A; 605A]). G. MÜLLER, *Lexicon Athanasianum,* Berlin 1952, 1453.

23. H. SAAKE, «Das Präsckript zum ersten Serapionsbrief des Athanasios von Alexandreia als pneumatologisches Programm», *VigCh* 26, 1972, pág. 191, nota 18.

24. Cf. *Ep.* I, 10, 4.

25. Cf. A. LAMINSKI, *o. c.,* pág. 32.

26. Cf. *Ep.* I, 7, 1; 10, 4. «Un nombre creado por Atanasio para subrayar la manera que tenían de interpretar los pasajes y figuras en la Escritura independientemente de su contexto y relación al entero cuerpo de las Escrituras» (TH. C. CAMPBELL, "The Doctrine of the Holy Spirit in the Theology of Athanasius", *SJT* 27, 1974, pág. 408-440, cita pág. 411).

27. Cf. H. N. BATE, "Some Technical Terms of Greek Exegesis", *JTS* 24, 1923, pág. 64.

28. Cf. H. N. BATE, *o. c.,* estudia los términos *allêgoreîn, allêgoría* (págs. 60-61), *theôría* (págs. 61-63), *tropikós* (págs. 64-66) e indica que este último término es prácticamente equivalente a «alegórico» en la tradición alejandrina (pág. 64).

literalista hasta el punto de caer en un "fundamentalismo"[29] de la letra del texto bíblico. En definitiva, dan del texto bíblico una interpretación carente de la más elemental norma hermenéutica, tergiversando las Escrituras[30]. De aquí que Atanasio se detenga en establecer unos criterios claros y precisos para determinar cuándo un pasaje bíblico, que contenga el término *pneûma,* se refiere o no al Espíritu Santo. Sirviéndose de tales criterios elabora un florilegio[31] de textos del Antiguo y del Nuevo Testamento en los que el término *pneûma* es el Espíritu Santo. Los autores posteriores sabrán aprovechar el estudio realizado por Atanasio.

Los trópicos proceden de los arrianos, de los que se han separado juzgando –y juzgan bien– que es una blasfemia

29. Cf. E. CATTANEO, *Atanasio, Lettere a Serapione,* pág. 17 y nota 29.

30. Cf. *Ep.* I, 10, 4; 21, 4-5; 32, 2.

31. Aunque para Atanasio la exégesis fue una actividad completamente marginal (M. SIMONETTI, *Lettera e/o Allegoría, Un contributo alla storia dell'esegesi patristica,* Roma 1985, pág. 201 y 202), llama la atención la enorme cantidad de textos bíblicos citados en esta obra. Rezuma Escritura. Es un empedrado o un mosaico de citas bíblicas. Quien puede aducir tantos textos bíblicos sobre un mismo tema, no sólo conoce la letra de las Escrituras de ambos Testamentos, sino que tiene también una manera personal de interpretarla. H. SIEBEN, "Herméneutique de l'exégèse dogmatique d'Athanase", en: *Politique et théologie chez Athanase d'Alexandrie,* Paris 1974, págs. 195-214 ha calificado la exégesis de san Atanasio como dogmática, es decir, antiherética y, concretamente, antiarriana. Y es en el conocimiento que Atanasio tiene de las Escrituras y en su exégesis donde se sitúa su superioridad como teólogo. ¿Cuál es el objetivo o finalidad que tienen las Escrituras y qué hay que conocer (*Ep.*, II, 7, 1)? Que el Verbo eterno de Dios se hizo hombre y después de toda la economía de la salvación está sentado a la derecha del Padre (*Ep.*, II, 7, 4-5). Tanto el Nuevo como el Antiguo Testamento nos hablan de Cristo, de la economía de la salvación que Él ha llevado a cabo (*Ep.* IV, 14, 2). Para no equivocarnos, hay que examinar y distinguir cuándo se habla de la divinidad del Verbo y cuándo de su

afirmar la condición creatural[32] del Verbo y, por lo mismo, negar su divinidad, pero en realidad vuelven a caer en el arrianismo al afirmar que el Espíritu Santo es una criatura. De aquí que la ruptura con el arrianismo sea sólo aparente[33], por lo que Atanasio insiste en vincularlos a los arrianos[34], que también consideraban al Espíritu de condición creatural[35]. Así que los trópicos son tan blasfemos como los arrianos[36]. Buscándole a esta nueva herejía una matriz histórica más lejana en el tiempo, Atanasio los vincula al gnóstico Valentín[37] y considera a los trópicos unos estúpidos[38], unos imprudentes[39], unos locos[40] e insensatos[41], unos indeseables[42] con el corazón corrompido[43] y la mente pervertida[44], unos blasfemos[45] y unos obstinados[46], heridos por la mordedura del arrianismo[47]. Son como los judíos[48].

humanidad (*Ep.* II, 8, 1), si antes o después de encarnado y si un texto concreto nos está hablando de Cristo o de otra persona distinta. En la interpretación de las Escrituras hay que tener en cuenta esas reglas, pues no se pueden interpretar a base de raciocinios humanos (*Ep.* II, 1, 3), ya que esto constituiría un modo de pensar mortal y corruptible (*Ep.* II, 2, 1) y conduciría a rechazar como imposible lo que no cupiera en nuestras pobres cabezas (*Ep.* II, 1, 3). El lenguaje humano no alcanza a expresar la inefabilidad de Dios y, por lo mismo, ha de atenerse al lenguaje con que la Escritura nos habla de Dios (*Ep.* I, 17, 6; 19, 1), lenguaje que nos posibilita "expresar con sencillez, decir sin peligros y reflexionar con la debida reverencia y creer" en Dios (*Ep.* I, 20, 6) y expresar sus inefables misterios (*Ep.* I, 20, 6).

32. Cf. *Ep.* I, 1, 2; 9, 2.6; 21, 1.
33. Cf. *Ep.* I, 1, 3; 21, 2-3.
34. Cf. *Ep.* I, 1, 2.3; 2, 1; 3, 1.2.4; 10, 4; 17, 4; 21, 2; 29, 1.4; 32, 2.3; IV, 5, 4.
35. Cf. *Ep.* I, 2, 1.
36. Cf. *Ep.* I, 10, 4.
37. Cf. *Ep.* I, 10, 6; 11, 2.
38. Cf. *Ep.* I, 27, 4.
39. Cf. *Ep.* IV, 1, 1.
40. Cf. *Ep.* I, 11, 1.
41. Cf. *Ep.* I, 11, 2; 15, 1; 22, 3.
42. Cf. *Ep.* I, 15, 3.
43. Cf. *Ep.* I, 14, 3.
44. Cf. *Ep.* IV, 1, 2.
45. Cf. *Ep.* I, 15, 1.
46. Cf. *Ep.* II, 9, 5.
47. Cf. *Ep.* I, 3, 4.
48. Cf. *Ep.* I, 21, 2.

La tesis (herética) fundamental de los trópicos consiste en afirmar que el Espíritu Santo es una criatura, que pertenece al orden creatural y específicamente su pertenencia al mundo angélico, a los espíritus servidores; es un ángel, aunque de categoría superior al resto de los ángeles[49]. Para sostener esta tesis pretenden encontrar una base firme en las Escrituras, concretamente en Amós 4, 13; Zac 1, 9; 1 Tim 5, 21. En Amós 4, 13 se habla de Dios, se menciona a Cristo y se enumeran algunas de las cosas creadas entre ellas la lluvia, los truenos y el *pneûma*. En este último término los trópicos ven al Espíritu. Y sin ambages reconocen que esta interpretación es arriana y se la han apropiado[50]. En 1 Tm 5, 21 de nuevo encuentran un texto triádico en el que se menciona a Dios, a Cristo y a los ángeles elegidos, de donde concluyen, con interpretación valentiniana[51], que el Espíritu Santo (no mencionado en el texto) ha de ser uno de los ángeles[52]. Ésos son los textos principales[53]. Por último y en confirmación del texto paulino, aducen Zac 1, 9 identificando con el Espíritu Santo al ángel que habla con el profeta[54].

En la concepción de los trópicos sobre el Espíritu, junto a la pretendida base bíblica, entra también una serie de objeciones simplemente racionales, que Atanasio califica de absurdas, impías y blasfemas[55]. Fundamentalmente se trata de la aplicación a Dios de la terminología de la familia humana (hermano, hijo, abuelo) tomando como punto de partida el origen del Espíritu en Dios: Si el Espíritu tiene su origen en el Padre ha de ser otro hijo de Dios y habría dos hermanos, y si deriva del Hijo sería hijo del Hijo y nieto del Padre[56]. Y con parecida formulación: si el Espíritu no es cria-

49. Cf. *Ep.* I, 1, 2; 10, 5.7; 11, 3; 26, 6; 27, 3; 29, 3.
50. Cf. *Ep.* I, 3, 2.
51. Cf. *Ep.* I, 10, 6.
52. Cf. *Ep.* I, 10, 4-5.
53. Cf. *Ep.* I, 21, 4.
54. Cf. *Ep.* I, 11, 3.
55. Cf. *Ep.* I, 15, 5.
56. Cf. *Ep.* I, 15, 2; 16; IV, 1, 4; 5, 2.4; 7, 1.

tura, ha de ser Hijo con lo que constituiría una fraternidad con el Verbo[57]. Esta objeción muestra que para los trópicos no hay otra manera de venir de Dios que por generación, lo que implica consustancialidad y, por tanto, divinidad. Por eso, mantienen que el Espíritu es una criatura, pues si se afirma su consustancialidad habría que concluir lógicamente en su procedencia por generación y, por tanto, su filiación.

Si el Espíritu no es Hijo, no es Dios y no puede ser adorado; de ser Dios tendría que ser Hijo, con las consecuencias que ello implicaría[58]. Como todo esto es absurdo, se deduce que no es Dios, sino que es una criatura, uno de los espíritus servidores, un ángel de categoría superior al resto de los ángeles. También en estas objeciones descubre Atanasio las tesis arrianas defendidas por los obispos filoarrianos de Cesarea del Mar y de Scitópolis[59].

3. Esbozo de la Pneumatología de san Atanasio

Las *Epístolas a Serapión* (359-360) de Atanasio nos sitúan en el momento en que estalla y pasa a primer plano la polémica en torno a la divinidad del Espíritu. Atanasio se enfrenta a los trópicos que admitiendo la divinidad del Hijo rechazaban la divinidad del Espíritu[60], como acabamos de indicar.

Hemos visto que los trópicos fundamentan su doctrina pneumatológica en la exégesis de algunos pasajes bíblicos y en la formulación de una objeción de tipo racional. Contra estas dos bases de la herejía, formulará Atanasio dos principios fundamentales: una regla hermenéutica para la recta

57. Cf. *Ep.* IV, 1, 4.
58. Cf. *Ep.* I, 15, 2.
59. Cf. *Ep.* IV, 7, 1.
60. Cf. *Ep.* I, 1, 2-3; 2, 1; etc.

interpretación de los textos bíblicos[61] en relación al Espíritu y una reflexión sobre la limitación del lenguaje humano sobre Dios. Con el uso de estos dos principios supera Atanasio la afirmación herética de los trópicos.

El término *pneûma* puede tener diversos significados[62] como, por ejemplo, el espíritu del hombre[63], el viento[64], el sentido espiritual de las Escrituras[65], y significa Espíritu Santo cuando al texto concreto se le pueda aplicar la regla hermenéutica siguiente: que la palabra *pneûma* vaya acompañada del complemento *de Dios, del Padre, del Hijo, de Cristo, mío,* o con el *artículo determinado*, o que expresamente se diga *Espíritu Santo, Paráclito, de la Verdad*[66]. Cuando en determinado contexto se ha estado hablando del Espíritu Santo, basta evocarlo diciendo *el Espíritu* con artículo[67]. Con la aplicación de estos principios hermenéuticos, Atanasio desmonta la artificiosa interpretación de los textos bíblicos en los que los trópicos fundamentaban su tesis sobre la creaturalidad del Espíritu Santo.

Y frente a las objeciones de tipo racional para sustraer al Espíritu su pertenencia a la divinidad, subraya Atanasio que la palabra humana es incapaz de expresar digna y adecuadamente aquello que le supera como es el misterio de Dios[68]. Ante el Inefable sólo cabe la obediencia de la fe[69], pues a la Trinidad sólo se accede con la fe y la obediencia[70]

61. La necesidad de una regla hermenéutica se presenta como absolutamente necesaria, pues la argumentación de Atanasio para (de)mostrar la divinidad del Espíritu constituye un entramado de numerosos textos bíblicos.

62. Cf. *Ep.* I, 7, 1; 8, 4.

63. Cf. *Ep.* I, 7, 2.

64. Cf. *Ep.* I, 7, 4.

65. Cf. *Ep.* I, 8, 1.

66. Cf. *Ep.* I, 4, 1-2; 6, 1.

67. Cf. *Ep.* I, 4, 2.5. Atanasio aduce como referencias Ga 3, 2; 1Ts 5, 19; Lc 4, 1; Mt 4, 1.

68. Cf. *Ep.* I, 17, 2.6.

69. Cf. *Ep.* I, 17, 2-3.

70. Cf. *Ep.* I, 20, 4; 17, 2.

y no con sabiduría humana[71]. La única acertada actitud que debemos fomentar es la de la fe y la razón transida de reverencia[72] iluminada por la fe[73]. De aquí que, para subsanar las deficiencias del lenguaje humano, Atanasio subraye el recurso al lenguaje bíblico[74], apto y suficiente para hablar de Dios[75] con sencillez, sin peligros y con la debida reverencia[76]. La Escritura nos revela sólo la existencia de Dios, "que existe", no "cómo es"[77] en sí. Las imágenes que nos ofrece, como la fuente, el río, la luz, el resplandor, etc.[78], son portadoras de sentido sobre el ser de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y constituyen un lenguaje que el entendimiento humano debería no traspasar[79].

La exposición atanasiana de la *teología* es la católica[80] y puede sintetizarse en las siguientes líneas. Como la Trinidad no puede estar compuesta de creado e increado[81], el Espíritu no pertenece al orden creatural[82]. La Trinidad no está formada de Dios y de criaturas, que serían el Verbo y el Espíritu, sino que la Trinidad existía siempre y existe siempre como tal Trinidad, siendo un único Dios bendito por los siglos[83]. Atanasio afirma repetidas veces que la relación del Espíritu con el Hijo es la misma que el Hijo tiene con el Padre[84]. El Es-

71. Cf. *Ep.* I, 17, 2.
72. Cf. *Ep.* I, 20, 4.
73. Cf. *Ep.* I, 20, 4.
74. Cf. *Ep.* I, 20, 5.
75. Cf. *Ep.* I, 19, 1.
76. Cf. *Ep.* I, 20, 6.
77. Cf. *Ep.* I, 18, 3.
78. Cf. *Ep.* I, 19, 2-5; 30, 7.
79. Cf. *Ep.* I, 17, 2.
80. Cf. *Ep.* I, 28, 1; 32, 2; III, 7, 1.
81. Cf. *Ep.* I, 2, 4; 28, 2; 30, 5; III, 6, 4.
82. Cf. *Ep.* I, passim; III, 1, 5.
83. Cf. *Ep.* III, 7, 4.
84. Cf. *Ep.* I, 2, 2; 21, 1; III, 1, 2.5. También los arrianos emplean la ley de proporcionalidad: el Espíritu es al Hijo como el Hijo lo es al Padre, de donde concluyen como el Hijo es criatura y, por tanto, inferior al Padre, el Espíritu es criatura del Hijo y, por tanto, es inferior al Hijo y también al Padre. Pero para que haya verdadera proporcionalidad los seres que se comparan como directamente proporcionales deben pertenecer al mismo

píritu es imagen del Hijo como el Hijo es imagen del Padre[85]. Aplica así el mismo principio que en escritos anteriores había aplicado al Hijo para mostrar su divinidad. Ese principio es, pues, fundamental y, de hecho, en la medida en que tengamos un conocimiento recto y apropiado de la relación Hijo-Padre, también lo será nuestro conocimiento del Espíritu[86]. Y afirmará que los mismos argumentos que muestran que el Hijo no es criatura, muestran que tampoco lo es el Espíritu[87]. La Trinidad lo es de verdad y no sólo de palabra y de nombre, sino con subsistencia verdadera *alêtheíai kaì hupárxei*[88], es un solo Dios[89], una única divinidad[90], con una única naturaleza[91], indivisible[92], inseparable, unificada en sí misma, semejante a ella misma, sin elementos extraños y desemejantes en naturaleza o sustancia[93]. El Espíritu existe y subsiste verdaderamente[94], en Él la Trinidad es perfecta y en Él se completa[95].

El Espíritu está unido inseparablemente[96] al Padre y al Hijo, les es propio *ídion*[97], es decir, les es consustancial *ho-*

nivel. Ahora bien, el Hijo es consustancial al Padre y el Espíritu es consustancial al Hijo y, consiguientemente, lo es también al Padre, cf. G. GIULIANI, *Divinità e processione dello Spirito Santo in S. Atanasio,* Roma 1950, págs. 62-64.

85. Cf. *Ep.* I, 20, 6; 24, 6; 26, 4; IV, 3, 3.

86. Cf. *Ep.* I, 2, 5; III, 1, 2; 3, 5.

87. Cf. *Ep.* III, 2, 2. Véase también P. GALTIER, *Le Saint Esprit en nous d'après les Pères grecs,* Romae 1946, págs. 127-128.

88. Cf. *Ep.* I, 28, 3.

89. Cf. *Ep.* I, 17; 3, 6; 1, 14; III, 7, 4.

90. Cf. *Ep.* I, 16; III, 6, 5.

91. Cf. *Ep.* I, 30.

92. Cf. *Ep.* III, 6, 1.3.

93. Cf. *Ep.* I, 14.

94. Cf. *Ep.* I, 28, 3.

95. Cf. *Ep.* I, 25, 5; 28, 2; IV, 12, 2.

96. Cf. *Ep.* I, 33, 5.

97. Cf. *Ep.* I, unas 20 veces; 32, 1. La expresión «propio-propiedad» es un término técnico en Atanasio abundantemente usado en relación al Verbo y al Espíritu, especialmente en la expresión «propio de la esencia de», y constituye la fórmula atanasiana preferida de la ortodoxia, fórmula equivalente al *homooúsios* comprendido en el sentido de consustancialidad, no sólo con identidad de naturaleza específica, sino también rigurosa y numérica, cf. CH.

mooúsion[98] y no de una sustancia distinta *allotriooúsion*[99] ni extraña *heterooúsion*[100]. No es extraño a Dios, le está unido y no es extraño a la divinidad del Padre y del Hijo[101].

La concepción de los trópicos no se puede mantener, porque al igual que el Hijo es propio *ídion* del Padre y está unido al Padre, el Espíritu es propio *ídion* del Hijo[102] y está unido al Hijo y por Él al Padre[103], y ese carácter de propiedad expresa la intimidad e inseparabilidad del Espíritu con el Padre y el Hijo como una cosa propia de la divinidad que hay en la Trinidad[104]. Este carácter de propiedad o pertenencia implica que lo que digamos acerca del ser o naturaleza del Espíritu se afirma consecuentemente de aquel a quien pertenece. La afirmación de su creaturidad afectaría también al Verbo[105] y enseguida, después, inevitablemente al Padre. Negar al Espíritu supone negar al Hijo (porque el Espíritu es propio suyo[106]) y negar al Hijo es negar al Padre (porque el Hijo es propio del Padre), con lo cual negar al Espíritu conduce a negar al Padre[107]. Si se dice que el Espíritu es criatura, se blasfema contra el Espíritu, se blasfema contra la Trinidad, se destruye la Trinidad. Y como la Trinidad es conocida a partir del Padre, la fe en Él lleva implicada la fe en el Hijo y la fe en el Espíritu[108].

Al creyente le basta con saber que el Espíritu no es criatura[109] y que pertenece a la Trinidad[110], de lo contrario Cris-

HAURET, *Comment le 'Défenseur de Nicée' a-t-il compris le dogme de Nicée?*, Bruges 1936, págs. 94-95; G. GIULIANI,, *o. c.*, págs. 135-157.

98. Cf. *Ep.* I, 27, 3.

99. Cf. *Ep.* III, 6, 4.

100. Cf. *Ep.* I, 2, 3.

101. Cf. *Ep.* I, 12; 17, 1; 20, 1; 25, 1.5; 27, 4; 28, 2.

102. Cf. *Ep.* I, 2, 5; 11, 4; 12, 5; 21, 3.4; 23, 5; 25, 1.2.6; 26, 1.4; 27, 2-4; 32, 1; IV, 20, 2.

103 Cf. *Ep.* III, 1, 4.

104. Cf. *Ep.* I, 21.

105.Cf. *Ep.* I, 21, 1.

106. Cf. *Ep.* I, 14.

107. Cf. *Ep.* I, 2, 5.

108. Cf. *Ep.* III, 6, 5.

109. Cf. *Ep.* I, 17, 1-2; IV, 7, 1.

110. Cf. *Ep.* I, 21, 5.

to en el bautismo no uniría a los hombres consigo y con el Padre mediante el Espíritu[111]. Por pertenecer a la naturaleza de Dios y estar unido a la divinidad del Padre[112], siendo propio de Dios puede hacernos partícipes de ella y divinizarnos[113]. Aunque Atanasio no lo llama directamente *theós*[114], sí dice *theologoúmenon*[115] y le atribuye todas las características o propiedades[116] divinas que las Escrituras aplican al Padre y al Hijo: santifica, renueva, vivifica, es unción y sello[117], es inmutable, invariable, incorruptible, inalterable, inmenso, omnipresente[118], es único, indivisible[119], eterno[120] y creador[121].

En torno al origen del Espíritu, Atanasio tiene presente y rechaza la dificultad irreverente, impía y blasfema planteada por los trópicos: si el Espíritu tiene su origen en el Padre ha de ser otro hijo de Dios y si deriva del Hijo sería

111. Cf. *Ep.* I, 6, 3; 24, 2; 25, 3; 29, 1-2; IV, 7, 1.

112. Cf. *Ep.* I, 12, 1.3; 25, 6.

113. Cf. *Ep.* I, 24, 1.3.

114. Atanasio afirma que en la Iglesia se predica un solo Dios, el Padre del Logos (*Epístola a Epicteto*, 9: PG 26, 1065 B). No es el único autor del siglo IV que no llama explícitamente *Dios* al Espíritu Santo, por ejemplo, CIRILO DE JERUSALÉN, *Cat.*, XVI, 1-2.24, BASILIO DE CESAREA, *Ep.* 113; 258, 2. Tampoco lo llama así la Escritura. Aun así leemos en *Ep.* I, 17, 1: la Trinidad es toda entera un solo Dios.

115. Cf. *Ep.* I, 31, 2. Cf. A. LAMINSKI, *o. c.*, págs. 140-141 y en págs. 142-143: "Athanasios lässt über das göttliche Wesen des Heiligen Geistes keinen Zweifel aufkommen, wenn er ihn auch nicht formell Got nennt". En *Ep.* I, 28, 2 se dice *theologouménê* aplicado a la Trinidad.

116. Cf. sobre las propiedades divinas del Espíritu en G. GIULIANI, *o. c.*, págs.113-120.

117. Cf. *Ep.* I, 23.24; III, 3.

118. Cf. *Ep.* I, 26.

119. Cf. *Ep.* I, 27.

120. Cf. *Ep.* III, 7, 2.4; I, 30, 1.

121. Cf. *Ep.* I, 9, 6; 28, 2; 31, 2; III, 4, 5; 5, 1. Cf. T. F. TORRANCE, "Spiritus Creator: A Consideration of the teaching of St. Athanasius and St. Basil", en: ID., *Theology in Reconstruction*, London 1965, pág. 216; A. LAMINSKI, *o. c.*, págs. 140-141. Atanasio no aplica directamente el término *creador* al Espíritu, pero es fácil deducirlo, cf. *Ep.* I, 28, 2; III, 5, 1 y nota 51.

hijo del Hijo y nieto del Padre[122]. La respuesta sigue la inspiración de la Escritura[123]: El Espíritu tiene su origen de Dios *ek toû theoû*[124], viene del Padre *ek toû patrós*[125], no como las criaturas que provienen de la nada *ek toû mè óntos*[126]. Dios es 'el que es' *ho ôn* y las criaturas son 'lo que no es' *tò mè ón*. Hay un abismo entre uno y otras. El origen del Espíritu está en Dios, viene de Él *ex hoû*. Por este proceder *ek toû theoû* significa que el Espíritu es increado. El Espíritu procede del Padre *ek patròs légetai ekporeúesthai*[127], pero Atanasio no especifica en qué se diferencia esta procesión del origen del Hijo que tiene su origen en el Padre *toû ek patròs homologouménou*[128]. Pero no hay que ser osados investigando el origen del Espíritu hasta el punto de querer saber el cómo[129].

4. Las *Epístolas a Serapión*

Ya conocemos el origen de estas *Epístolas* de Atanasio, como también a su destinatario, el obispo Serapión de Thmuis. Recibida la prolija *Epístola* I, Serapión ruega a Atanasio que le elabore un resumen de aquella (cf. *Epístola* II, 1, 2) y Atanasio responde con *Epístola* II-III. La II es un resumen de la doctrina sobre el Hijo y la III un resumen de la I. Nuevamente Serapión escribe a Atanasio y obtiene de éste la *Epístola* IV, en la que desarrolla algunos temas de la primera. De todas ellas la más importante es la *Epístola I*

122. Cf. *Ep.* I, 15, 1; 16, 6; IV, 1, 4; 5, 1; 7, 1.
123. Cf. *Ep.* I, 16.19; IV, 5.7.
124. 1 Co 2, 12; cf. *Ep.* I, 22.25; III, 1; 2, 3; IV, 2.
125. Cf. *Ep.* I, 14.15.33.
126. Cf. *Ep.* I, 22.25; III, 2, 3.
127. Cf. *Ep.* I, 2. 20.11.
128. Cf. *Ep.* I, 20. Atanasio sólo afirma que hay dos procesiones u orígenes en Dios, pero no explica la diferencia entre ellas. No lo hace porque la Escritura no lo explica.
129. Cf. *Ep.* IV, 5.7.

que contiene los argumentos fundamentales de Atanasio para refutar a los nuevos herejes.

a) *Epístola I*

He aquí las líneas generales de su argumento:

Atanasio acusa recibo de la carta de Serapión y le expresa los diversos sentimientos que le ha provocado. De especial importancia, el abatimiento por la nueva herejía, que no es nueva porque es doctrina arriana (I, 1, 2-3; 2, 1), de los que afirman que el Espíritu Santo es una criatura, concretamente un ángel, aunque de un orden superior (I, 1, 2).

El error sobre el estatuto del Espíritu conduce a errar sobre el Hijo y, consiguientemente, también sobre el Padre, en definitiva sobre la Trinidad; como también pensar correctamente sobre el Verbo implica pensar bien sobre el Espíritu, que procede del Padre y es propio del Hijo (I, 2, 1-5).

Que el Espíritu sea una criatura, estos herejes, llamados trópicos, pretenden deducirlo de Amós 4, 13 (I, 3, 2). Y que sea un ángel lo deducirían de 1 Timoteo 5, 21 (I, 10, 4-5) y de Zacarías 1, 9 (I, 11, 3). A la herejía subyace un modo particular (invención de *tropos* [I, 7, 1; 10, 4]) de interpretar los pasajes citados, al que Atanasio opone una clara regla hermenéutica para determinar cuándo un texto bíblico que contenga el término *pneûma* significa el Espíritu Santo: el uso del artículo y el contexto (I, 4, 1-5). Y aduce textos del Antiguo y del Nuevo Testamento que confirman la objetividad de la regla hermenéutica (I, 4, 1-6, 10). En Amós 4, 13 el término *pneûma* no tiene artículo y su significado concreto es *viento* (I, 7, 1-8, 4); y se amplía la interpretación del pasaje al *espíritu humano* en cuan-

to creado, es decir, renovado en Cristo y en el Espíritu (I, 9, 1-8); y al *trueno consolidado* se da un sentido cristológico y pneumatológico (I, 1, 10-3).

Los trópicos identificaban el ser creatural del Espíritu con un ángel de orden superior (I, 10, 5) y pretendían deducirlo de 1 Timoteo 5, 21 y de Zacarías 1, 9 (I, 10, 4–15, 1), donde no aparece el término *pneûma*, sino el término *ángel*. En 1 Timoteo 5, 21 se mencionan *Dios, Cristo y los ángeles*, y de la no mención del Espíritu concluyen los trópicos que pertenece al mundo angélico (I, 10, 5; 13, 4). El texto de Zacarías 1, 9 pierde toda su fuerza probante, porque el ángel de este pasaje se contradistingue del Espíritu Santo en Zacarías 4, 5-6 (I, 11, 4). Atanasio atribuye a esta interpretación un origen gnóstico valentiniano (I, 10, 6; 11, 2), y muestra cómo la Escritura nunca llama *ángel* al Espíritu, sino Paráclito, Espíritu de Dios, de Cristo, de santificación, etc. (I, 11, 1; 4, 1). Por otra parte, si el argumento de la *no mención* de una persona se aplica a diversos textos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, habría que deducir que no existe o que es criatura; en todo caso, se obtendría una visión herética de la Trinidad (I, 13, 4-14, 3). La fe apostólica muestra que mencionar una persona divina implica la mención de las otras (I, 14, 4), y este principio es el que hay que aplicar a 1 Tm 5, 21 (I, 14, 5-15, 1).

Pero los trópicos usan también otros argumentos de tipo racional contra la divinidad del Espíritu Santo. Formulan que si el Espíritu procede del Padre, es también hijo, con lo que habría ya dos hermanos y el Verbo no sería unigénito; y si es Espíritu del Hijo, el Padre sería abuelo (I, 15, 2; 25, 2ss.). Lo absurdo de estas objeciones se plasma en las contrapreguntas *ad hominem* que les formula Atanasio, a conciencia de su ilicitud, sobre los antepasados de Dios Padre (I, 15, 4). En Dios sólo hay un único Padre y un único Hijo (I, 16, 2) y cada uno es sólo lo que

es siempre y para siempre (I, 16, 5), lo que hace imposible que se le aplique la terminología humana de hermano y abuelo (I, 16, 6).

Ni la palabra humana es adecuada para expresar el Misterio, ni el entendimiento humano puede traspasarlo, con lo que la verdadera actitud creyente es la fe y la obediencia (I, 17, 2-3), único modo de acceder a la Trinidad (I, 20, 4), acatando el lenguaje bíblico, que es apto y suficiente (I, 19, 1) para hablar de Dios con sencillez y reverencia (I, 20, 5-6): fuente, río, agua, luz, resplandor, etc. (I, 19, 2-10), que nos muestra la coinexistencia e inseparabilidad de las divinas personas entre ellas y de ellas en nosotros (I, 20, 2-3), poniendo de manifiesto que existe un estrecho paralelismo de la relación que el Espíritu tiene con el Hijo y la que el Hijo tiene con el Padre (I, 20, 7–21, 3), de donde se sigue que el Espíritu no es criatura ni puede ser separado del Verbo, pues la Trinidad no es imperfecta (I, 20, 3). Queda refutada la blasfema herejía de los trópicos que es fruto de la ignorancia (I, 20, 4).

En una segunda parte, analiza Atanasio el testimonio de la Escritura sobre el Espíritu. ¿Es criatura o pertenece a Dios, a la Trinidad? (I, 21, 5). Mientras las criaturas vienen de la nada y comienzan a existir, el Espíritu tiene su origen en Dios y, por tanto, no puede venir de la nada, ni ser criatura (I, 22, 1-3); es Espíritu de santificación y de renovación, mientras que las criaturas son santificadas y renovadas (I, 22, 4–23, 1); es vivificador (I, 23, 2-3), unción y sello que nos hace participar de Dios y nos une al Padre y nos diviniza (I, 23, 4–24, 5); y es imagen del Hijo (I, 24, 6), no es criatura y es propio del Hijo (25, 1).

Atanasio retoma ahora la objeción que si el Espíritu procede es también hijo (I, 25, 2; 15, 2). Pero la Escritura no lo llama hijo, sino Espíritu de Dios con origen en Dios, y otros nombres que lo muestran como propio del Hijo y propio de la sustancia del Hijo y de la divinidad del Padre, de

modo que en el Espíritu alcanza la Trinidad su perfección (I, 25, 2-5), y en Él las criaturas son divinizadas. No puede, pues, ser una criatura (I, 25, 6). El Espíritu es inmutable, inalterable, invariable, incorruptible (I, 26, 2-4), lo llena todo (I, 26, 5-6), es participable y comunicable (I, 27, 1-2), es uno solo, único (I, 27, 3). Todas estas características lo muestran como no criatura, sino propio de la esencia y divinidad del Hijo, perteneciente a la Trinidad (I, 27, 4).

Esta doctrina bíblica queda confirmada por la Tradición que de Cristo por medio de los Apóstoles y los Padres llega a la Iglesia católica (I, 28, 1). La Trinidad es santa y perfecta, no meramente nominal, sino en realidad y por subsistencia. La Iglesia lo ha aprendido del mandato misional (Mt 28, 1) que el mismo Señor ha puesto como fundamento de la Iglesia (I, 28, 2–29, 1). En consecuencia de la doctrina de los trópicos, el bautismo administrado por ellos se lleva a cabo en una Díada y no une a Dios, no transmite esperanza y es vano (I, 29, 1-4), ni seguro ni verdadero por intentar dividir a la Trinidad indivisible, al excluir a uno de ellos del bautismo (I, 30, 1-5). Todo desciende del Padre, como actividad única de la Trinidad, donde todo se realiza mediante el Verbo en el Espíritu, en actuación inseparable del Espíritu con el Verbo, al que pertenece como propio y propio también del Padre (I, 30, 6–32, 1), Trinidad única, tal como enseña la fe de la Iglesia católica (I, 32, 1).

Los trópicos están en desacuerdo con las Escrituras y concuerdan con los arrianos, aunque finjan oponerse a ellos, por lo que estos mismos los desprecian. Y todos los condenan como adversarios del Espíritu. Los verdaderos creyentes tienen, por el contrario, consigo al Señor, al Espíritu y al Padre (I, 32, 2-3).

Atanasio se despide de su corresponsal. Ha transmitido la fe apostólica, tal como la aprendió en consonancia con las Escrituras. La Trinidad es una e indivisible. El Espíritu es inseparable del Hijo, como el Hijo lo es del Padre. El

Espíritu procede del Padre. Connumerar al Espíritu entre las criaturas es blasfemia sobre la que pesa la amenaza de un castigo irremisible (I, 33, 1-6).

b) *Epístola II*

La Epístola II responde a la petición de Serapión de que Atanasio le hiciera un resumen o compendio de la *Epístola* I[130]. La *Epístola* II ha sido compuesta, pues, después de la *Epístola* I. Pero además, las *Epístolas* II y III parecen ser primera y segunda parte de una sola epístola, como lo indicó ya Bernard de Montfaucon[131] y, como se va repitiendo una y otra vez desde entonces[132]. Pero se continúan editando separadas para no provocar confusión a la hora de citarlas, o de identificar las referencias que de las mismas den los diversos autores.

La *Epístola* II presenta las pruebas de la divinidad del Hijo y termina abruptamente sin doxología. No era esto lo que le había solicitado Serapión. Y el mismo Atanasio había considerado en *Epístola* I, 2, 1 que no tenía que añadir otra respuesta sobre la divinidad del Verbo a lo ya escrito, refiriéndose probablemente a sus *Discursos contra los arrianos.* La *Epístola* III resume la doctrina de *Epístola* I, 22-31, satisfaciendo así propiamente a la petición de Serapión.

He aquí un resumen de la *Epístola* II:

Serapión le ha pedido un resumen de la Epístola anterior. Atanasio lo satisface, pero se detiene antes en refutar

130. Cf. *Ep.* II, 1, 2.

131. PG 26, 525-528. y 624 nota 73.

132. Por ejemplo O. BARDENHEWER, *Geschichte der Altkirchlichen Literatur,* Freiburg im Breisgau 1912, III, págs. 70-71; J. LEBON, *o. c.*, págs. 25-26 y 31-32; KL. FITSCHEN, *o. c.*, págs. 143-144.

los errores cristológicos de los arrianos, fruto de una interpretación racional y fundamentalista de las Escrituras. Debieran aplicarse literalmente el "comamos y bebamos, que mañana moriremos" y desaparecería la herejía (II, 1, 1-4).

Lo que nos enseña la Escritura es que Dios es fuente manante, luz resplandeciente y padre fecundo en su Verbo. Y todo lo que tiene el Padre, lo posee también el Hijo. Así eternidad, omnipotencia, luz verdadera y Dios verdadero. Ni al Padre ni al Hijo se le puede aplicar la sentencia arriana: "hubo un tiempo en que no existía", como que son una misma cosa y quien ve al Hijo, ha visto al Padre (II, 2, 1-7). Llamar criatura al Hijo, implica necesariamente llamar criatura al Padre. Todos los atributos del Padre se encuentran también en el Hijo. El Hijo es omnipotente, inmutable e inalterable como el Padre. Y ninguna criatura posee tales atributos (II, 3, 1-6). Mientras que lo creado no existía, fue hecho y comenzó a existir, el Hijo es Dios sobre todas las cosas, Dios verdadero como el Padre, está en el Padre y el Padre en Él. Las cosas, por el contrario, son hechas y creadas. Y los que se llaman "dioses" lo son únicamente por participación del Hijo (4, 1-5). El Hijo no tiene semejanza alguna con las criaturas, su esencia le viene de ser propio del Padre y le es "consustancial (*homooúsios*)" y "de la esencia del Padre", como dijeron los Padres del Concilio de Nicea. Y por ser tal, el Hijo posee todas las propiedades de Dios: omnipotencia, inmutabilidad, etc., propiedades que una criatura no puede poseer (II, 5, 1-3).

Es una impiedad llamar criatura al Verbo de Dios. Nuestra fe es en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, según las palabras del Hijo en Mt 28, 19. Y si Dios es llamado Padre es porque tiene un Hijo, que es tal por naturaleza y le es consustancial. Así los hombres hacen cosas, pero no las engendran. Engendran hijos, que le son consustanciales. Cuando hablamos de que el Verbo es consustancial al Padre, decimos que es su Hijo. Al Padre se le co-

noce, se le canta, se le bendice y glorifica por medio del Verbo que es su Hijo y no una criatura (II, 6, 1-6).

Pero los arrianos insisten, apoyándose en Proverbios 8, 22, donde en relación al Verbo se lee "me creó" y, en consecuencia –dicen–, es una criatura. Esta exégesis desconoce la finalidad de las Escrituras y la característica propia del cristianismo, a saber, que el Hijo de Dios en la plenitud de los tiempos se hizo hombre por nuestra salvación, y actuando como hombre ha vencido a la muerte, está sentado junto al Padre desde siempre y para siempre (II, 7, 1-5). Este rasgo distintivo del cristianismo llega a nosotros desde los Apóstoles a través de los Padres. En la lectura de las Escrituras hay que distinguir cuándo nos habla de la divinidad del Verbo y cuándo de su humanidad, sin confundir una y otra, como les ocurre a los arrianos. Atanasio aplica este principio a diversos textos y concluye que Proverbios 8, 22 se refiere a la humanidad del Verbo y no a su divinidad (II, 8, 1-6).

La misma aplicación tiene el pasaje sobre la ignorancia del Hijo acerca de la hora (Mc 13, 32), pues en cuanto hombre está sometido a la ignorancia propia de los hombres, pero en cuanto Hijo conoce al Padre (Mt 11, 27) y, con mayor razón, también conoce "aquel día" (Mc 13, 32), pues Él es el Verbo que hizo todas las cosas, por más que los arrianos revienten de ignorancia.

c) *Epístola III*

He aquí un resumen de la *Epístola* III:

Atanasio se excusa de haberse detenido hablando sobre el Hijo y retrasando la respuesta a lo que se le había pedido. La razón ha sido, porque, en virtud de Juan 16, 13-14, del conocimiento del Hijo se pudiese conocer al Espíritu, ya que la relación del Hijo con el Padre es idéntica a la del Espíritu con

el Hijo. Todo lo del Padre está en el Hijo y por medio del Hijo está en el Espíritu. Y el Espíritu siendo del Hijo es del Padre, es decir, de Dios (III, 1, 1-4).

Si se llama criatura al Espíritu, se le llama también al Hijo y, en definitiva, al Padre. Así pues, los mismos argumentos por los que se prueba la no creación del Hijo, prueban la no creaturidad del Espíritu (III, 2, 1-2). Mientras las criaturas vienen de la nada y tienen un comienzo temporal, el Espíritu tiene su origen en Dios, es Espíritu de Dios y, como el Hijo tiene su origen en Dios y no puede ser criatura, igualmente tampoco lo puede ser el Espíritu (III, 2, 3). El Espíritu es unción y sello, en tanto que las criaturas son ungidas por el Espíritu y reciben su impronta (III, 3, 1-2). Él es perfume y forma del Hijo, como el Hijo es forma del Padre. El que tiene al Espíritu, tiene al Hijo y se convierte en templo de Dios. Es claro que el Espíritu no puede ser criatura (III, 3, 3-4). Frente a la multiplicidad de las criaturas, está la unicidad de Dios, la unicidad del Verbo y la unicidad del Espíritu. No siendo el Hijo criatura, tampoco lo será el Espíritu. Verdaderamente, el conocimiento del Espíritu se adquiere del conocimiento del Hijo (III, 3, 5).

También los argumentos hay que tomarlos del Hijo. Al igual que el Hijo, el Espíritu lo llena todo y es creador. El Padre lo crea todo por medio del Verbo en el Espíritu (III, 4, 2–5, 1). El Espíritu es inseparable del Verbo, en la creación, en la inspiración de los profetas, en la donación de los carismas, inseparable del Padre que por medio del Verbo crea y lleva a cabo todo en el Espíritu (III, 5, 2-4). La misma Trinidad es inseparable. Así en la misma encarnación y en nosotros mismos, que viniendo uno vienen los tres, como enseña la fe de la Iglesia católica, fundada y radicada en la Trinidad (III, 6, 1-3). Si el Espíritu fuera una criatura no estaría unido a la Trinidad. Ha sido el mismo Señor quien ha unido al Espíritu junto al nombre del Padre, indicando que la Trinidad no está compuesta de Creador y criatura, sino que sólo hay

una divinidad de la Trinidad, que se conoce a partir del Padre. La fe en el Padre lleva implicada la fe en el Hijo y en el Espíritu Santo (III, 6, 4-5). Esto es lo característico de la fe católica.

La Trinidad ¿es eterna o no? Si es eterna, el Espíritu también lo es juntamente con el Verbo. Las criaturas tienen un comienzo temporal, si también lo tuviera el Espíritu, en lugar de Trinidad existiría una díada, como impíamente dicen los trópicos, que por la adición de una criatura se ha convertido en Trinidad (III, 7, 1-3). Pero la Trinidad no contiene en sí nada de creado. Existía siempre y existirá siempre como Trinidad, en la que está el Padre y el Hijo y el Espíritu, Dios bendito por los siglos (III, 7, 4-5).

Atanasio se despide, exhortando a su corresponsal a que lea el escrito a los hermanos en la fe y que refute a los adversarios para que se conviertan, so pena de oír que no tendrán perdón ni en este mundo ni en el futuro.

d) *Epístola IV*

La *Epístola* IV remite también a las anteriores y responde a un nuevo reclamo de Serapión. El texto tal como se publica en el Migne comprende 23 capítulos. El editor Montfaucon, basándose en dos mss. que presentaban todo el texto seguido, los publicó como un único texto. Ahora bien, en los capítulos 1-7 se responde a por qué el Espíritu no es Hijo[133], aunque procede de Dios y, resuelta esta cuestión se concluye con una doxología. Los siguientes capítulos (8-23) versan sobre cómo entender el pecado contra el Espíritu Santo. Es,

133. «Pero no puede responder a esto, porque casi no tiene otro concepto de la función del Espíritu que el de ser una especie de suplente del Hijo» (R. P. C. HANSON, *The Search for the Christian Doctrine of God*, pág. 751).

pues, una exégesis neotestamentaria de Mt 12, 32 donde Atanasio da una interpretación cristológica del pasaje bíblico.

Se discute si estas páginas forman parte de la *Epístola* IV, pero no se discute la autoría atanasiana. Si en el capítulo 7 nos encontramos con la doxología conclusiva de la *Epístola*; si además algunos mss. griegos presentan el texto de IV, 8-23 como un escrito independiente, con título propio sobre la interpretación de Mt 12, 32 y separado del resto de la *Epístola* IV[134]; y si la interpretación que se ofrece del *pneuma hagion* de Mt 12, 32 es cristológica en el sentido de divinidad de Cristo, parece que lo que hay que concluir es que estos capítulos no pertenecen a la *Epístola* IV, pero que por su interés teológico bien merecen su publicación como apéndice la misma. Es tesis comúnmente admitida[135], aunque no por todos[136].

He aquí el resumen de la *Epístola* IV y del *Apéndice*:

Atanasio responde nuevamente a Serapión. Los herejes insisten en sus tesis, y así se justifican ante aquellos a quienes engañaron. No les ha bastado con la respuesta dada, y persisten en ultrajar al Espíritu con preguntas del orden de si el

134. Cf. H. G. OPITZ, *Untersuchungen zu Überlieferung der Schriften des Athanasius*, Berlin 1935, pág. 163; M. TETZ, "Zur Edition der dogmatischen Schriften des Athanasius von Alexandrien", ZKG 67, 1955/56, 63s.

135. Cf. M. GEERARD, *Clavis Patrum Graecorum*, Turnhout 1974, vol. II 14 (n° 2096); A. STÜLCKEN, *Athanasiana. Literar- und dogmengeschichtliche Untersuchungen*, TU 19/4, Leipzig 1899, págs. 58-60; C. R. B. SHAPLAND, *o. c.*, pág. 12; KL. FITSCHEN, *o. c.*, pág. 137; G. GIULIANI, *o. c.*, pág. 41.

136. J. LEBON, *Lettres à Sérapion*, pág. 32-39; Lebon justifica su opción indicando que Atanasio en *Ep.* I, 3, 1; III, 7, 6; cita el pasaje de Mt 12, 32 contra los trópicos. Le siguió E. CATTANEO, *Lettere a Serapione*, pág. 15; H. SAAKE, "Beobachtungen zur Athanasischen Pneumatologie", NZST 15, 1973, págs. 356-359; M. TETZ, *Athanasius*, TRE IV (1979) col. 344.

Espíritu no es criatura, es hijo y así ya hay dos hermanos; o si el Espíritu toma del Hijo y éste lo da, entonces el Padre es abuelo y el Espíritu nieto (IV, 1, 1-4). En esto hablan como griegos y no como cristianos.

Atanasio les planteará las mismas preguntas que ellos formulaban, para que se den cuenta de la propia necedad. Lo hace desde el presupuesto de que los trópicos leen las mismas Escrituras que los cristianos. ¿Es el Espíritu hijo y el Padre abuelo? Dudarán en responder si sí o si no. Pero si responden: 'No lo sabemos', Atanasio callará, para que se descubra la ignorancia de ellos (IV, 2, 1-5). Si el Espíritu profetiza en los profetas y también lo hace el Verbo ¿es que hay dos Verbos, uno el Espíritu y otro el Hijo? Y si el Verbo crea y también el Espíritu ¿hay dos creadores? (IV, 3, 1-2). Si el Hijo es imagen del Padre y el Espíritu es imagen del Hijo, ¿es abuelo el Padre? Si el Hijo viene en nombre del Padre, y el Padre envía al Espíritu en nombre del Hijo ¿es abuelo el Padre? (IV, 3, 3-4).

Los trópicos han enmudecido, mas lo que deben hacer es aprender de las Escrituras, que no llaman al Espíritu hijo, ni al Hijo Espíritu Santo. Y cada nombre tiene su propio sentido. Así 'Hijo' indica que es fruto de la generación de la sustancia y de la naturaleza del Padre. Y Espíritu 'de Dios' significa que está en Dios y que no es extraño ni a la naturaleza del Hijo ni a la divinidad del Padre. El Padre envía al Espíritu, el Hijo lo da a sus discípulos y cuando el Verbo venía a los profetas, estos profetizaban en el Espíritu (3, 5-8). El Espíritu no es hijo, pero está vinculado al Hijo como Espíritu de filiación. Participando del Espíritu se tiene al Hijo y teniendo al Hijo tenemos al Espíritu que clama: ¡Abbá! Es Dios el que ha puesto los nombres de Hijo y de Espíritu, y no se pueden cambiar: el Padre es Padre y no abuelo; el Hijo es Hijo de Dios y no padre del Espíritu; y el Espíritu Santo es Espíritu Santo y no es nieto del Padre ni hermano del Hijo (IV, 4, 1-3).

La fe sigue la Escritura y es de necios preguntarse por qué las cosas son así y no de otra manera. La fe exige un conocimiento no curioso y rebuscado, sino como el que tuvieron los Apóstoles que no se preguntaron por qué al Hijo se le nombra en segundo lugar y al Espíritu en el tercero, ni plantearon las necias preguntas de los trópicos. Les bastaba con lo que había dicho el Señor, y eso y en ese orden lo predicaron. Quizá todavía algunos continúen planteándose las mismas preguntas de los trópicos, como Eunomio, Eudoxio, Eusebio y otros. Pero esas preguntas brotan de la necedad que les llena el corazón (IV, 5, 1-4). Preguntas como las que hacen los trópicos y otras que podrían formular, les apartan de la Trinidad, los convierten en ateos y reproducen las teogonías de los griegos. No es esa la fe la Iglesia, que queda fijada por el Señor con unos nombres que no se pueden cambiar. Si entre los hombres uno puede ser hijo y padre, no en Dios, donde cada uno es exclusivamente el que ha sido, el que es y el que será para siempre.

La Trinidad es inalterable y la divinidad es una sola. Así que dejaremos de continuar respondiendo a los trópicos, para no contravenir al Apóstol (Tit 3, 10), y limitémonos a darles consejos (IV, 6, 1-8). No os burléis más con vuestras ocurrencias. Limitaos a creer que el Espíritu no es una criatura, sino Espíritu de Dios en el que está la Trinidad, Padre e Hijo y Espíritu Santo. Y no juguéis a cambiar los nombres. En la Trinidad hay un solo Dios, como una sola es la fe y uno solo el bautismo y una sola consagración en Cristo nuestro Señor. Doxología (IV, 7, 1-2).

e) *Apéndice*

Serapión le había preguntado por el texto del pecado contra el Espíritu Santo. Y Atanasio se sentía abrumado ante la tarea de interpretar el pasaje, pero se decide a escribir

sobre el argumento, para evitar que Serapión le vuelva a insistir. Se reproduce el texto de Mateo 12, 31-32 con su contexto inmediato y la pregunta de Serapión de por qué la blasfemia contra el Hijo se perdona, mientras que la dirigida contra el Espíritu no se perdona ni en este mundo ni en el otro (IV, 8, 1-4). Sobre este tema escribieron Orígenes y Teognostos y dijeron que hay blasfemia contra el Espíritu cuando los que en el bautismo han sido juzgados dignos del don del Espíritu vuelven a pecar. La misma doctrina se encuentra en la Carta a los Hebreos 6, 4-6. Aquellos autores añaden una opinión personal (IV, 9, 1-2).

Atanasio cita el texto de Orígenes sobre el diverso alcance de la actividad de las personas divinas: la actividad del Padre alcanza todo y a todos; la del Hijo sólo a los racionales; la del Espíritu a los bautizados y si un bautizado peca, peca contra el Espíritu (IV, 10, 1-3). Cita también un pasaje de Teognostos donde se especifica que los que han gustado el don celestial del Espíritu y han alcanzado la perfección, si pecan no tienen excusa posible, sin que esto signifique superioridad del Espíritu sobre el Hijo (IV, 11, 1-4).

Atanasio examina dichas opiniones, por si tuvieran un sentido oculto más profundo. En virtud de la inseparabilidad de las personas divinas, quien peca contra el Hijo, peca también contra el Padre y contra el Espíritu. Como el bautismo se recibe en el nombre de los Tres, pecar después del bautismo es pecar contra la santa e inseparable Trinidad (IV, 12, 1-3).

El Señor hablaba con fariseos que no habían recibido el bautismo ni el Espíritu, por tanto, no podían pecar contra el Espíritu aún no recibido. Y sin embargo, los acusa de esta blasfemia, aunque no habían recibido el bautismo. Consiguientemente, este dicho del Señor no se aplicaría a los que pecan después del bautismo. Además una cosa es un pecado y otra una blasfemia. Jesús los había acusado otras veces

de varios pecados, invitándoles a la conversión. Pero poner a Jesús en relación con Belcebú, eso es una blasfemia imperdonable (IV, 12, 4-6).

Si el Señor se refiriera a los ya bautizados y para ellos no hubiera perdón, ¿cómo interpretar que Pablo ofrezca perdón a los arrepentidos en Corinto y a los de Galacia? ¿Y por qué censurar a Novaciano que niega la penitencia posbautismal? El texto de Hebreos 6, 4-6 no excluye el perdón posbautismal, sino la posibilidad de un segundo bautismo. Sólo hay un único bautismo (Ef 4, 5). Hay diferencia entre los efectos de la conversión (dejar de pecar, aunque permanecen las heridas del pecado) y los del bautismo (nuevo nacimiento por el Espíritu) (IV, 13, 1-4).

Para captar el sentido profundo de Mt 12, 31-32, Atanasio ha orado mucho y se sitúa en el horizonte de la economía de la salvación (Jn 1, 14; Flp 2, 6-8). Cristo, como Dios hecho hombre, realiza acciones prodigiosas como Dios y está sometido a 'pasiones' como hombre. Lo uno y lo otro lo hacía el Señor como responsable de ambas dimensiones de su ser. Diversos ejemplos (IV, 14, 1-5). Unos herejes, viendo la humanidad del Señor, niegan su divinidad (Jn 1, 1), y otros, considerando su divinidad, niegan su humanidad. El creyente contempla en la humanidad al Señor y en las debilidades de esa humanidad la energía de su divinidad (IV, 15, 1-2). Si uno, observando las debilidades de la humanidad del Señor, dice necedades contra el Salvador, peca gravemente, pero si se convierte puede recibir el perdón, porque tiene como excusa la debilidad del cuerpo. Si otro, contemplando las obras operadas por su divinidad, duda de su humanidad, también peca, pero si se arrepiente, Cristo puede perdonarlo, pues tiene como excusa las maravillas operadas que superan a los hombres. Pero en el caso de los fariseos: niegan al Verbo presente en su humanidad y las obras del Verbo las refieren al diablo, por lo que han cometido el pecado imperdonable (IV, 15, 3-5). Los fariseos

cometieron el pecado imperdonable al atribuir a Belcebú las obras poderosas que realizaba el Salvador. De haberse fijado sólo en lo humano inexplicable (Mt 13, 55; Jn 7, 15; 6, 30; Mt 27, 42), el Salvador les habría perdonado, si se hubieran convertido. Pero endurecidos, atribuyendo las obras de Dios a Belcebú, blasfemaban contra su Espíritu y por eso los amenazó con un castigo eterno. Es como si atribuyeran la creación del mundo y la providencia de Dios (Gn 1, 1) a Belcebú. Los fariseos son hijos de los que en el desierto atribuyeron la salida de Egipto a un becerro fabricado por ellos mismos. El castigo fue que murieron. Se les perdonaba que murmuraran por el pan y el agua, pero lo del becerro fue blasfemo y mereció el castigo que recibieron (IV, 16, 1-6). Los fariseos han hecho como aquellos del desierto y han merecido la misma condena que tuvo y tiene para siempre Belcebú. En las palabras del Señor no hay una comparación de blasfemias dirigidas contra Él o contra el Espíritu Santo, como si entre ellos hubiera uno mayor que otro, pues todo lo del Padre es del Hijo y el Espíritu recibe del Hijo y glorifica al Hijo y el Hijo lo da. Las dos blasfemias iban contra el Salvador. En cuanto hombre lo insultaban los fariseos: de dónde tanta sabiduría, y viendo sus obras maravillosas las atribuían al diablo: la blasfemia menor por razón de su humanidad y la mayor por razón de su divinidad (IV, 17, 1-5).

La blasfemia contra el Espíritu está dicha contra el Señor que refería a sí mismo la frase entera. Las 'pasiones' (comer, dormir, etc.) son propias de la humanidad, pero las obras maravillosas son cosa de Dios. Insultar al Señor como hombre merece un castigo menor, atribuir sus obras divinas al diablo es imperdonable. Mc 3, 29-30 interpretó la blasfemia contra el Espíritu en el sentido hasta ahora expuesto. El ciego de nacimiento (Jn 9, 32-33) y las multitudes (Jn 10, 21) confirman que Jesús realizaba las obras maravillosas por su relación con Dios; los fariseos, por el contrario, a pesar

de sus conocimientos, pecaban atribuyendo las obras de Dios al demonio, y lo hacían a sabiendas, es decir, para negar que el que hacía estas cosas era Dios e Hijo de Dios. Podían haber reconocido que Él estaba en el Padre y el Padre en Él, pero no quisieron. Los fariseos estaban verdaderamente endemoniados y les esperaba la condena eterna con el demonio (IV, 18, 1-7).

El texto bíblico Mt 12, 31-32 se refiere siempre a Cristo: Hijo del hombre expresa su realidad corporal; Espíritu designa su divinidad. El Salvador indicó que lo que puede recibir perdón es lo dicho contra su humanidad (= Hijo del hombre) y que lo imperdonable era lo dicho contra su divinidad (= Espíritu). La misma interpretación a partir de Jn 6, 62-63: comer su carne y las palabras que os he dicho son espíritu y vida: carne y espíritu referidos a Él mismo. Lo que Él dice es espiritual, no carnal. En cuanto cuerpo dado como comida no llegaría a ser alimento del mundo entero. De ahí que mencionara la subida del Hijo del hombre a los cielos indicando que la comida de su cuerpo era un alimento espiritual. Ese es el sentido de las palabras "espíritu y vida" (Jn 6, 63). Así en Jn 4, 24, Dios es espíritu, significa que no es corporal, sino espiritual (divino). En Lm 4, 20 con la palabra espíritu se expresa la divinidad de Cristo (IV, 19, 1-8). Si uno escucha al Señor y lo ve como un hombre y se pregunta sin fe ¿de dónde le viene esta sabiduría?, peca contra el Hijo del hombre. Si ve sus obras realizadas por medio del Espíritu Santo y las atribuye a Belcebú peca contra su divinidad. En Mt 12, 31-32: Hijo del hombre se refiere a la realidad carnal y humana del Salvador; y Espíritu se refiere a algo suyo, al Espíritu Santo, en el que todo lo realizaba (todavía estamos en la interpretación que ha venido dando). Cuando va a morir en Jerusalén, su muerte mostraba que tenía verdaderamente un cuerpo, mientras que sus obras lo mostraban como Dios y, por tanto, inmortal e intocable (IV, 20, 1-3).

Los fariseos veían que sus hijos hacían también obras maravillosas y Jesús les pregunta que con qué poder las hacían. Él las hace *con el poder del Espíritu de Dios* (Mt 12, 27-28). Esta expresión se refiere al Espíritu Santo (como tercero en la Trinidad). Atribuir las obras de Jesús al diablo es pecar contra el Espíritu Santo y contra el que da el Espíritu. Con esa atribución estaban pecando voluntariamente y a sabiendas (IV, 20, 4-6).

Los fariseos con estas blasfemias son peores que los gentiles fabricantes de ídolos. Recibieron una ley y despreciaron a Dios que se la dio. ¿Cómo interpretarán a Isaías que anunciaba un Cristo que realizaba signos y prodigios? ¿Quién los realizaba? Si dicen que Dios, se autoacusan de impiedad contra el Señor, y si dicen que Belcebú, entonces terminarán por decir que el diablo es el creador de todo y de la naturaleza humana, contra los textos de Gn 1, 1.27; Dn 14, 4. O quizá digan que lo malo lo ha hecho Dios y lo bueno Belcebú. Atribuyendo lo bueno no a Dios, sino a Belcebú, es que están locos y cambian las Escrituras con tal de negar la venida de Cristo (IV, 21, 1-5)

Los fariseos lo han hecho todo mal y eso a sabiendas: insultaban al Salvador como hombre y negaban su divinidad y además se ponían en manos del diablo, como si éste los pudiera salvar. Los magos del Faraón terminaron por reconocer que el Dedo de Dios actuaba por medio de Moisés. Los fariseos, viendo a la Mano entera de Dios realizando signos, los atribuían al diablo. La locura de los fariseos puede justificar incluso a los sodomitas y a la ignorancia de los gentiles y sólo se puede comparar con los arrianos. Los judíos viendo las obras del Padre mediante el Hijo, las atribuían al diablo; los arrianos viendo las mismas obras dicen que el Hijo es una criatura que viene de la nada. Los fariseos acusan al Señor de hacerse Dios siendo un hombre (Jn 10, 33); los arrianos, viéndole en la pasión, concluyen que quien padece no puede ser Dios y consustancial al

Padre. (Se podrían establecer más paralelos entre fariseos y arrianos) (IV, 22, 1-5).

Fariseos y arrianos tendrán el castigo irremisible (Mt 12, 32). Si uno rechaza al Señor, ¿a quién va a invocar para que le salve? Sólo Él es la vida (Jn 14, 6) y nos puede dar descanso (Mt 11, 28). Por eso a los que lo confiesan y adoran en su carne y en su Espíritu, como Hijo de Dios e Hijo del hombre, reinarán para siempre en el cielo, según las promesas del Señor (Mt 25, 46) (IV, 23, 1-2).

Atanasio concluye su escrito remitiéndoselo a Serapión no como algo totalmente desarrollado, y encomendándole que él lo complete a partir de las Escrituras. Termina con una doxología trinitaria (IV, 23, 3).

5. Fecha de composición

Sobre la fecha de composición de las Epístolas a Serapión nos ofrece alguna información el mismo Atanasio, ya que nos indica que recibió la correspondencia de Serapión estando escondido en el desierto[137], ante las persecuciones de los que pretendían quitarlo de en medio. Esta ausencia forzada de la Sede episcopal alejandrina dura del 356 al 362 y es durante estas fechas cuando Atanasio escribe las Epístolas a Serapión[138]. Dentro de ese arco de tiempo, los especialistas se esfuerzan por precisar más la fecha de composición. Así Cattaneo[139] indica un período que va del 357 al 359; Galtier[140] propone del 358 al 361; varios autores preci-

137. Cf. *Ep.* I, 1, 1; 33, 1

138. «Certainly between 356 and 362» (H. B. Swete, *The Early History of the Doctrine of the Holy Spirit*, pág. 47).

139. *Lettere a Serapione*, pág. 15

140. P. Galtier, *Le Saint Esprit en nous d'après les Pères Grecs*, pág. 117.

san aún más indicando del 359-360[141]; entre el 359 y el 361[142]. Ya se ve que los matices pueden variar, aunque todos se mantienen dentro de los límites más amplios (356-362) y no todos ellos explicitan los motivos que les determinan a una datación tan precisa.

6. La presente edición

La traducción publicada en el presente volumen está realizada sobre el texto griego de la PG 26, 529-676 y he confrontado mi traducción con la alemana, la inglesa, la francesa y las italianas, y la traducción española de la *Epístola* II. De la edición de E. Cattaneo he tomado los epígrafes que acompañan la traducción, como también la subdivisión de cada capítulo en parágrafos numerados. Obviamente ninguna de estas ayudas pertenecen al texto atanasiano original. Para poder confrontar la traducción con el texto griego de la Patrología Griega, volumen 26, he incluido también dentro de paréntesis cuadrados el número de la columna y la letra correspondiente.

141. Cf. J. Quasten, *Patrología*, BAC 217, II pág. 61; C. R. B. Shapland, *The Letters of Saint Athanasius concerning the Holy Spirit*, pág. 18; Kl. Fitschen, *Serapion von Thmuis*, pág. 147.

142. «The *Letters to Serapion*, ... should be placed between 359 and 361» (R. P. C. Hanson, *o. c.*, pág. 420).

BIBLIOGRAFÍA

1. EDICIONES

ATANASIO, *Epistulae ad Serapionem* I-IV: PG 26, 529-676.

CATTANEO, E., *Atanasio, Lettere a Serapione. Lo Spirito Santo.* Traduzione, introduzione e note a cura di Enrico Cattaneo S.I., Città Nuova Editrice, Roma 1986.

GONZÁLEZ, C. I., *El desarrollo dogmático en los concilios cristológicos.* Santafé de Bogotá 1991, ofrece una traducción castellana de la *Epístola* II a Serapión en págs. 371-378.

JAMMARRONE, L., *Lettere a Serapione sulla divinità dello Spirito Santo,* Padova 1983.

LEBON, J., *Athanase d'Alexandrie. Lettres à Sérapion sur la divinité du Saint-Esprit,* SC 15, Paris 1947.

LIPPL, J., *Des Heiligen Athanasius Vier Briefe an Serapion Bischof von Thmuis,* Bibliothek der Kirchenväter 13, München 1913, págs. 389-497.

SHAPLAND, C. R. B., *The Letters of Saint Athanasius concerning the Holy Spirit,* translated with introduction and notes, London 1951.

SIMONETTI, M., *Il Cristo, volume II, Testi teologici e spirituali in lingua greca dal IV al VII secolo,* Mondadori 1990, 2ª ed., ofrece texto griego y traducción italiana de la *Epístola II a Serapión* en págs. 198-217 y notas en págs. 574-579.

2. OTRAS OBRAS

ABRAMOWSKI, L., "Das Bekenntnis des Gregor Thaumuturgus bei Gregor von Nyssa und das Problem seiner Echtheit", *ZKG* 87, 1976, 145-166.

AMBROSIO, *El Espíritu Santo,* BPa 41, Madrid 1998.
BASILIO DE CESAREA, *El Espíritu Santo,* BPa 32, Madrid 1996.
ID., *Epístolas* I-III, Les belles lettres, Paris 1957.1961.1966.
BATE, H. N., "Some Technical Terms of Greek Exegesis", *JTS* 24, 1923, 59-64.
CAMPBELL, TH. C., "The Doctrine of the Holy Spirit in the Theology of Athanasius", *SJT* 27, 1974, pág. 408-440.
CASEY, R. P., *Serapion of Thmuis Against the Manichees,* (Harvard Theological Studies XV), Cambridge Mass. - London 1931.
CATTANEO, E., "La Bestemmia contro lo Spirito Santo (Mt 12, 31-32) in S. Atanasio", *Studia Patristica* 21, 1989, 420-425.
CIRILO DE JERUSALÉN, *El Espíritu Santo, Catequesis XVI-XVII,* BPa 11, Madrid 1990.
DÍDIMO, *Tratado sobre el Espíritu Santo,* BPa 36, Madrid 1997.
ERNEST, J. D., "Athanasius of Alexandria: the Scope of Scripture in polemical and pastoral Context", *VigCh* 47, 1993, 341-362.
FITSCHEN, KL., *Serapion von Thmuis. Echte und unechte Schriften sowie die Zeugnisse des Athanasius und anderer* (Patristiche Texte und Studie 37), De Gruyter Berlin-New York 1992.
GALTIER, P., *Le Saint Esprit en nous d'après les Pères grecs,* Romae 1946.
GHELLINCK, J. DE, *Patristique et Moyen Âge,* III, Gembloux 1948.
GIULIANI, G., *Divinità e processione dello Spirito Santo in S. Atanasio,* Roma 1950.
GREGORIO NACIANCENO, *Los cinco discursos teológicos,* BPa 30, Madrid 1995.
HANSON, R. P. C., *The Search for the Christian Doctrine of God. The Arian Controversy 318-381 AD,* Edinburgh 1988.
HAURET, CH., *Comment le 'Défenseur de Nicée' a-t-il compris le dogme de Nicée?,* Bruges 1936.
HERON, A., "Zur Theologie der 'Tropici' in den Serapionbriefen des Athanasius. Amos 4, 13 als Pneumatologische Belegstelle", *Kyrios* 14, 1974, 3-24.
KANNENGIESSER CH., (Éd.), *Politique et théologie chez Athanase d'Alexandrie,* Paris 1974.
ID., *Athanase d'Alexandrie évêque et écrivain. Une lecture des traités Contre les Ariens,* Paris 1983.
LAMINSKI, A., *Der Heilige Geist als Geist Christi und Geist der*

Gläubigen. Der Beitrag des Athanasios von Alexandrien zur Formulierung des Trinitarischen Dogmas im vierten Jahrhundert, Leipzig 1969.

LOUTH, A., "Reason and Revelation in Saint Athanasius", *SJT* 23, 1970, 385-396.

ID., "The use of the term *ídios* in Alexandrian Theology from Alexander to Cyril", *Studia Patristica* 19, 1989, 198-202.

MEREDITH, A., "Prv 8, 22 chez Origène, Athanase, Basile et Grégoire de Nysse", en: *Politique et théologie chez Athanase d'Alexandrie.* Actes du colloque de Chantilly 23-25 septembre 1973, édités par Charles Kannengiesser (Théologie Historique 27), Beauchesne, Paris 1974.

SAAKE, H., "La notion de la Trinité à visée pansotériologique chez Origène et son déplacement intra-ecclésial chez Athanase d'Alexandrie", en: *Politique et théologie chez Athanase d'Alexandrie.* Actes du colloque de Chantilly 23-25 septembre 1973, édités par Charles Kannengiesser (Théologie Historique 27), Beauchesne, Paris 1974, págs. 295-304.

ID., "Das Präsckript zum ersten Serapionsbrief des Athanasios von Alexandreia als pneumatologisches Programm", *VigCh* 26, 1972, 188-199.

ID., "Beobachtungen zur Athanasischen Pneumatologie", *Neue Zeitschrift für Systemastische Theologie* 15, 1973, 348-364.

ID., *Pneumatologica. Untersuchungen zum Geist Verständnis im Johannesevangelium, bei Origenes und Athanasios von Alexandreia,* Frankfurt am Main 1973.

SIEBEN, H. J., "Herméneutique de l'exégèse dogmatique d'Athanase", en: *Politique et théologie chez Athanase d'Alexandrie.* Actes du colloque de Chantilly 23-25 septembre 1973, édités par Charles Kannengiesser (Théologie Historique 27), Beauchesne, Paris 1974, págs. 195-214.

SIMONETTI, M., *Studi sull'arianesimo,* Roma 1965.

SMYTHE, H. R., "The interpretation of Amos 4, 13 in St. Athanasius and Dydimus", *JTS* n.s. 1, 1950, 158-168.

TETZ, M., *Athanasiana. Zu Leben und Lehre des Athanasius,* Berlin-New York 1995.

ID., "Zur Edition der dogmatischen Schriften des Athanasius von Alexandrien", ZKG 67, 1955/56, 1-28.

TORRANCE, T. F., "Spiritus Creator: A Consideration of the teaching of St. Athanasius and St. Basil", en: id., *Theology in Reconstruction,* London 1965.

WALKER, J. B., "Convenance épistémologique de l'homoousion dans la théologie d'Athanase", en: CH. KANNENGIESSER, *Politique et Théologie chez Athanase d'Alexandrie*, págs. 255-275.

WOLINSKI, J., "La pneumatologie des Pères Grecs avant le Concile de Constantinople I", en: *Credo in Spiritum Sanctum*. Atti del Congresso Teologico Internazionale di Pneumatologia, Roma 22-26 marzo 1982, vol. I, Città del Vaticano 1983, págs. 127-162.

Atanasio de Alejandría

EPÍSTOLAS A SERAPIÓN SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

EPÍSTOLA I

Ocasión de la Epístola

[529A] 1. 1. La carta de tu santa Caridad[1] me la entregaron estando en el desierto[2]. Y aunque era dura la persecución que pesaba contra nosotros y frecuentes las pesquisas de los que buscan hacernos desaparecer[3], sin embargo *el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación*[4] nos reanimó también con tu carta. En efecto, acordándome de tu Caridad y de todos los amigos pensé que estabais entonces junto a mí.

2. Me alegré mucho al recibir tu carta, pero en cuanto la leí, de nuevo comencé a sentirme abatido a causa de los que están completamente decididos a combatir la verdad. También tú, amadísimo y verdaderamente añorado, me escribiste que algunos, aunque habían abandonado a los arrianos[5] a causa de la blasfemia [532A] contra el Hijo

1. *Diáthesis* es un término técnico epistolar como título de cortesía, cf. G. MÜLLER, *Lexikon Athanasianum,* Berlin 1952, col. 315.

2. Atanasio, en su tercer exilio (356-362), se había refugiado en el desierto junto a los monjes. En estos años su actividad literaria fue muy abundante.

3. Cf. Introducción, nota 1.

4. 2 Co 1, 3.

5. Atanasio relaciona repetidas veces el grupo de los trópicos con los arrianos, cf. *Ep.* I, 1, 2.3; 2, 1; 3, 1.2; 10, 4; 17, 4; 21, 2; 29, 1.4; 32, 2.3; IV, 5, 4.

de Dios, sin embargo mantienen erróneas ideas contra el Espíritu Santo, diciendo que Él es no sólo una criatura, sino también uno de los espíritus servidores[6] y que se diferencia de los ángeles sólo en cuanto a dignidad[7].

3. En relación a los arrianos esto es fingir[8] que se le oponen, pero en realidad es una negación de la santa fe. En efecto, como aquellos negando al Hijo, niegan también al Padre[9], de la misma manera éstos injuriando al Espíritu Santo, injurian también al Hijo. Los dos grupos se han repartido la oposición contra la verdad, de modo que los unos con sus ideas sobre el Verbo y los otros

6. Cf. Hb 1, 14. Cf. también BASILIO DE CESAREA, *El Espíritu Santo*, XV, 25 (pág. 146): los pneumatómacos al Espíritu «lo dividen, lo separan violentamente y lo hacen emigrar a la naturaleza servil»; *Ep.* CXL, 2 (año 373) (PG 32, 589A): «Pero como la doctrina sobre el Espíritu Santo no está definida (= en Nicea), porque todavía no habían aparecido los pneumatómacos, los Padres callaron sobre la necesidad de anatematizar a los que dicen que el Espíritu Santo pertenece a la naturaleza creada y servil. En efecto, en la divina y bienaventurada Trinidad no hay absolutamente nada creado».

7. Cf. *Ep.* I, 10, 5. También los macedonianos subordinaban el Espíritu hasta el punto de reducirlo a algo más que un ángel, cf. SOZOMENO, *Historia Eclesiástica*, IV, 27 (PG 67, 1199).

8. Cf. *Ep.* I, 21, 3.

9. «¿Cómo podrá decir la verdad acerca del Padre el que niega al Hijo, que es el que lo revela? ¿Y cómo podrá pensar rectamente acerca del Espíritu quien dice palabras injuriosas contra el Hijo, que es el que nos lo da?» (ATANASIO, *Contra los Arrianos*, I, 8: PG 26, 28A). Cf. 1 Jn 2, 22-23 que es el texto bíblico que subyace a la argumentación de Atanasio: el que niega la divinidad del Hijo niega la del Padre, y paralelamente a este principio, el que injuria al Espíritu injuria al Hijo y en consecuencia blasfema contra la Trinidad. Con ello se muestra que una teología trinitaria sólo es posible en relación con la pneumatología, cf. H. SAAKE, "Das Präsckript zum ersten Serapionsbrief des Athanasios von Alexandreia als pneumatologisches Programm", *VigChr* 26, 1972, 195, notas 55 y 59 y pág. 199.

sobre el Espíritu[10] mantienen la misma blasfemia contra la Santa Trinidad.

4. Considerando esto y al reflexionar largamente sobre ello, caí en el desánimo, porque de nuevo el diablo ha conseguido burlarse de los que imitan su locura. Yo me había decidido a callar en esta ocasión [B], pero por la presión de tu Santidad y a causa del error y de la temeridad diabólica de esa gente, te he escrito esta breve carta[11], casi sin poderlo hacer, para que también te sirva de ocasión, según la inteligencia que posees, de añadir lo que falta y para que la refutación de la impía herejía sea completa.

El error sobre el Espíritu Santo

2. 1. Esta concepción no es extraña a los arrianos. Una vez que han negado al Verbo de Dios, es lógico que blasfemen también contra su Espíritu. Por eso, no es necesario decir nada más en relación a ellos, pues basta con lo que anteriormente[12] hemos dicho contra ellos. [C]

2. Pero respecto a los que están equivocados sobre el Espíritu conviene que investigando atentamente les respondamos de algún modo[13], como ellos dirían. Uno se podría admirar de su insensatez: no quieren que el Hijo de Dios sea una criatura (y en esto piensan correctamente),

10. Cf. *Ep.* I, 10, 4.

11. Cf. *Ep.* I, 33, 1

12. Probablemente se refiere a los *Discursos contra los Arrianos,* referencia tomada del *Prefacio* a las *Epístolas* en PG 26, 525.

13. *Trópôi tiní,* «de algún modo», como ellos dirían. A partir de la palabra *trópos* Atanasio los denomina con el nombre de *trópicos* (cf. § 10, 4).

¿cómo es que han podido soportar oír que el Espíritu del Hijo[14] es una criatura? [533A] Y si en razón de la unidad del Verbo con el Padre, no quieren que el Hijo mismo sea una de las cosas creadas, sino que piensan, como lo es en realidad, que Él es el Creador[15] de las cosas que han sido hechas, ¿por qué dicen que el Espíritu Santo es una criatura, teniendo la misma unidad con el Hijo, que la que éste tiene con el Padre[16] (3.) y no han reconocido que si no se separa del Padre al Hijo es como se salvaguarda que sólo hay un único Dios, así si se separa[17] del Verbo al Espíritu, ya no se salvaguarda la única divinidad en la Trinidad[18], dividiéndola y mezclando en ella una naturaleza extraña y de otra especie, igualándola completamente a las criaturas? Además, esta doctrina muestra que la Trinidad ya no es una sola cosa, sino que está constituida de dos naturalezas diferentes por razón de la diversidad de sustancia del Espíritu, como ellos mismos se lo han forjado.

4. ¿Qué clase de doctrina sobre Dios[19] es ésta [B] que mezcla al Creador y a la criatura? En efecto, o no

14. *Espíritu del Hijo* (cf. también *Ep.* I, 15, 2; 21, 1; III, 1, 5) expresa la íntima, inseparable relación del Espíritu con el Hijo, hasta tal punto que si el Espíritu fuera criatura quedaría afectada negativamente la naturaleza misma del Hijo.

15. El término griego es aquí *demiourgós* con evidente sentido de Creador, como se deduce de la primera línea del siguiente párrafo: la divinidad no está compuesta de Creador *demiourgós* y criatura.

16. Cf. *Ep.* I, 21, 1; III, 1, 5.

17. Cf. *Ep.* I, 33. Tan inseparable del Hijo es el Espíritu, como el Hijo lo es del Padre.

18. La idea de la única divinidad se repite con cierta frecuencia: *Ep.* I, 14, 4; 16, 2; 16, 6; 33, 3; III, 6, 3.4.5; IV, 3, 7; 6, 6.7. La Trinidad constituye un solo Dios: cf. *Ep.* I, 2, 3; 17, 1; 28, 2.

19. Doctrina sobre Dios, *theología*, es decir, doctrina trinitaria, cf. nota 69, pág. 62.

hay una Trinidad, sino una díada[20] y además una criatura, o si hay una Trinidad, como la hay realmente, ¿cómo colocan el Espíritu de la Trinidad con las criaturas que vienen después de la Trinidad? En efecto, esto es de nuevo separar y destruir la Trinidad.

5. Por tanto, pensando de manera equivocada del Espíritu Santo, tampoco piensan de manera recta acerca del Hijo. Y si pensaran rectamente acerca del Verbo, pensarían también correctamente acerca del Espíritu, *que procede del Padre*[21] y siendo propio[22] del Hijo, es dado por Él a los discípulos[23]

20. Como hacen los trópicos al admitir la divinidad del Padre y del Hijo y negar la del Espíritu, cf. *Ep.* I, 17, 1; 28, 2; 30, 3; III, 7, 2-3.

21. Jn 15, 26, cf. *Epistola*, I, 20, 7.

22. Propio, *ídion*, es expresión favorita de Atanasio para indicar la pertenencia del Espíritu al Hijo y al Padre. El Espíritu está vinculado a ellos y no pertenece al campo creatural. Es una manera de expresar la divinidad del Espíritu. El término se repite unas veinte veces en esta *Epístola* I. Para el estudio del término cf. CH. HAURET, *Comment le 'défenseur de Nicée' a-t-il compris le dogme de Nicée?*, págs. 22-23. Según A. LOUTH, "The use of the term *ídios* in Alexandrian Theology from Alexander to Cyril", *Studia Patristica* 19, 1989, 198-202, el término expresa la intimidad e inseparabilidad entre el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Atanasio hace un uso trinitario y otro cristológico del término. En sentido trinitario, el término aplicado al Hijo en su relación con el Padre indica que procede, por generación, de la esencia del Padre (*ek tês ousías toû patròs*) y que no pertenece al mundo de las criaturas cuyo origen está, por creación, en la nada *ek ouk óntôn*. Atanasio aplica también el término al Espíritu expresando su intimidad e inseparabilidad en relación al Hijo y en relación al Padre, siendo propio y una sola cosa de la divinidad que hay en la Trinidad. En sentido cristológico, el término expresa la relación de la humanidad de Cristo con el Verbo. El sentido trinitario está necesariamente implicado en el cristológico para que se pueda llevar a cabo la redención.

23. Cf. Jn 20, 22. El tema de la donación del Espíritu tiene una abundante presencia en *Ep.* I, 2, 4; 4, 3; 6, 6; 6, 10; 19, 8; 20, 7; III, 1, 5; 2, 1; 3, 3; IV, 1, 4; 2, 2; 3, 8; 6, 6.

y a todos los que creen en Él[24]. Equivocados de esta manera, tampoco tienen acerca del Padre una fe sana, porque los que resisten al Espíritu, como dijo el gran mártir Esteban[25], niegan también al Hijo. Y negando al Hijo, tampoco tienen al Padre[26].

24. Cf. Jn 7, 39. En la donación del Espíritu tenemos sugerido el tema de la salvación y santificación, cf. A. LAMINSKI, *o. c.*, pág. 58.

25. Cf. Hch 7, 51.

26. Despreciar al Espíritu es despreciar al Hijo y también al Padre, porque ambos, Espíritu e Hijo, son propios del Padre.

PRIMERA PARTE

A. Refutación bíblica

¿Qué fundamento?

[536A] **3.** 1. ¿De dónde os viene el pretexto para tal temeridad, hasta el punto de no temer lo que ha dicho el Señor: *El que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene perdón ni en este mundo ni en el futuro*[27]? Porque los arrianos, no comprendiendo la venida del Verbo en la carne ni lo que se dice a causa de esa presencia, tomaron pretexto de ello para su herejía y así fueron convencidos de ser enemigos de Dios y gente que en realidad usan un lenguaje huero y terreno[28]. Pero vosotros ¿dónde os habéis dejado engañar? ¿De quién lo habéis aprendido? ¿Cuál es el modo[29] de este vuestro error?

Primer texto: Amós 4, 13

2. «Hemos leído, dicen, en el profeta Amós que Dios afirma: *He aquí que yo consolido el trueno, creo el Espíritu y anuncio a los hombres su Cristo; yo hago la aurora y la oscuridad y camino sobre las cumbres de la tie-*

27. Mt 12, 32 + Mc 3, 29. Sobre el tema de la blasfemia contra el Espíritu cf. *Ep.* I, 33, 6; III, 7, 6; IV, 1, 3 y el llamado Apéndice IV, 8-23 y nota 117, pág. 189.

28. Cf. Jn 3, 31.

29. *Ho trópos.*

rra. [B] *Señor Dios todopoderoso es su nombre*[30]. Y de aquí nos hemos dejado persuadir de los arrianos que dicen que el Espíritu Santo es una criatura».

3. Así que habéis leído el texto de Amós, pero no habéis leído lo que se dice en los Proverbios: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[31], ¿o lo habéis leído? Y lo interpretáis, conforme a la verdad, para no llamar criatura al Verbo. Pero el texto del profeta no lo interpretáis, sino que oyendo simplemente la palabra *espíritu,* pensáis que se llama criatura al Espíritu Santo. Sin embargo, en los Proverbios es la Sabiduría la que claramente dice: *me creó* y hacéis bien al interpretar la frase, no contando entre las criaturas a la Sabiduría creadora.

4. El texto del profeta no implica referencia alguna al Espíritu Santo, sino que simplemente habla de *un espíritu.* ¿Cómo es que habiendo en las Escrituras una gran variedad de *espíritus* y pudiendo el texto tener su propio significado correcto, vosotros, como discutidores o como heridos por la mordedura de la serpiente arriana, pensáis que en Amós se habla del Espíritu Santo, sino porque no dejáis de considerarlo una criatura?

¿Cuándo en la Escritura «espíritu» significa Espíritu Santo?

4. 1. Decid, pues, si encontráis en algún pasaje de la Sagrada Escritura que al Espíritu Santo se le llame sim-

30. Am 4, 13. El texto griego lee *pneûma,* entre cuyos significados se encuentran *espíritu* y también *viento.* Los trópicos lo entendían en el sentido de *Espíritu* (con mayúscula) y del texto bíblico deducían que el Espíritu es una criatura. Cf. también PS.-DÍDIMO, *De Trinitate,* III, 31: PG 39, 949-951.

31. Pr 8, 22.

plemente *espíritu*, sin un complemento como *de Dios*, [537A] o *del Padre*, o *mío*, o *de Cristo* o *del Hijo*, o [que viene] *de mí*, que es lo mismo que venir *de Dios*, o sin que se añada el artículo, de modo que no se diga simplemente *espíritu*, sino *el Espíritu*, o sin que a este mismo Espíritu se le llame *el Santo*, o *Paráclito*, o *de la Verdad*, es decir, del Hijo, que dice: *Yo soy la verdad*[32]. ¿Cómo es que cuando simplemente oís la palabra *espíritu*, comprendéis que se trata del Espíritu Santo?[33].

2. Hay que hacer una excepción en esta regla, cuando se menciona a los que ya han recibido el Espíritu Santo o a los que con anterioridad han sido instruidos acerca del Espíritu Santo, después con repetirlo o recordarlo o con sólo decir *el Espíritu* saben de quién se está hablando, sobre todo porque en este caso se dice con artículo. En una palabra, sin el artículo o sin el añadido citado no se mencionaría el Espíritu Santo.

3. Así es como Pablo escribe a los gálatas: *Esto es lo único que quiero saber de vosotros, ¿recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por la obediencia de la fe?*[34]. ¿Qué espíritu habían recibido sino el Espíritu Santo, que es dado a los que creen y han renacido *por el baño de la regenera-*

32. Jn 14, 6.

33. Sobre este tema ya se había expresado ORÍGENES, *De Principiis*, I, 3, 4. «No se le escapa [a Orígenes] que el término *espíritu* es empleado frecuentemente en la Biblia, a veces, hasta para designar la naturaleza de Dios [Parch, I, 1, 1.4]. Plantea pues en principio, siguiendo 'a algunos de nuestros predecesores' hablando del Nuevo Testamento –pero extiende también esta afirmación al Antiguo–, que 'dondequiera el espíritu es nombrado sin un agregado que designe de qué espíritu se trata, hay que entender el Espíritu Santo' [Parchon, I, 3, 4]» (H. CROUZEL, *Orígenes. Un teólogo controvertido*, BAC 586, Madrid 1998, págs. 280-281).

34. Gal 3, 2.

ción[35]? Y a los tesalonicenses escribe: *No apagueis el Espíritu*[36], dirigiéndose a gente que sabían lo que habían recibido, para que no extinguieran por negligencia la gracia del Espíritu encendida en ellos.

4. Si en los Evangelios los evangelistas hablan del Salvador al modo humano en razón de la carne que Él asumió[37], y dicen: *Jesús, estando lleno de Espíritu, volvió del Jordán*[38], y: *Entonces Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto*[39], el sentido es el mismo. En efecto, Lucas había dicho: *Sucedió que cuando se bautizaba todo el pueblo, bautizándose también Jesús y estando en oración, se abrió el cielo y bajó sobre Él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma*[40]. Y era claro que mencionado el Espíritu, se había indicado el Espíritu Santo.

5. Así pues, en los textos en que aparece el Espíritu Santo, aun cuando sólo se lea *el Espíritu* sin ningún complemento, no hay duda de que se refiere al Espíritu Santo, especialmente cuando tiene el artículo.

Dossier bíblico: Antiguo Testamento

5. 1. Vosotros, pues, responded a lo que se os ha preguntado[41]: ¿Habéis encontrado en la Sagrada Escritura algún pasaje en el que al Espíritu Santo [540A] se le llame simplemente *espíritu* sin el complemento dicho y con excepción de la observación que hemos recor-

35. Tt 3, 5.
36. 1 Ts 5, 19.
37. Cf. también *Ep.* I, 6, 2.
38. Lc 4, 1. Lectura especial de Atanasio que omite la palabra *hagíou*, cf. PG 26, 537D, nota 6.
39. Mt 4, 1.
40. Lc 3, 21-22.
41. Cf. *Ep.* I, 4, 1.

dado? Pero no responderéis, porque no lo encontraréis escrito.

2. Por el contrario, está escrito en el Génesis: *Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas*[42]. Y poco después: *No permanecerá mi Espíritu en estos hombres, porque son carne*[43]. En el libro de los Números dice Moisés al hijo de Navé: *No estés celoso por mí. ¡Ojalá se le concediera al pueblo del Señor ser profetas, porque el Señor mandara su Espíritu sobre ellos!*[44].

3. Y en el libro de los Jueces se dice de Otniel: *Vino sobre él el Espíritu del Señor y fue juez de Israel*[45]. Y de nuevo: *El Espíritu del Señor vino sobre Jefté*[46]. Y de Sansón se dice: *Crecía el niño y lo bendijo el Señor* [B] *y el Espíritu del Señor comenzó a acompañarlo*[47]. Y: *Se lanzó sobre él el Espíritu del Señor*[48].

4. Y por su parte canta David: *No apartes de mí tu Espíritu Santo*[49]. Y de nuevo en el salmo ciento cuarenta y dos: *Tu Espíritu bueno me guiará por el camino recto. Por tu nombre, Señor, me vivificarás*[50].

5. En Isaías está escrito: *El Espíritu del Señor sobre mí, con Él me ha ungido*[51]. Y se había dicho antes: *¡Ay de vosotros, hijos rebeldes! Esto dice el Señor: Habéis hecho planes sin contar conmigo y alianzas sin contar con mi Espíritu, para acumular pecado sobre pecados*[52]. Y de

42. Gn 1, 2.
43. Gn 6, 3.
44. Nm 11, 29.
45. Jc 3, 10.
46. Jc 11, 29.
47. Jc 13, 24-25.
48. Jc 15, 14.
49. Sal 50, 13. La numeración de los Salmos corresponde a la de la versión de los LXX.
50. Sal 142, 10-11.
51. Is 61, 1.
52. Is 30, 1.

nuevo: *Escuchad esto: Desde el principio no he hablado a escondidas; cuando sucedía algo, allí estaba yo. Y ahora me ha enviado el Señor y su Espíritu*[53]. Y poco después dice así: *Y ésta es mi alianza* [C] *con ellos, dice el Señor, mi Espíritu, que está contigo*[54]. Y de nuevo, a continuación, añade: *No fue un mensajero, ni un ángel, sino que los salvó personalmente el Señor, porque los amaba y los trataba con miramientos. Él los rescató, los tomó y los elevó todos los* [541A] *días de la vida. Pero ellos desobedecieron e irritaron a su Santo Espíritu y Él se volvió enemigo de ellos*[55].

6. Ezequiel habla de esta manera: *Un espíritu me tomó y me condujo al país de los caldeos, a la cautividad, en visión, en el Espíritu de Dios*[56]. Y en Daniel: *Dios suscitó el Espíritu Santo de un muchacho, de nombre Daniel, y le hizo gritar: Yo soy inocente de esta sangre*[57]. Y Miqueas dice: *La casa de Jacob ha irritado al Espíritu del Señor*[58]. Y por medio de Joel dice Dios: *Y después de esto sucederá que yo derramaré de mi Espíritu sobre toda carne*[59]. Y

53. Is 48, 16. Atanasio no explica si «su Espíritu» es sujeto o complemento directo. DÍDIMO, *El Espíritu Santo*, 26, 117 lo interpreta como complemento: «Así pues, Dios no sólo envía al Hijo, sino también al Espíritu». Es la interpretación que había dado ORÍGENES, *Comentario al Evangelio de san Mateo*, 13, 18 y en *Contra Celso*, 1, 46. Como sujeto, lo interpreta AMBROSIO, *El Espíritu Santo*, III, 7-8: «¿Quién es el que dice: *Me han enviado el Señor y su Espíritu*, sino el que ha venido del Padre para salvar a los pecadores? Tal como oyes, a éste lo ha enviado también el Espíritu, para que cuando leas que el Hijo ha enviado al Espíritu, no deduzcas que el Espíritu es de inferior poder. Por tanto, el Padre y el Espíritu enviaron al Hijo».

54. Is 59, 21.

55. Is 63, 9-10.

56. Ez 11, 24.

57. Dn 13, 45-46.

58. Mi 2, 7.

59. Jl 2, 28.

de nuevo por medio de Zacarías, es la voz del Señor que dice: *Con todo, recibid mis palabras y mis decretos, todo lo que mando por mi Espíritu a mis siervos, los profetas*[60]. Y el profeta, acusando al pueblo, decía un poco después: *Han endurecido su corazón para no obedecer mi ley y las palabras que les envió el Señor todopoderoso por su Espíritu por mano de sus profetas de antaño*[61]. Hemos citado estos cuantos textos recogidos del Antiguo Testamento.

Dossier bíblico: Nuevo Testamento

6. 1. Preguntad también vosotros a los Evangelios y los escritos de los apóstoles y oiréis cómo allí, habiendo una gran diversidad de espíritus, el Espíritu Santo en particular no se nombra simplemente *Espíritu*, sino con el complemento del que hemos hablado.

2. Cuando el Señor, como ya dije antes, fue bautizado en cuanto hombre, en razón de la carne que tenía[62], se dice que bajó sobre Él el Espíritu Santo[63]. Y al darlo a sus discípulos, decía: *Recibid el Espíritu Santo*[64]. Les enseñaba: *El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, Él os lo enseñará todo*[65]. Y poco después decía acerca del mismo: *Cuando venga el Pará-*

60. Za 1, 6.
61. Za 7, 12.
62. Cf. *Ep.* I, 4, 4. Sobre la unción de la humanidad del Verbo encarnado cf. ATANASIO, *Contra los Arrianos*, I, 47s: PG 26, 108ss.; L. F. LADARIA, "Atanasio de Alejandría y la unción de Cristo (Contra Arianos, I, 47-50)", en: J. J. FERNÁNDEZ SANGRADOR - S. GUIJARRO OPORTO, *Plenitudo Temporis*. Miscelánea Homenaje al Prof. Dr. Ramón Trevijano Etcheverría, Salamanca 2002, págs. 469-479.
63. Cf. Lc 3, 22.
64. Jn 20, 22.
65. Jn 14, 26.

clito, que yo os enviaré de junto el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede de junto al Padre, Él dará testimonio de mí[66]. Y de nuevo: *No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu* [544A] *de vuestro Padre que hablará en vosotros*[67]. Y poco después: *Mas si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios*[68].

3. Y completando toda la doctrina sobre Dios y nuestra perfección[69], por la que nos unió[70] a sí y por medio de sí al Padre, ordenó a sus discípulos: *Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[71].

4. Prometiendo enviárselo, *les ordenó no alejarse de Jerusalén*[72], y unos días después: *Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un lugar y sucedió de repente un ruido que venía del cielo, como el de la irrupción de un fuerte viento, y llenó toda la casa en la que estaban reunidos. Se les aparecieron lenguas como de fuego que se iban repartiendo y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos de Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, como el Espíritu les concedía expresarse*[73].

5. Después mediante la imposición de las manos de los apóstoles[74] se daba el Espíritu Santo a los que habían sido

66. Jn 15, 26.
67. Mt 10, 20.
68. Mt 12, 28.
69. La doctrina sobre Dios es la *theología*, la doctrina sobre la Trinidad. La perfección o cumplimiento *teleiôsis* es el bautismo (cf. *Ep.* I, 29, 2.4). Ambos temas están deducidos del texto bíblico que se cita a continuación: Mt 28, 19.
70. Cf. *Ep.* I, 11, 6; 24 1-3; 25, 5-6; E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 48, nota 58.
71. Mt 28, 19, citado también en *Ep.* I, 11, 5; II, 6, 1; III, 6, 3; IV, 5, 2.
72. Hch 1, 4.
73. Hch 2, 1-4.
74. Cf. Hch 8, 17.

regenerados. Un cierto Ágabo profetizó diciendo: *Esto dice el Espíritu Santo*[75]. Y Pablo: *En la grey en la que el Espíritu Santo os puso como obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que Él se conquistó con su propia sangre*[76]. Y en el bautismo del eunuco: *El Espíritu del Señor arrebató a Felipe*[77].

6. Y Pedro escribió: *Alcanzando el fin de la fe, la salvación de las almas. Esta salvación es la que buscaron e investigaron los profetas* [C], *que profetizaron acerca de la gracia destinada a vosotros, investigando qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo en ellos, anunciando de antemano los padecimientos de Cristo y la gloria que vendría después*[78]. Y Juan escribió: *En esto conocemos, que permanecemos en Él y Él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu*[79].

7. Por su parte, Pablo escribe a los romanos: *Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece. Pero si Cristo habita en vosotros, el cuerpo está muerto* [545A] *por el pecado, pero el espíritu es vida en razón de la justificación. Pero si el Espíritu del que resucitó a Jesús habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos resucitará también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita dentro de vosotros*[80].

8. Y a los corintios: *En efecto, el Espíritu lo escruta todo, incluso las profundidades de Dios. De hecho, ¿quién conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que hay en él? De igual modo lo que hay en Dios nadie lo conoce, sino el Espíritu de Dios. Ahora bien, nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Es-*

75. Hch 21, 11.
76. Hch 20, 28.
77. Hch 8, 39.
78. 1 P 1, 9-11.
79. 1 Jn 4, 13.
80. Rm 8, 9-11.

píritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha regalado[81]. Y poco después: *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?*[82]. Y de nuevo: *Pero habéis sido lavados, santificados y justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*[83]. Y de nuevo: *Todo esto lo realiza el único y mismo Espíritu que distribuye a cada uno en particular como quiere*[84]. Y otra vez: *El Espíritu es Señor y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad*[85].

9. Ten presente[86] cómo escribe también a los gálatas diciendo: *Para que en Cristo Jesús la bendición de Abrahán llegara hasta nosotros y recibiéramos por la fe la promesa del Espíritu*[87]. Y de nuevo: *Porque sois hijos envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, [Espíritu que] grita: ¡Abba, Padre! De modo que ya no eres siervo, sino hijo. Y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo*[88]. Y a los efesios decía de esta manera: *No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, en el que habéis sido sellados para el día de la redención*[89]. [C] Y de nuevo: *Esforzaos por guardar la unidad del Espíritu, en el vínculo de la paz*[90]. A los filipenses les habló con toda franqueza escribiéndoles: *¿Qué, pues? Con tal de que de todas las maneras, hipócritamente o de verdad, Cristo sea predicado. Y en esto me alegro y me ale-*

81. 1 Co 2, 10-12.
82. 1 Co 3, 16.
83. 1 Co 6, 11.
84. 1 Co 12, 11.
85. 2 Co 3, 17. Atanasio interpreta aquí este texto en referencia al Espíritu (i.e, el Espíritu es Señor), pero en *Contra los Arrianos*, I, 11 (PG 26, 36A) lo aplica al Señor (i.e., el Señor es Espíritu), cf. C. R. B. SHAPLAND, *o. c.*, pág. 75, nota 121; A. LAMINSKI, *o. c.*, pág. 60, nota 41.
86. J. LEBON *o. c.*, pág. 91, nota 6, indica que san Atanasio parece dirigirse aquí a Serapión, olvidando que toda su demostración se dirigía a los adversarios.
87. Ga 3, 14.
88. Ga 4, 6-7.
89. Ef 4, 30.
90. Ef 4, 3.

graré. De hecho, sé que esto contribuirá a mi salvación, por medio de vuestras oraciones y a la ayuda del Espíritu de Jesucristo, según mis deseos y esperanzas de que de nada [548A] *me sentiré avergonzado*[91]. Y de nuevo: *Nosotros somos la circuncisión, los que damos culto según el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús*[92].

10. Y a los tesalonicenses les testimonia: *El que desprecia esto, no desprecia a un hombre, sino a Dios que nos ha dado su Espíritu Santo*[93]. Y a los hebreos escribe de esta manera: *El Espíritu Santo da a entender que todavía no está abierto el camino del santuario, mientras subsiste todavía la primera tienda*[94]. Y de nuevo: *¿Cuánto más grave castigo pensáis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios y consideró cosa profana la sangre de la Alianza, en la que fue santificado, y ultrajó al Espíritu de la gracia?*[95]. Y de nuevo: *Si la sangre de toros y de machos cabríos y la ceniza de una ternera santifica con su aspersión a los contaminados en orden a la purificación de la carne, cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno* [B] *se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras muertas*[96]. Y a los tesalonicenses: *Y entonces se manifestará el impío, al que el Señor Jesús aniquilará con el Espíritu de su boca y destruirá con la manifestación de su venida*[97].

«Espíritu» a veces significa «espíritu del hombre»

7. 1. He ahí cómo se da a conocer el Espíritu Santo en toda la Sagrada Escritura. ¿Es que habéis visto voso-

91. Flp 3, 18-20.
92. Flp 3, 3.
93. 1 Ts 4, 8.
94. Hb 9, 8.
95. Hb 10, 29.
96. Hb 9, 13-14.
97. 2 Ts 2, 8.

tros algo semejante en el profeta[98]? La palabra *espíritu* dicha por el profeta no tiene ni siquiera artículo, con el que tendríais un pretexto. Sino que simplemente os atrevéis a inventaros *tropos* y decir que el *espíritu*, del que se dice *ser creado*, es el mismo Espíritu Santo, habiendo podido sin embargo aprender de los entendidos[99] acerca de la diversidad de espíritus.

2. En efecto, se menciona el espíritu del hombre [C], como canta David: *De noche hablaba con mi corazón y mi espíritu estaba enojado*[100]. Baruc dice estando en oración: *Un alma en estrechez y un espíritu colmado de tristeza levantó su grito hacia ti*[101]. Y en el canto de los tres jóvenes: *Espíritus y almas de los justos, bendecid al Señor*[102].

3. El Apóstol escribe: *El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos*[103]. Y de nuevo: *Nadie conoce lo que hay en el hombre* [549A] *sino el espíritu del hombre que hay en él*[104]. Y en la carta a los tesalonicenses dice en forma de oración: *Que vuestro espíritu entero, el alma y el cuerpo se conserve irreprochablemente hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo*[105].

98. Cf. Am 4, 13. Es el texto en el que los adversarios apoyaban su doctrina sobre el Espíritu como una criatura, cf. *Ep.* I, 3.2.

99. Sobre la pluralidad de sentidos del término *pneuma*, cf. ORÍGENES, *De Principiis*, I, 3, 4; CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, XVI, 13-15; DÍDIMO, *El Espíritu Santo*, 54-59; *De Trinitate*, II, 1, 2; EPIFANIO, *Ancoratus*, 72. Atanasio se podía referir a Orígenes.

100. Sal 76, 7.

101. Ba 3, 1.

102. Dn 3, 86.

103. Rm 8, 16-17.

104. 1 Co 2, 11.

105. 1 Ts 5, 23.

«Espíritu» significa también «viento»

4. También se llama espíritu al viento, como en el Génesis: *Y Dios suscitó un espíritu sobre la tierra y el agua decreció*[106]. Y en el libro de Jonás: *Y el Señor hizo levantarse un espíritu sobre el mar y se formó un gran oleaje en el mar y la nave estuvo en peligro de quedar hecha añicos*[107]. Y en el salmo ciento seis está escrito: *Habló y se hizo un espíritu huracanado y se levantaron su olas*[108]. Y en el salmo ciento cuarenta y ocho: *Alabad al Señor desde la tierra, dragones y todos los abismos, fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu tempestuoso, ejecutores* [B] *de su palabra*[109]. Y en Ezequiel en la lamentación de Tiro: *Al corazón del mar, sobre las profundas aguas te condujeron tus remeros; el espíritu del sur te ha triturado*[110].

«Espíritu» significa, por último, «sentido espiritual»

8. 1. Leed las sagradas Escrituras y encontraréis que se llama espíritu al *sentido* que hay en las mismas palabras divinas, al escribir Pablo: *El cual nos capacitó como servidores de la Nueva Alianza, no de la letra sino del espíritu. En efecto, la letra mata, y el espíritu vivifica*[111]. El texto queda grabado en las letras, pero el sentido que hay en ellas se llama espíritu.

106. Gn 8, 1.
107. Jon 1, 4.
108. Sal 106, 25.
109. Sal 148, 7-8.
110. Ez 27, 25-26.
111. 2 Co 3, 6. Al excluir Atanasio que este texto, en el que se lee *tò pneûma* con artículo, se refiera al Espíritu Santo, olvida la regla hermenéutica formulada en el § 4. Otros autores del siglo IV interpretan el pasaje en referencia al Espíritu, cf. C. R. B. SHAPLAND, *o. c.*, pág. 78, nota 1.

2. De la misma manera, *la ley es espiritual*[112], para que, como también dijo, no sirvamos *en la antigüedad de la letra, sino en la novedad del espíritu*[113]. Y él mismo dijo en acción de gracias: *Yo, pues, con mi mente sirvo la ley de Dios, pero con la carne la ley del pecado. Ahora, pues, no hay condenación alguna para los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de la vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado*[114].

3. Y Felipe, queriendo hacer pasar al eunuco de la letra al espíritu, decía: *¿Comprendes lo que estás leyendo?*[115]. De poseer una tal comprensión da testimonio también Caleb en el libro de los Números, cuando Dios dice: *Mi siervo Caleb, porque hubo en él un espíritu diverso y me siguió de cerca lo introduciré en la tierra en la que entró*[116]. Es que había hablado con otra disposición de corazón diversa de la de los otros y se convirtió en agradable a Dios. A tener un corazón semejante exhortó Dios al pueblo diciendo [552A] por medio de Ezequiel: *Haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo*[117].

La exacta interpretación de Amós 4, 13

4. Estando así las cosas y mostrada una diversidad tal en relación a los espíritus, os iría mejor si, al oír hablar de un *espíritu creado*[118], pensarais en alguno de los anteriormente mencionados, como era aquel del que se escribe en Isaías: *Aram pactó con Efraín, y su alma se*

112. Rm 7, 14.
113. Rm 7, 6.
114. Rm 7, 25-8, 2.
115. Hch 8, 30.
116. Nm 14, 24.
117. Ez 18, 31.
118. Cf. Am 4, 13.

turbó y el alma de su pueblo, como en el bosque un árbol es sacudido por un espíritu[119]. Lo mismo significa el pasaje: *El Señor hizo que se levantara un espíritu sobre el mar*[120] a causa de Jonás. De hecho, al trueno siguen los espíritus de los vientos, como la lluvia en tiempos de Ajab según está escrito: *Y sucedió que poco a poco se oscureció el cielo de nubes y de espíritu*[121].

Nueva objeción

[B] **9.** 1. Pero dicen que como el texto profético menciona a Cristo, hay que pensar, en consecuencia, que el espíritu citado no es otro sino el Espíritu Santo.

2. Así que os habéis dado cuenta de que el Espíritu Santo es nombrado juntamente con Cristo, ¿mas el separarlo en cuanto a la naturaleza y el mantenerlo apartado del Hijo, dónde lo aprendisteis, ya que decís que Cristo no es criatura, pero al Espíritu lo llamáis criatura? Y es absurdo nombrar y glorificar juntos[122] seres desemejantes por naturaleza. En efecto, ¿qué hay de común o de semejante entre la criatura y el Creador? Porque tendríais que contar junto al Hijo y unir a Él las criaturas hechas por medio de Él.

Interpretación antropológica de «espíritu santo»

3. Bastaba con interpretar lo escrito[123] en referencia al espíritu de los vientos, como hemos dicho. Pero como

119. Is 7, 2.
120. Jon 1, 4.
121. 1 R 18, 45.
122. Cf. nota 397, pág. 124.
123. Cf. Am 4, 13.

alegáis que en el texto se hace mención de Cristo, es necesario considerar atentamente lo que dice, pues incluso para el espíritu, del que se dice que es creado, quizá encontremos el sentido más adecuado.

4. ¿Y qué significa anunciar a los hombres su Cristo [C], sino que Él se hace hombre y esto es lo mismo que decir: *He aquí que la virgen concebirá en su vientre y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Enmanuel*[124], y todo lo demás que se ha escrito sobre su venida? Anunciada acerca del Verbo su venida en carne ¿qué espíritu hay que entender como creado, sino el espíritu de los hombres que es nuevamente creado y renovado? En efecto, esto mismo lo prometió Dios diciendo por medio de Ezequiel: *Y os daré un corazón nuevo* [553A] *y os daré un espíritu nuevo. Y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré en vuestro interior mi Espíritu*[125].

5. ¿Cuándo se ha realizado esto, sino cuando vino el Señor y lo renovó todo por medio de la gracia? De hecho, también en estas palabras se muestra la diversidad de espíritus. El espíritu que es renovado es el nuestro. El Espíritu Santo no se llama simplemente espíritu, sino que Dios dice que es el suyo y en Él los nuestros son renovados, como también dice el salmista en el salmo ciento tres: *Les quitarás su espíritu y expirarán y volverán al polvo que son. Enviarás tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra*[126]. Si somos renovados en el Espíritu de Dios, no es, por tanto, el Espíritu Santo el que se dice ahora que es creado, sino el nuestro.

124. Is 7, 14.
125. Ez 36, 26-27.
126. Sal 103, 29-30.

6. Y si porque todo ha sido hecho por medio del Verbo[127] pensáis rectamente que el Hijo no es una criatura ¿cómo no será blasfemo que digáis que el Espíritu es una criatura, en el que el Padre, mediante el Verbo, perfecciona y renueva todas las cosas[128]? Y si porque está escrito simplemente que el espíritu es creado, se imaginan que ese es el Espíritu Santo, deben persuadirse de ahora en adelante que no es el Espíritu Santo el que es creado, sino que es el nuestro el que es recreado en Él.

7. Eso es lo que también pedía David cantando: *Crea en mí un corazón puro y renueva en mis entrañas un espíritu recto*[129]. Aquí se habla, en efecto, de crear al que antes había sido plasmado, como dice Zacarías: *El que extiende el cielo y pone un fundamento a la tierra y plasma el* [C] *espíritu del hombre en él*[130]. Al espíritu que antes había plasmado, una vez caído lo creó de nuevo, convertido él mismo en la criatura, cuando el Verbo se hizo carne[131] *para*, como dijo el Apóstol, *crear los dos en un solo hombre nuevo*[132], *creado según Dios en la justicia y la santidad de la verdad*[133].

8. No hablaba, en efecto, de la creación de un hombre distinto del que desde el principio fue hecho según la imagen[134], sino que nos exhortaba a asumir la mente creada y renovada en Cristo. Esto de nuevo se muestra por medio de Ezequiel, cuando dice: *Haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Para qué morir, casa de Israel? Porque no quiero la muerte del que está a punto de morir, dice Adonai el Señor*[135].

127. Cf. Jn 1, 3.
128. Cf. *Ep.* I, 28, 2; 31, 2; III, 5, 1.
129. Sal 50, 12.
130. Za 12, 1.
131. Cf. Jn 1, 14.
132. Ef 2, 15.
133. Ef 4, 24.
134. Cf. Gn 1, 26.
135. Ez 18, 31-32.

Interpretación cristológica de «trueno consolidado»

10. 1. Por consiguiente, si éste es el sentido de la expresión «espíritu creado», [556A] sería conveniente interpretar también el «trueno consolidado»[136] como la palabra fiel y la ley inquebrantable del Espíritu. Queriendo que Santiago y Juan fueran sus servidores, el Señor los llamó *Boanerges, es decir, hijos del trueno*[137]. Y eso Juan lo grita verdaderamente desde el cielo: *En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios*[138].

2. Porque antes la ley contenía la sombra de los bienes futuros[139], pero cuando Cristo fue anunciado a los hombres[140] y se hizo presente diciendo: «Soy yo, el que está hablando»[141], entonces, como dijo Pablo: *Su voz conmovió la tierra, habiendo prometido con anterioridad: Una vez más haré que se estremezca no sólo la tierra, sino también el cielo. Lo de 'una vez más' significa el cambio de las cosas mudables, para que permanezcan las que son inmutables. Por eso habiendo recibido un reino inconmovible, tenemos la gracia de ofrecer a Dios mediante ella un culto* [B] *que le sea agradable*[142].

3. El reino que éste llama inconmovible, David lo canta como consolidado: *El Señor reina, se ha revestido de belleza. El Señor se ha vestido y ceñido de poder. Y es que ha consolidado el mundo, que no vacilará*[143]. Lo dicho por

136. Cf. Am 4, 13. No se ve cómo este capítulo 10, 1-3 cuadra con una respuesta a la exégesis de los trópicos. Atanasio se muestra aquí no muy claro y evasivo, cf. H. R. SMYTHE, "The interpretation of Amos 4, 13 in St. Athanasius and Dydimus", *JTS* n.s. 1, 1950, 160-161.

137. Mc 3, 17.

138. Jn 1, 1.

139. Cf. Hb 10, 1.

140. Cf. Am 4, 13.

141. Cf. Jn 4, 26.

142. Hb 12, 26-28; cf. Ag 2, 6.

143. Sal 92, 1.

el profeta[144] significa, pues, la venida del Salvador en la que también nosotros hemos sido renovados y en la que permanece inquebrantable la ley del Espíritu.

Segundo texto: 1 Timoteo 5, 21

4. Pero los verdaderamente trópicos tienen el mismo parecer que los arrianos y comparten con ellos la blasfemia contra la divinidad, éstos llamando criatura al Hijo y aquéllos al Espíritu[145]. Han tenido la audacia de incluso inventarse lo que ellos llaman *tropos* y de tergiversar las palabras del Apóstol, que bellamente escribió a Timoteo diciendo [C]: *Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo y de los ángeles elegidos que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada por partidismo*[146].

5. Pero ellos afirman que puesto que ha mencionado a Dios y a Cristo y a continuación a los ángeles, es necesario que el Espíritu sea contado entre los ángeles, que Él sea también de la misma categoría de ellos y que sea un ángel superior a los otros[147].

6. En primer lugar, la invención de esta impiedad es obra de Valentín[148], y estos no han ocultado que repiten las tesis de aquél. En efecto, aquél dijo [557A] que cuan-

144. Cf. Am 4, 13.

145. Cf. *Ep.* I, 1, 3.

146. 1 Tm 5, 21. Cf. BASILIO DE CESAREA, *El Espíritu Santo*, XIII, 29: pág. 152.

147. Cf. *Ep.* I, 1, 2.

148. Al atribuir al gnóstico Valentín (mencionado de nuevo poco después en 11, 2) la invención del error de los trópicos, se explicaría muy bien el texto de *Ep.* III, 7, 2-3 que denota una ideología valentiniana en ellos, cf. A. ORBE, *La teología del Espíritu Santo. Estudios Valentinianos IV*, Roma 1966, 456-457; J. BARBEL, *Christos Angelos*, Bonn 1941, 205, nota 113.

do el Paráclito fue enviado, con Él fueron enviados los ángeles contemporáneos suyos[149].

7. Y después degradan al Espíritu al nivel de los ángeles que, a su vez, son incluidos en la Trinidad. En efecto, si, según ellos, después del Padre y del Hijo vienen los ángeles, es evidente[150] que los ángeles forman parte de la Trinidad y ya no serían *espíritus servidores enviados para un servicio*[151], como tampoco serían santificados, sino que ellos serían más bien los santificadores de los otros.

Al Espíritu Santo nunca se le llama ángel

11. 1. ¿Por qué, pues, es tan grande la locura de esta gente? ¿En qué pasaje de la Escritura encontraron jamás que al Espíritu se le llame ángel? Me veo obligado a repetir las mismas cosas que ya dije antes. Se le ha llamado Paráclito y Espíritu de filiación adoptiva y Espíritu de santificación[152]. Ha recibido el nombre de Espíritu de Dios y Espíritu de Cristo. En ningún pasaje se llama ángel, ni arcángel, ni espíritu de servicio, cosa que son los ángeles, sino que más bien Él junto con el Hijo es servido por Gabriel que dice a María: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*[153].

149. J. LEBON, *o. c.*, pág. 100, nota 4, indica que Atanasio toma, al parecer, esta noticia de san IRENEO, *Adv. Haer.*, I, 4, 5: SC 264, 73. Cf. también *Ep.* I, 11, 2.

150. Según J. LEBON, *o. c.*, pág. 101, nota 1, en lugar del texto del Migne *dèlonóti tèn* hay que leer *dêlon hóti tês.*

151. Hb 1, 14.

152. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio*, 25, 16, llama al Espíritu *autoagiótes* la santidad sustancial.

153. Lc 1, 35. Cf. también más adelante, I, 31, 9; III, 6, 2; E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 60, nota 134.

2. Si las Escrituras no llaman ángel al Espíritu ¿qué justificación tendrán de esta insensata osadía? Tanto más que el que sembró en ellos estas malas ideas, Valentín, llamó a uno Paráclito y a los otros ángeles, aunque el insensato coloca al Espíritu al mismo tiempo como contemporáneo de los ángeles[154].

Nuevas objeciones infundadas

3. Mas he aquí que dicen que «está escrito en el profeta Zacarías: *Esto dice el ángel que habla en mí*[155]; y es claro que el profeta expresa que el Espíritu es el ángel que habla en él».

4. No dirían esto si estuvieran atentos al texto, porque el mismo Zacarías, cuando tuvo la visión del candelabro, dice: *Y respondió el ángel que hablaba en mí y dijo: ¿No sabes qué cosa es esto? Y dije: No, Señor. Y respondió y me dijo lo siguiente: Ésta es la palabra del Señor a Zorobabel: No con gran poder ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice el Señor todopoderoso*[156]. Es, pues, claro que el ángel que hablaba al profeta no era el Espíritu Santo, sino que era un ángel, mientras que el Espíritu de Dios es Espíritu del Todopoderoso, es servido por un ángel y es inseparable de la Divinidad y propio del Verbo.

5. Puesto que alegan la palabra del Apóstol[157], porque los ángeles elegidos se mencionan después de Cristo [560A], que digan cuál de todos estos es el que hay que unir a la Trinidad, porque todos no forman un solo ser en cuanto

154. Cf. *Ep.* I, 10, 6.
155. Za 1, 9; 4, 5.
156. Za 4, 5-6.
157. Cf. 1 Tm 5, 21 citado en *Ep.* I, 10, 4.

al número, o cuál de ellos es el que bajó al Jordán en forma de paloma[158], pues los servidores son *miles de millares y multitud de miríadas*[159]. O por qué, abiertos los cielos, no se dice que bajó uno de los ángeles elegidos, sino el Espíritu Santo[160]. Y por qué el mismo Señor, hablando de la consumación a los discípulos, distinguiendo dice: *El Hijo del hombre enviará sus ángeles*[161] y antes se dijo: *Los ángeles le servían*[162]. Y de nuevo Él mismo dice: *Saldrán los ángeles*[163]. Y al dárselo a los discípulos decía: *Recibid el Espíritu Santo*[164]. Y al enviarlos decía: *Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[165].

6. En efecto, no unió un ángel a la divinidad ni nos unió con Él y con el Padre por medio de una criatura, sino mediante el Espíritu Santo[166], al que, cuando lo prometía, no dijo que enviaría un ángel, sino *al Espíritu de la verdad, que procede de junto al Padre*[167], que recibe de Él[168] y es dado[169].

El Espíritu Santo no es un ángel

12. 1. Ya Moisés, sabiendo que los ángeles son criaturas, mientras que el Espíritu Santo está unido al Hijo y al Padre, diciéndole Dios: *Ve y sal de aquí tú y tu pueblo, a los que sacaste de Egipto hacia la tierra que juré a Abra-*

158. Cf. Lc 3, 22.
159. Cf. Dn 7, 10; Ap 5, 11. Cf. *Ep.* I, 27, 3.
160. Cf. Lc 3, 22.
161. Mt 13, 41.
162. Mt 4, 11.
163. Mt 13, 49.
164. Jn 20, 22.
165. Mt 28, 19.
166. Cf. *Ep.* I, 6, 3; 24, 2; 25, 3.
167. Jn 15, 26.
168. Cf. Jn 16, 15.
169. Cf. Jn 20, 22.

hán, a Isaac y a Jacob diciendo: La daré a vuestra descendencia y enviaré delante de ti a mi ángel y expulsará al Cananeo[170], no aceptó diciendo: *Si no vienes tú mismo con nosotros, no me hagas salir de aquí*[171].

2. Pues no quería que una criatura guiara al pueblo, para que no aprendieran a adorar *la criatura en lugar del Creador*[172] de todo, a Dios. Sin duda que rechazando al ángel estaba suplicando que el mismo Dios los condujera. Prometiéndoselo Dios le dijo: *También haré esa palabra que has pronunciado, porque has encontrado gracia ante mí y te conozco más que a nadie*[173]. Está escrito en Isaías: *El que hizo subir de la tierra al pastor de las ovejas,* [561A] *¿dónde está el que puso en ellos el Espíritu Santo, el que conducía a Moisés con su diestra?*[174]. Y poco después dice: *Descendió el Espíritu de junto al Señor y los guió. Así condujiste a tu pueblo haciéndote un nombre glorioso*[175].

3. ¿Quién no ve la verdad de estas cosas? Al prometerle Dios que los iba a conducir, he aquí que no promete ya enviar un ángel, sino su Espíritu, que está por encima de los ángeles y es el conductor del pueblo. Y muestra que el Espíritu no es ni una de las criaturas, ni ángel, sino que está por encima de la creación[176], unido a la divinidad del Padre. En efecto, el mismo Dios por medio del Verbo conducía en el Espíritu al pueblo. De aquí que en toda la Escritura dice: *Yo os saqué de la tierra de Egipto*[177]. *Vosotros sois testigos de si es que había con vosotros otro dios fuera de mí*[178].

170. Ex 33, 1-2.
171. Ex 33, 15.
172. Rm 1, 25.
173. Ex 33, 17.
174. Is 63, 11-12.
175. Is 63, 14.
176. El Espíritu está por encima de toda la creación, cf. *Ep.* I, 26, 1. Unido a la divinidad del Padre significa que el Espíritu es divino, es Dios.
177. Am 2, 10.
178. Cf. Is 44, 8; Dt 32, 39.

4. Y los santos por su parte se dirigen a Dios diciendo: *Condujiste como a un rebaño a tu pueblo*[179]; y: *Los condujo el Señor con la esperanza y no tuvieron miedo*[180]. A Él consagran también un himno diciendo: *Al que condujo a su pueblo por el desierto, porque su misericordia es para siempre*[181]. Y el gran Moisés continuamente narra: *El Señor Dios es el que camina delante de vosotros*[182].

5. Así pues, el Espíritu de Dios no podría ser un ángel ni una criatura, sino propio de la divinidad. Porque estando el Espíritu con el pueblo, estaba con ellos Dios por medio del Hijo en el Espíritu.

Una lógica absurda

13. 1. «Pero si eso es así –dicen ellos–, ¿por qué el Apóstol no mencionó después de Cristo al Espíritu Santo, sino a los ángeles elegidos[183]?».

2. Lo mismo se le podría preguntar a ellos. ¿Por qué Pablo mencionó solamente a los ángeles elegidos y no a los arcángeles, ni a los querubines, ni a los serafines, ni a las dominaciones, ni a los tronos[184], ni a ningún otro? Acaso puesto que no los nombró, ¿los ángeles son arcángeles? O ¿es que sólo hay ángeles y no serafines o querubines, ni arcángeles, ni dominaciones, ni tronos, ni principados, ni ningún otro? Pero esto es imponer al Apóstol la necesidad de escribir de una manera y no de

179. Sal 76, 21.
180. Sal 77, 53.
181. Sal 135, 16.
182. Dt 1, 30; 20, 4; 31, 3.6.
183. Cf. 1 Tm 5, 21 (citado en *Ep.* I, 10, 4).
184. Cf. Rm 8, 38; 1 Co 15, 24; Ef 1, 21; Col 1, 16; 1 Ts 4, 16.

otra, es ignorar las divinas Escrituras y, por lo mismo, engañarse[185] acerca de la verdad.

3. He aquí lo que está escrito en Isaías: *Acercáos a mí y escuchad: Desde el principio no os hablé en secreto;* [564A] *cada vez que sucedía algo, allí estaba yo, y ahora el Señor me ha enviado y su Espíritu*[186]. Y en Ageo: *Y ahora ten ánimo, Zorobabel, dice el Señor. Ten ánimo, Jesús, hijo de Josedec, sumo sacerdote, dice el Señor. Que tenga ánimo todo el pueblo de la tierra, dice el Señor. Y a la obra, porque yo estoy con vosotros, dice el Señor todopoderoso, y mi Espíritu se ha colocado en medio de vosotros*[187].

4. Y en ambos profetas se hizo mención únicamente del Señor y del Espíritu. ¿Qué van a decir de esto? En efecto, si porque Pablo mencionando a Cristo silenció al Espíritu, pero mencionó a los ángeles elegidos, por eso colocan al Espíritu entre los ángeles, entonces que al leer los textos proféticos reflexionen con más valentía sobre el que no es allí mencionado [B].

5. Si, pues, dicen que el Señor es el Hijo, ¿qué van a decir del Padre? Y si dijeran que es el Padre ¿qué van a decir del Hijo? Ojalá a nadie se le pase ni siquiera por el pensamiento la blasfemia que se sigue de sus raciocinios. Porque necesariamente habrán de decir que lo no mencionado o no existe o se cuenta entre las criaturas.

14. 1. ¿Qué cosa dirían si oyeran al Señor decir: *Había un juez en un país que no temía a Dios ni respetaba a ningún hombre*[188]? Puesto que después de Dios ha mencionado al hombre ¿acaso es el Hijo este hombre, al que no respetaba el juez inicuo? ¿O porque después de Dios mencionó

185. Cf. Mt 22, 29.
186. Is 48, 16.
187. Ag 2, 4-5.
188. Lc 18, 2.

al hombre, el Hijo es tercero después del hombre y el cuarto es el Espíritu Santo? [C]

2. ¿Y qué dirían si escucharan al Apóstol que dice en la misma epístola: *Te ordeno delante de Dios que lo vivifica todo y del Señor Jesucristo que ante Poncio Pilato testimonió tan bella confesión: que guardes el mandamiento sin tacha y sin defecto*[189]? ¿Es que porque no ha mencionado aquí a los ángeles ni al Espíritu, dudan de que el Espíritu exista y de que los ángeles existan? Ciertamente que dudan, mientras piensen proferir tales blasfemias sobre el Espíritu.

3. Si además escuchan la Escritura que en el Éxodo dice: [565A] *El pueblo temió al Señor y creyeron a Dios y a Moisés, su siervo*[190], ¿acaso contarán a Moisés con Dios y pensarán que después de Dios no está el Hijo, sino solamente Moisés? ¿Y qué dirán si escuchan también al patriarca Jacob bendiciendo a José y diciendo: *El Dios que me ha alimentado desde mi juventud hasta este día, el ángel que me liberó de todos los males bendiga a estos muchachos*[191]? Y si después de Dios nombró a un ángel, ¿es el ángel anterior al Hijo o el Hijo se cuenta entre los ángeles? Sí, pensarán de nuevo de ese modo, al tener el corazón corrompido.

La exacta interpretación de 1 Timoteo 5, 21

4. Pero no es esa la fe apostólica. En una palabra, un cristiano no podría soportar tales cosas. La santa y bienaventurada Trinidad es indivisible y está unida con-

189. 1 Tm 6, 13-14.
190. Ex 14, 31.
191. Gn 48, 15.

sigo misma, de modo que mencionado el Padre, le está unido [B] también su Verbo, y en el Hijo lo está el Espíritu. Y si el que es mencionado es el Hijo, en el Hijo está el Padre y el Espíritu no está fuera del Verbo[192]. En efecto, única es la gracia que viene del Padre y que por medio del Hijo se consuma en el Espíritu Santo[193]. Una sola es la divinidad y hay un solo Dios *que está sobre todo, por medio de todo y en todo*[194].

5. Así también cuando Pablo dice: *Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo*[195], sabía que el Espíritu no está separado del Hijo, sino que está en Cristo, como el Hijo está en el Padre. Con razón añadió la mención de los ángeles elegidos[196], ya que este testimonio estaba dirigido a su discípulo, de modo que sabiendo que lo dicho de parte de Dios se expresa por medio de Cristo en el Espíritu, y también que los ángeles administran lo nuestro, y observan las acciones de cada uno, el discípulo guardara la exhortación del maestro, al tener tales testigos presenciales de sus palabras.

6. O quizá porque siempre contemplan el rostro del Padre que está en los cielos[197], pone ahora por testigos a los ángeles a causa de los pequeños[198] que hay en la Iglesia, para que el discípulo, conociendo a los que cuidan de los pueblos, no descuide las exhortaciones del Apóstol.

192. E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 66, omite toda la frase.
193. Cf. *Ep.* I, 20, 6; 30, 8.
194. Ef 4, 6.
195. 1 Tm 5, 21.
196. Cf. 1 Tm 5, 21.
197. Cf. Mt 18, 10.
198. Los pequeños *mikrós* de Mt 18, 10 son el pueblo *laós*, los fieles. Cf. E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 66, nota 177.

B. Refutación lógica

Razonamientos absurdos

15. 1. Así pues, me parece que éste es el sentido de las palabras divinas, que refuta la blasfemia de estos insensatos contra el Espíritu. Pero estos teniendo una permanente hostilidad contra la verdad, tal como escribes, de nuevo dicen, sacándolo no de las Escrituras, pues allí no lo encuentran, sino de la abundancia de su propio corazón[199]:

2. «Si no es una criatura, ni uno de los ángeles, sino que procede del Padre, [568A] entonces también Él es hijo, y hay dos hermanos[200], Él y el Verbo. Y si es hermano, ¿cómo puede ser unigénito el Verbo o cómo no son iguales, sino que uno es nombrado después del Padre y el otro después del Hijo? Y si tiene su origen en el Padre, ¿cómo no se dice que es engendrado o que es hijo, sino simplemente Espíritu Santo? Pero si el Espíritu es del Hijo, entonces el Padre es abuelo del Espíritu».

199. Cf. Mt 12, 34.

200. Cf. *Ep.* IV, 1, 2. Cf. EPIFANIO DE SALAMINA, *Ancoratus*, 7, 8 (GCS 25, pág. 14): «El Espíritu Santo existe siempre, no es engendrado ni creado, no es un segundo hermano, ni tío paterno, ni abuelo, ni descendiente, sino Espíritu Santo de la misma esencia, *ousía,* del Padre y del Hijo. Porque Dios es Espíritu». Esta problemática aparece también en GREGORIO NACIANCENO, *Discurso,* 31, 7 (BPa 30, págs. 226-227): «En este punto eres tú el que tiene la palabra: ¡que tus hondas empiecen a lanzar sus proyectiles, que tus silogismos comiencen a envolvernos! El Espíritu Santo, o es absolutamente ingénito, o es engendrado. Si es ingénito, son dos los seres sin principio. Y si es engendrado, haces una nueva distinción: o viene del Padre, o del Hijo. Si viene del Padre, nos encontramos con dos hijos y dos hermanos. Invéntame,

3. Los indeseables se mofan, gente entrometida[201] que pretenden escrutar las profundidades de Dios que nadie conoce, sino el Espíritu de Dios[202], contra el que ellos blasfeman. No sería ya necesario responderles sino que, según el precepto apostólico[203], después de la amonestación precedente habría que evitarlos como a herejes, o plantearles cuestiones dignas de las que ellos nos plantean, y [B] reclamarles una respuesta, como ellos nos la reclaman a nosotros.

4. Así pues, que nos digan: si el Padre tiene su origen en un padre y si otro es engendrado junto con Él y son hermanos que proceden de uno solo y qué nombre tienen y cuál es el padre y abuelo de ellos y cuáles sus antepasa-

si quieres, que son gemelos, o que uno es más viejo y el otro más joven, puesto que eres tan aficionado a las cosas corpóreas. Y si viene del Hijo, añades, nos hallamos ante un Dios nieto. ¿Hay algo más extravagante que esto? He aquí el lenguaje de los sabios del mal hacer (cf. Jr 4, 22) que se niegan a escribir lo que es bueno. Pero si yo viese que tal distinción es lógicamente necesaria, admitiría los hechos sin tener miedo a los nombres. En efecto, dado que el Hijo es Hijo según una relación de orden superior, *katà tina skhésin hypsêlotéran,* no pudiendo nosotros expresar de otra manera que procede de Dios y que le es consubstancial, *homoúsion,* no por eso debemos creer que es absolutamente necesario aplicar a la divinidad todos los títulos de la condición mortal, incluidos los relativos a nuestro parentesco. En línea con este razonamiento, tendrías que pensar también que Dios es de sexo masculino, puesto que se le llama Dios y Padre; y la divinidad, de sexo femenino, en conformidad con el género de las palabras; y el Espíritu, ni una cosa ni otra, ya que no engendra. Y si, además, quieres dedicarte a esos juegos de niños, según los cuales Dios habría engendrado a su Hijo uniéndose con su voluntad, conforme a viejas bagatelas y fábulas, nos encontraríamos ante un dios masculino y femenino a la vez, el dios de Marción, que inventó los nuevos eones».

201. Cf. 2 Ts 3, 11.

202. Cf. 1 Co 2, 10-11; cf. *Ep.* III, 2, 1.

203. Cf. Tt 3, 10.

dos. Pero dirán que no existen. Que digan ¿cómo es padre el que no ha nacido de un padre? O ¿cómo pudo tener un hijo, quien no fue engendrado antes Él mismo como hijo?

5. Sé que la pregunta es impía. Pero es justo mofarse de quienes se mofan, para que de tamañas extravagancias e impías preguntas puedan tomar conciencia de la propia locura. En efecto, no son así las cosas, ni es lícito formular tales preguntas sobre la divinidad. ¡En absoluto! Pues Dios no es como el hombre[204], de modo que nadie se atreva a formular sobre Él cuestiones humanas [C].

En qué sentido Dios es Padre e Hijo

16. 1. Como ya indiqué, sería conveniente guardar silencio sobre estas cuestiones e ignorar a esta gente. Pero para que nuestro silencio no genere en ellos un pretexto para su desvergüenza, que escuchen:

2. Como no se puede decir que hay un padre además del Padre, tampoco se puede decir que hay un hermano además del Hijo. Porque, como está escrito[205], antes del Padre no hubo otro Dios, ni hay otro Hijo, pues es unigénito, por lo cual el solo y único Padre es Padre del solo y único Hijo, y solamente en la divinidad han existido siempre y existirán los términos *padre* e *hijo*[206].

204. Cf. Nm 23, 19. Ni Dios es como el hombre ni los hombres como Dios, por eso hay que purificar las palabras que empleamos para referirnos a Dios. Cf. ATANASIO, *De Decretis Nicaenae Synodi*, 10 (PG 25, 432AB).

205. Cf. Is 43, 10. Cf. J. LEBON, *o. c.*, pág. 100, nota 2.

206. Cf. *Ep.* IV, 6, 3; *Contra los Arrianos*, I, 21, 10. Únicamente en la divinidad se da que Padre e Hijo agotan de modo único y ex-

3. Entre los hombres si a uno se le llama padre, antes fue hijo de otro, [569A] y si se le llama hijo, se convierte luego en padre de otro, de modo que entre los hombres no se conserva en sentido propio el nombre de padre y de hijo. Así Abrahán, siendo hijo de Téraj[207], se convirtió en padre de Isaac. E Isaac, siendo hijo de Abrahán, se convirtió en padre de Jacob. La naturaleza humana tiene esta condición: la de ser parte los unos de los otros y cada engendrado tiene parte de su padre, de modo que puede convertirse en padre de otro.

4. [B] Pero las cosas no son así en la divinidad. Porque Dios no es como el hombre[208] ni tiene una naturaleza fraccionada en partes, por lo que no engendra un hijo por fragmentación de sí mismo, para convertirse en padre de otro, puesto que tampoco Él proviene de un padre. El Hijo no es parte del Padre, y por eso no engendra como Él ha sido engendrado, sino que todo Él es imagen[209] y esplendor[210] del Todo[211].

5. Y únicamente en la divinidad el Padre es propiamente Padre y el Hijo es propiamente Hijo y de ellos tiene validez lo siguiente: el Padre es siempre Padre y el Hijo es siempre Hijo[212]. Y como el Padre no podrá ser jamás

clusivo el ser Padre y el ser Hijo de modo que no pueden convertirse el Padre en Hijo y el Hijo en Padre, mientras que entre los hombres una misma persona puede ser a la vez padre e hijo.

207. Cf. Gn 11, 26.

208. Cf. Nm 23, 19; cf. *Ep.* IV, 6, 4.

209. Cf. 2 Co 4, 4; Col 1, 15.

210. Cf. Hb 1, 3.

211. *Allà hólos estin hólou eikòn kaì apaúgasma.* Dada la naturaleza simple de Dios, ésta queda expresada íntegra y plenamente en su imagen, que es el Hijo. El Hijo es enteramente imagen del Padre.

212. «Habiéndose demostrado muy impía la expresión *de la nada*, se sigue necesariamente que el Padre es siempre Padre. Por lo demás, es siempre Padre, porque

hijo, así el Hijo no podrá jamás convertirse en padre. Y como el Padre no dejará jamás de ser el único Padre, así el Hijo no dejará jamás de ser el único Hijo.

6. Es, pues, una completa locura pensar y mencionar acerca del Hijo a un hermano, y al Padre llamarlo abuelo. En efecto, en las Escrituras no se llamó hijo al Espíritu, de modo que no se pensara en un hermano ni en un hijo del Hijo, para no considerar abuelo al Padre. Sino que el Hijo se denomina Hijo del Padre, y el Espíritu se denomina Espíritu del Padre. Y de este modo hay una sola divinidad y una sola fe en la Santa Trinidad.

Trascendencia de Dios y lenguaje humano

17. 1. [C] Así pues y según esto, es una locura decir que Él es una criatura. Porque si fuera una criatura, no estaría unido a la Trinidad. En efecto, toda ella constituye un único Dios[213]. Y es suficiente saber que el Espíritu no es una criatura ni que se cuenta entre las cosas creadas[214]. Nada extraño se mezcla con la Trinidad, sino que ella es indivisible y semejante a sí misma.

siempre le está presente el Hijo, razón por la que es llamado Padre. Puesto que el Hijo está siempre junto a Él, es siempre Padre perfecto y no carece en absoluto de ningún bien. No ha engendrado al Hijo unigénito ni en el tiempo, ni en un intervalo de tiempo, ni de la nada» (ALEJANDRO DE ALEJANDRÍA, *Epístola a Alejandro de Tesalónica*, 26 [PG 82 897B] referencia tomada de E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 69, n. 187).

213. Aunque Atanasio no llama directamente "Dios" al Espíritu, en realidad en la frase "[la Trinidad] toda ella es Dios" está implícito que el Espíritu es Dios (cf. A. LAMINSKI, *o. c.*, pág. 140).

214. Cf. *Ep.* IV, 7, 1. Al creyente le basta con saber que el Espíritu no es una criatura. Esto no significa que Atanasio se contente con ello.

2. Esto les basta a los creyentes. Hasta aquí puede llegar el conocimiento humano[215]. Aquí los querubines se cubren con sus alas[216]. El que busca y quiere indagar más allá de esto, desoye al que dice: *No pretendas saber demasiado, no sea que te quedes pasmado*[217]. Lo transmitido mediante la fe[218] debe ser pensado no con sabiduría humana[219], sino con la obediencia de la fe[220].

3. En efecto, ¿qué [572A] discurso podrá interpretar dignamente los seres que trascienden la creación? ¿O qué oído puede penetrar enteramente lo que al hombre no le es lícito ni oír ni decir? Sobre lo que Pablo oyó, se expresó de esa manera[221], pero acerca del mismo Dios dijo: *¡Qué irrastreables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?*[222]. Abrahán no hizo preguntas inútiles ni discutió al que le hablaba, sino que *creyó y le fue reputado como justicia*[223]. Así Moisés fue llamado siervo fiel[224].

4. Si los que piensan como Arrio, puesto que la sabiduría no entrará en su fraudulenta alma[225], no pueden ni pensar ni creer en la indivisible y santa Trinidad, que no por

215. Obsérvese cómo en todo este capítulo se subraya que nuestro conocimiento de Dios es limitado. Limitado no significa falso. La única acertada actitud que debemos fomentar es la de la fe y la razón iluminada por la fe. Dios nos ha revelado "que existe", no "cómo es Él" (*Ep.* I, 18, 3). Cf. también ATANASIO, *Contra los Arrianos*, II, 32: PG 26, 216B; Cf. J. B WALKER, «Convenance épistémologique de l'homoousion dans la théologie d'Athanase», págs. 255-275; A. LOUTH, "Reason and Revelation in Saint Athanasius", *SJT* 23, 1970, 385-396.

216. Cf. Is 6, 2.

217. Qo 7, 16.

218. El conjunto de verdades que componen el depósito de la fe.

219. Cf. 1 Co 2, 13.

220. Cf. Ga 3, 2.5.

221. Cf. 2 Co 12, 4.

222. Rm 11, 33.

223. Rm 4, 3.

224. Cf. Hb 5, 3.

225. Sb 1, 4.

esto tergiversen la verdad, ni digan que lo que ellos no pueden entender, no puede existir. [B] Padecen una situación de lo más absurda: no pudiendo entender cómo la Santa Trinidad es indivisible, los arrianos hacen del Hijo una sola cosa con la creación, y los trópicos cuentan al Espíritu entre las cosas creadas.

5. Lo razonable es que los que no comprenden callen completamente, y no junten con las criaturas aquellos al Hijo y estos al Espíritu; o bien deberían reconocer lo que está escrito y unir al Hijo con el Padre y no separar del Hijo al Espíritu, para que se mantenga verdaderamente la indivisibilidad y homogeneidad de la Santa Trinidad. Sería conveniente que, una vez aprendidas estas cosas, no se atrevieran ni a preguntar desde una posición de duda, cómo puede existir esto, y si el interrogado carece de recursos para responder, que no se imaginen falsas ideas.

6. A todas las criaturas y especialmente a nosotros los hombres nos es imposible hablar dignamente de lo que es inefable. Y más temerario aún, no pudiendo hablar, es inventar nuevas palabras, diversas de las que hay en las Escrituras. Y es que, en realidad tan insensatos son los argumentos del que pregunta, como los del que intenta responder. En realidad, ni siquiera en el ámbito de las criaturas a quien plantea cuestiones de este modo se considera que tiene una mente recta.

Límites del conocimiento humano

18. 1. Que se atrevan a responder los que se expresan con facilidad: ¿cómo fue creado el cielo y de qué materia, cuál es su composición y cómo fueron creados el sol y cada una de las estrellas? ¿Y qué hay de extraordinario [D] en refutar su insensatez a partir de lo que está por enci-

ma de nosotros[226], cuando ni siquiera sabemos cuál es la naturaleza de las cosas de aquí abajo, de los árboles ni la composición de las aguas, ni cómo fue la creación [573A] y constitución de los animales?

2. Pero no podrán explicarlo, ya que incluso Salomón, que participó más abundantemente que nadie de la sabiduría, viendo que a los hombres les resultaba imposible descubrirlo, dijo: *Les dio toda la eternidad en sus corazones, para que el hombre no descubra la obra que hizo Dios desde el principio hasta el fin*[227]. Ahora bien, porque no pueden descubrir estas cosas, ¿afirmarán que ni siquiera existen? Sin duda que lo afirmarán teniendo la mente viciada[228].

3. Por eso, con razón se les podría decir: ¡Oh necios y osados! ¿Por qué no dejáis más bien de plantear cuestiones inútiles sobre la Santa Trinidad y no creéis únicamente en su existencia? En este punto tenéis como maestro al Apóstol que dice: *En efecto, hay que creer en primer lugar que Dios existe y que es remunerador de los que lo buscan*[229]. No dijo *cómo es,* sino sólo *que existe.* [B] Y si ni aún así se dan por vencidos, que digan cómo es el Padre, para que de esa manera aprendan cómo es también su Verbo. Pero dirán que es absurdo preguntar de ese modo sobre el Padre. Pues que oigan que también es absurdo preguntar de esa manera sobre su Verbo[230].

226. *Ek tôn hyperkeiménôn,* a partir de la cosas del cielo, de los cuerpos celestes.

227. Qo 3, 11.

228. Forma peyorativa y polémica de referirse a los arrianos como locos y perturbados.

229. Hb 11, 6.

230. «Si procede, *ekporeúetai,* del Padre, no es una creatura; si no es engendrado, tampoco es el Hijo; y si está entre el ingénito y el engendrado es que es Dios. De este modo, escapando a las redes de tus silogismos, se ha demostrado Dios, porque es más fuerte que tus distinciones. Pero ¿qué es la procesión, *he ekpóreusis*? Si tú

Atenerse a las expresiones bíblicas

19. 1. Puesto que tal modo de preguntar es inútil e incluso más que necio, ya nadie planteará semejantes cuestiones, sino que aprenderá sólo lo que hay en las Escrituras. Porque los ejemplos[231] que en ellas se encuentran sobre el tema son aptos y suficientes.

me dices qué es la ingenitud del Padre, yo te explicaré tanto la generación del Hijo como la procesión del Espíritu Santo, y así ambos deliraremos al asomarnos a ver los misterios de Dios. (...) ¿Qué es, pues, dice él, lo que falta al Espíritu para ser Hijo?, porque si no le falta nada, sería Hijo. Nosotros decimos que no le falta nada, pues Dios no carece de nada; pero la diferencia de la manifestación, por así decir, o de la relación entre ellos, produce también la diferencia de nombre. Tampoco al Hijo le falta nada para ser el Padre, pues la filiación no es una carencia, pero no por eso es el Padre; de otro modo, también al Padre le faltaría algo para ser el Hijo, pues el Padre no es el Hijo. Estos términos no indican una carencia, ni una subordinación esencial; las expresiones *ser ingénito, ser engendrado, y proceder* designan al Padre, al Hijo y a aquel de quien se habla aquí, al Espíritu Santo» (GREGORIO NACIANCENO, *Discurso*, 31, 8-9: BPa 30, págs. 229-230, traducción de J. R. DÍAZ SÁNCHEZ-CID). También es interesante el texto de san AGUSTÍN: «¿Quién podrá explicar en aquella excelentísima naturaleza la diferencia que hay entre nacer y proceder? Porque no todo el que procede nace, aunque todo el que nace procede; como no todo el que tiene dos pies es hombre, aunque todo hombre es bípedo. Esto es lo que sé. Pero no sé, no puedo, carezco de fuerzas para distinguir entre aquella generación y esta procesión» (*Contra Maximinum*, II, 14: PL 42, 770; BAC 512, 495).

231. Para estas imágenes en la tradición anterior, cf. JUSTINO, *Diálogo*, 61.128; ATENÁGORAS, *Legatione*, 10; TACIANO, *Oratio ad Graecos*, 5; TERTULIANO, *Apologético*, 21; *Adversus Praxean*, 51. Para el tema de la luz cf. M. MARTÍNEZ PASTOR, *Teología de la luz en Orígenes (De Princ. e In Ioh.)*, Santander 1963; F. J. DÖLGER, "Sonne und Sonnenstrahl als Gleichnis in der Logostheologie des christlichen Altertums", *Antike und Christentum* 1, 1929, 271-290 (274-279).

Fuente y luz

2. El Padre es llamado fuente y luz: *Me han abandonado a mí, que soy fuente de agua viva*[232]. Y de nuevo [C] en el libro de Baruc: *¿Cómo es que estás, Israel, en la tierra de los enemigos? Abandonaste la fuente de la sabiduría*[233]. Y según Juan: *Nuestro Dios es luz*[234].

3. También el Hijo, en relación a la fuente, se llama río: *El río de Dios va lleno de aguas*[235]. Y en relación a la luz, se llama resplandor, como dice Pablo: *Él es resplandor de la gloria e impronta de su sustancia*[236].

4. Siendo, pues el Padre luz y el Hijo su resplandor (no hay que dudar en repetir muchas veces lo mismo sobre todo en tal materia), es lícito ver también en el Hijo al Espíritu, en el cual somos iluminados[237]. Dice (la Escritura): *Para que os dé Espíritu de sabiduría y de revelación, para conocerle a Él, que os ilumine los ojos del corazón*[238]. [D] Iluminados gracias al Espíritu, es Cristo el que en Él nos ilumina, pues *Él era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo*[239].

5. De nuevo, siendo el Padre fuente, y llamándose el Hijo río, se dice que bebemos el Espíritu. En efecto está escrito [576A]: *Todos nosotros hemos bebido un único Espíritu*[240]. Los que bebemos del Espíritu, bebemos de Cristo, pues *bebían de la piedra espiritual que les seguía. Y la piedra era Cristo*[241].

232. Jr 2, 13.
233. Ba 3, 10.12.
234. 1 Jn 1, 5.
235. Sal 64, 10.
236. Hb 1, 3.
237. El Espíritu es potencia iluminadora del Hijo, su gracia y actividad luminosa, cf. *Ep.* I, 30, 7.
238. Ef 1, 17.
239. Jn 1, 9.
240. 1 Co 12, 13, cf. *Ep.* III, 4, 1.
241. 1 Co 10, 4.

Filiación

6. Y de nuevo, siendo Cristo verdadero Hijo, nosotros que hemos recibido el Espíritu nos hemos convertido en hijos[242]. Dice [la Escritura]: *No habéis recibido un espíritu de esclavitud para caer de nuevo en el temor, sino que habéis recibido el Espíritu de filiación adoptiva*[243]. Una vez hechos hijos en virtud del Espíritu, es claro que en Cristo somos llamados hijos de Dios, pues *a cuantos lo recibieron, les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios*[244].

242. «Aun habiendo un único verdadero Hijo por naturaleza, el unigénito, también nosotros nos convertimos en hijos, no por naturaleza y verdaderamente como Él lo es, sino por gracia del que nos ha llamado así. (...) Como también dice Juan: *Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos dio inteligencia para que conozcamos al verdadero Dios. Y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios y la vida eterna* (1 Jn 5, 20). Mas nosotros por su medio somos hechos hijos por adopción y por gracia al participar de su Espíritu. En efecto, *a cuantos lo recibieron, les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre* (Jn 1, 12)» (ATANASIO, *Contra los Arrianos,* III, 19: PG 26, 361C-363B).

243. Rm 8, 15; cf. *Ep.* I, 25, 3.

244. Jn 1, 12. Comentando este texto dice: «Emplea el término 'llegar a ser', *genésthai,* porque se llaman hijos no por naturaleza sino por adopción. Y empleó el término 'han sido engendrados', *egennêthêsan* (Jn 1, 13), porque también recibieron el nombre de hijo. Pero el pueblo, como dice el profeta (Is 1, 3), rechazó a su benefactor. Ésta es, pues, la filantropía de Dios que consiste en que de aquellos de los que es creador, después se hace también padre por gracia. Se hace cuando los hombres creados, como dijo el Apóstol (Ga 4, 6), reciben en sus corazones el Espíritu de su Hijo, (Espíritu) que clama: *Abbá, Padre.* Estos son todos los que habiendo recibido al Verbo, recibieron de Él el poder de llegar a ser hijos de Dios. De otra forma no llegarían a ser hijos, ya que son por naturaleza criaturas, a no ser que reciban el Espíritu del que es por naturaleza verdadero Hijo. Para que esto tuviera lugar, el Verbo se hizo carne (Jn

Sabiduría

7. Siendo el Padre el único sabio, como dice Pablo[245], el Hijo es su sabiduría, pues *Cristo es potencia de Dios y sabiduría de Dios*[246]. Y siendo el Hijo de la sabiduría, habiendo recibido nosotros el Espíritu de sabiduría, tenemos al Hijo y en Él somos hechos sabios. [B] Así está escrito en el salmo ciento cuarenta y cinco: *El Señor liberta a los encadenados, el Señor hace sabios a los ciegos*[247].

1, 14), para hacer al hombre receptor de la divinidad. Esta misma idea podemos aprenderla en el profeta Malaquías que dice: *¿No os creó el único Dios? ¿No es el único padre de todos vosotros?* (Ml 2, 10). También aquí puso en primer lugar el término *creó,* y en segundo lugar *padre,* para mostrar también Él que desde el principio somos por naturaleza criaturas y que nuestro creador es Dios por medio del Verbo, y después somos hechos hijos y además el Dios creador se convierte también en nuestro padre. Así pues, *Padre* lo es en sentido propio del Hijo, y no la criatura sino *el Hijo* lo es en sentido propio del Padre. Con esto queda claro que nosotros no somos hijos por naturaleza, sino el Hijo que está en nosotros; y a su vez (queda claro) que Dios no es nuestro padre por naturaleza, sino que lo es del Verbo que está en nosotros, y por Él y en Él gritamos *Abbá, Padre.* Ahora bien, de igual modo el Padre a aquellos en los que ve a su Hijo, los llama también hijos y dice: *engendré,* siendo así que *engendrar* hace referencia a hijo, mientras que *hacer* se refiere a las obras. Por eso, nosotros no somos primeramente engendrados, sino que somos hechos. En efecto está escrito: *Hagamos al hombre* (Gn 1, 26), y después, habiendo recibido la gracia del Espíritu, se dice que somos engendrados. Ciertamente también el gran Moisés en el Cántico dijo con buen sentido primeramente *adquirió* (Dt 32, 6) y después *engendró* (Dt 32, 18), para que al oír *engendró* no se olvidaran los hombres de la naturaleza que tenían desde el principio, y reconocieran que desde el principio son criaturas y que cuando, por gracia, se dice que son engendrados como hijos, por naturaleza no son más que criaturas» (ATANASIO, *Contra los Arrianos,* II, 59: PG 26, 272 C-273 AC).

245. Cf. Rm 16, 27.
246. 1 Co 1, 24.
247. Sal 145, 7-8.

Don

8. Y habiéndosenos dado el Espíritu: –*Recibid el Espíritu Santo*[248], dijo el Señor –, Dios está en nosotros, como escribió Juan: *Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en Él, en que nos ha dado de su Espíritu*[249]. Y estando Dios en nosotros, también el Hijo está en nosotros, pues el mismo Hijo dice: *Yo y el Padre vendremos y haremos morada en él*[250].

Vida

9. Y después, siendo el Hijo vida, pues afirma: *Yo soy la vida*[251], se dice que somos vivificados en el Espíritu, [C] pues dice [la Escritura]: *El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales mediante el Espíritu que inhabita en vosotros*[252]. Siendo vivificados en el Espíritu, se dice que el mismo Cristo vive en nosotros. *Estoy,* dice, *concrucificado con Cristo. Y vivo ya no yo, sino que Cristo vive en mí*[253].

Obras

10. Y también las obras que el Hijo hacía, afirmaba que las realizaba el Padre: *El Padre que permanece en mí es quien hace las obras. Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Y si no, creedme por las obras mismas*[254]. De igual modo, lo que Pablo realizaba con el poder del Espíritu, decía que

248. Jn 20, 22.
249. 1 Jn 4, 12-13.
250. Jn 14, 23; cf. *Ep.* I, 30, 7.
251. Jn 14, 6.
252. Rm 8, 11.
253. Ga 2, 19-20.
254. Jn 14, 10-11.

eran obras de Cristo: *No me atreveré a hablar de lo que Cristo no haya realizado por medio de mí para obediencia de los gentiles* [D] *con palabra y obra, con potencia de signos y prodigios, con el poder del Espíritu Santo*[255].

La Trinidad es inseparable

20. 1. Siendo tal la ordenada disposición y unidad en la Santa Trinidad, ¿quién podría separar al Hijo [577A] del Padre o al Espíritu del Hijo o del mismo Padre? ¿Quién sería talmente osado como para decir que la Trinidad es desemejante y de naturaleza diversa en relación a sí misma, o que el Hijo es de sustancia diversa a la del Padre o que el Espíritu es extraño al Hijo[256]?

2. ¿Cómo es esto?, podría quizás inquirir y preguntar alguno. ¿Cómo es que estando el Espíritu en nosotros, se dice que el Hijo está en nosotros y estando el Hijo en nosotros, se dice que el Padre está en nosotros? En una palabra, ¿cómo siendo Trinidad, en uno solo está significada la Trinidad? ¿Cómo estando uno solo en nosotros, se dice que está la Trinidad?

3. Que este tal divida primero el resplandor de la luz, o la sabiduría del sabio o diga cómo es esto[257]. Y si no puede, con mayor razón es temeridad de unos locos investigar tales cuestiones acerca de Dios.

255. Rm 15, 18-19.

256. Atanasio se refiere aquí claramente a una tesis arriana radical (*anómoion, heterophuê, allotriooúsion, ksénon*) según la cual la segunda y tercera persona tienen naturalezas diversas entre sí y en relación con la primera persona de la Trinidad.

257. Cf. *Ep.* I, 20. Las imágenes y ejemplos son necesarios para poder hacernos una idea de Dios,

La razón iluminada por la fe

4. En efecto, la divinidad, como queda dicho[258], no se revela con demostraciones lógicas, sino mediante la fe y mediante una reflexión [B] acompañada de reverencia. Si pues Pablo ha predicado lo concerniente a la cruz salvadora *no con sabiduría de palabras, sino con demostración de espíritu y de poder*[259], y oyó en el paraíso *palabras inefables que no le es permitido al hombre expresar*[260], ¿quién podrá hablar sobre la Trinidad Santa?

5. Sin embargo, esta dificultad se puede subsanar en primer lugar con la fe[261] y después con los ejemplos citados, los de imagen, esplendor, fuente, río, sustancia[262] y de la impronta[263].

6. Y como el Hijo está en el Espíritu como en su propia imagen[264], así también el Padre está en el Hijo. La di-

cf. J. WALKER, "Convenance épistémologique de l'homoousion dans la Théologie d'Athanase", pág. 261s.

258. Cf. *Ep.* I, 17, 2.

259. Cf. 1 Co 1, 17; 2, 4.

260. 2 Co 12, 4.

261. La fe es la fórmula bautismal, cf. *Ep.* I, 28, 4 donde se cita Mt 28, 19.

262. *Hypostáseôs* Hb 1, 3.

263. *Kharaktêrôs* Hb 1, 3.

264. El Espíritu como imagen del Hijo, paralelamente a como el Hijo lo es del Padre, cf. *Ep.* I, 24, 6; 26, 4; IV, 3, 3. No es muy frecuente que al Espíritu se le llame *eikón, imagen,* del Hijo, pero se encuentran algunos testimonios: PS.-GREGORIO TAUMATURGO, *Expositio fidei* (PG 10, 985A) en una profesión de fe en la Trinidad dice: «Y un único Espíritu Santo, que recibe su existencia de Dios [Padre] y que se mostró a los hombres mediante el Hijo, y es imagen perfecta del Hijo perfecto»; GREGORIO NISENO, *De vita Gregorii Thaumaturgi* (PG 46, 912D) reproduce el mismo texto: cf. L. ABRAMOWSKI, "Das Bekenntnis des Gregor Thaumuturgus bei Gregor von Nyssa und das Problem seiner Echtheit", *ZKG* 87, 1976, 145-166 que la considera espúrea. Cf. PS.-BASILIO, *Contra Eunomium*, V (PG

vina Escritura, atenuando la imposibilidad de interpretar por medio de palabras tales cosas e incluso de comprenderlas, [C] nos proporcionó esos ejemplos, de modo que a causa de la incredulidad de los temerarios se posibilite expresar con sencillez, decir sin peligros, reflexionar con la debida reverencia y creer que hay una sola santificación que toma su punto de partida del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo[265].

7. Y del mismo modo que el Hijo es único[266], así el Espíritu, [580A] dado[267] y enviado de parte del Hijo, es también Él uno solo y no muchos, ni tampoco es uno como

29, 724C): «Imagen de Dios es Cristo, *el cual es,* dice, *imagen del Dios invisible* (Col 1, 15). Y el Espíritu es imagen del Hijo y los que participan de Él se convierten en hijos con la misma forma [del Hijo], según está escrito: *a los que conoció de antemano, los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8, 29)»; CIRILO ALEJANDRINO, *Thesaurus,* 33 (PG 75, 572A); *De Trinitate dialogus,* VII (PG 75, 1089B); JUAN DAMASCENO, *Exposición de la Fe,* I, 13 (BPa 59), Madrid 2003, pág. 74: «Imagen del Padre es el Hijo, y del Hijo el Espíritu. Por medio de éste, Cristo habita en el hombre y le da al hombre ser conforme a su imagen»; *De imaginibus, Oratio,* III, 17 (PG 94, 1340B): «Y el Espíritu Santo es imagen del Hijo, porque nadie puede decir 'Jesús es Señor' sino en el Espíritu Santo (1 Co 12, 3). Así pues, mediante el Espíritu Santo conocemos que Cristo es Hijo de Dios y Dios y en el Hijo contemplamos al Padre. En efecto, la palabra es por naturaleza mensajera del pensamiento, mientras que el espíritu es revelador de la palabra. El Espíritu Santo es imagen semejante y exacta del Hijo, teniendo la diferencia en la sola procesión, puesto que el Hijo es engendrado y no procedente. El Hijo es imagen natural del Padre y así la primera clase de imagen es la natural».

265. Cf. *Ep.* I, 14, 4; 30, 8.

266. *Monogenês,* cf. Jn 1, 14; 3, 18.

267. Cf. *Ep.* I, 2, 5; *Contra los Arrianos,* I, 48: PG 26, 112 BC (Es Jesucristo quien da el Espíritu incluso en el Antiguo Testamento). Sobre este § 20, 7 cf. A. LAMINSKI, *o. c.,* págs. 152-155; TH. C. CAMPBELL, *o. c.,* págs. 431-432.

resultado de muchos, sino que únicamente Él es el Espíritu. En efecto, siendo único el Hijo, el Verbo viviente, es necesario que sea única, perfecta y plena su energía[268] viviente, santificadora e iluminadora, y que es también su don, que se dice proceder del Padre[269], ya que refulge, es enviado y es dado de parte del Verbo, que confesamos tener su origen en el Padre.

8. Ciertamente el Hijo es enviado de parte del Padre, pues la Escritura dice: *Tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo unigénito*[270]. Por otro lado, el Hijo envía al Espíritu, pues dice: *Si yo me voy, enviaré al Paráclito*[271]. Y el Hijo glorifica al Padre, diciendo: *Padre, yo te he glorificado*[272]. Y el Espíritu glorifica al Hijo, que dice: *Él me glorificará*[273]. [B] También el Hijo dice: *Lo que he oído del*

268. Cf. *Ep.* I, 30, 7. Según GREGORIO NACIANCENO, *Oratio*, 31, 5-6 [*Los Cinco Discursos Teológicos*, BPa 30, págs. 224-225] algunos teólogos habían llamado al Espíritu *enérgeia* en sentido de simple fuerza divina impersonal, mas para el Nacianceno es una persona divina, como también para Atanasio que llama al Hijo energía sustancial del Padre (*Contra los Arrianos*, 2, 2: PG 26, 152 A) y denomina al Espíritu energía perfecta, plena y viviente, del Hijo. Cf. A. SEGOVIA, "Equivalencia de fórmulas en las sistematizaciones trinitarias griega y latina. Observaciones y sugerencias", *Estudios Eclesiásticos* 21, 1947, 448-452.

269. Cf. Jn 15, 26; *Ep.* I, 2, 5. En lugar de leer *parà toû patrós* (de Jn 15, 26) Atanasio lee *ek toû patrós* con lo que a semejanza del Hijo, aunque no por generación, también el Espíritu tiene su origen en el Padre. El cambio de preposición podría estar inspirado en el símbolo de Nicea, que afirma la procedencia (eterna) del Hijo *ek tês ousías toû patrós*, afirmación que serviría de fundamento para su aplicación al Espíritu; bien es verdad que Atanasio piensa aquí en la misión y donación del Espíritu, que se lleva a cabo a partir (*pará*) del Verbo, cf. J. WOLINSKI, "La pneumatologie des Pères Grecs avant le Concile de Constantinople I", págs. 146-147.

270. Jn 3, 16.

271. Jn 16, 7.

272. Jn 17, 4.

273. Jn 16, 14.

Padre, lo digo al mundo[274]. Y el Espíritu recibe del Hijo, que dice: *Él recibirá de lo mío y os lo anunciará*[275]. El Hijo vino en el nombre del Padre[276] y el Hijo dice: *El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre*[277].

Conclusión

21. 1. Teniendo el Espíritu en relación al Hijo la misma condición y naturaleza que el Hijo tiene en relación al Padre[278], ¿cómo quien dice que el Espíritu es una criatura, no pensará necesariamente lo mismo acerca del Hijo? En efecto, si el Espíritu del Hijo es una criatura, lo consecuente sería que dijeran también que el Verbo del Padre es una criatura.

2. Pensando eso han caído los arrianos en el judaísmo de Caifás[279]. [C] Si los que dicen tales cosas acerca del Es-

274. Jn 8, 26.

275. Jn 16, 14; cf. *Ep.* IV, 1, 4. *Contra los Arrianos*, I, 15 (PG 26, 44B): «Si, según vosotros decís, el Hijo procede de la nada y no existía antes de ser engendrado, entonces fue llamado Hijo y Dios y Sabiduría por participación, pues así han sido efectivamente constituidas todas las otras cosas y son glorificadas una vez santificadas. De quién sea Él partícipe, os toca a vosotros decirlo. Dado que todas las otras cosas participan del Espíritu, ¿de quién participaría Él, según vosotros? ¿Del Espíritu? Pero más bien es el Espíritu el que recibe del Hijo, como éste dijo, y sería demencial decir que el Hijo es santificado por el Espíritu. Así pues (el Hijo) es partícipe del Padre: es la única solución y es necesario afirmarlo».

276. Cf. Jn 5, 43.

277. Jn 14, 26.

278. Cf. *Ep.* III, 1, 2.5. Esta idea la repite BASILIO, *El Espíritu Santo*, 17, 43 (BPa 32, pág. 180): «Cual es el Hijo respecto del Padre, tal es el Espíritu respecto del Hijo, según el orden de la palabra transmitida en el bautismo».

279. Para la identificación de los arrianos con los judíos cf. más adelante *Ep.* I, 28, 4; ATANASIO, *Contra los Arrianos*, I, 53: PG 26, 126A; II, 17: PG 26, 181C; BASILIO, *Contra Eunomium*, I, 24.

píritu no hacen propias las ideas de Arrio, que eviten incluso sus expresiones y no sean impíos contra el Espíritu.

3. De hecho, como el Hijo, que está en el Padre y en el que el Padre también está, no es una criatura, sino propio de la esencia del Padre (cosa que también vosotros aparentáis[280] decir), de la misma manera también al Espíritu, que está en el Hijo y en el que también está el Hijo, no es lícito ponerlo entre las criaturas, ni separarlo del Verbo, ni establecer la Trinidad como imperfecta.

4. En relación a las palabras del profeta y del Apóstol[281], cuyo sentido han adulterado llevándolos al error, basta con haber refutado la blasfemia de los trópicos, fruto de la ignorancia.

280. Atanasio no cree que los trópicos se hayan desligado de verdad del arrianismo, cf. *Ep.* I, 1, 3.

281. Cf. Am 4, 13 y 1 Tm 5, 21.

SEGUNDA PARTE

A. Exposición de la enseñanza de la Sagrada Escritura

[581A] 5. Veamos ahora por separado lo que se dice en las divinas Escrituras sobre el Espíritu Santo y, como banqueros expertos[282], examinemos si el Espíritu tiene algo en común con las criaturas, o es propio de Dios, de modo que lo llamemos criatura u otra cosa diversa de las criaturas, a saber, una cosa propia de la divinidad que hay en la Trinidad. Quizás de esta manera se avergüencen aprendiendo cuánto se apartan de los oráculos divinos las blasfemias inventadas por ellos.

Origen del Espíritu Santo

22. 1. Las criaturas fueron hechas de la nada[283] y tienen un comienzo en su existencia. En efecto, *en el prin-*

282. Palabras transmitidas frecuentemente por los Santos Padres como dichos del Señor que no se encuentran en los Evangelios canónicos. A. RESCH, *Agrapha. Aussercanonische Evangelienfragmente* (Texte und Untersuchungen 5/4) Leipzig 1906, págs. 116-127 sobre estas palabras "como banqueros expertos" cita 69 textos patrísticos. Aquí se trata de distinguir a qué ámbito de existencia pertenece el Espíritu: si al de las criaturas o al de Dios.

283. Cf. 2 M 7, 28. Las criaturas tienen un principio *temporal* de existencia (cf. *Ep.* II, 4, 1) y vienen *de la nada*, de lo no existente (cf. *Ep.* III, 2, 3), mientras que el origen del Espíritu está en Dios, *viene de Dios*.

cipio hizo Dios el cielo y la tierra[284] y todo lo que hay en ellos. Del Espíritu Santo se dice que viene de Dios. Dice [la Escritura]: *Ninguno conoce lo que hay en el hombre sino el espíritu del hombre que hay en él. Del mismo modo, lo de Dios no lo conoce nadie excepto el Espíritu de Dios.* [B] *Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios*[285].

2. ¿Qué parentesco, pues, del Espíritu con las criaturas se deduce de lo anteriormente dicho? Porque las criaturas no existían, mientras que Dios es el que es[286] y de Él es también el Espíritu. Lo que tiene su origen en Dios no podría venir de la nada ni ser una criatura. No se vaya a pensar, como ellos hacen, que también es una criatura aquel del que proviene el Espíritu.

3. ¿Quién soportará a estos insensatos que también dicen en su corazón que no existe Dios[287]? Y si como nadie conoce lo del hombre sino el espíritu que hay en él, de igual manera lo de Dios no lo conoce sino el Espíritu que hay en Él[288]. ¿Cómo no va a ser una blasfemia llamar criatura al Espíritu que hay en Dios y que también escruta las profundidades de Dios? Con esa premisa tendrá ese tal que aprender a decir [C] que el espíritu del hombre es exterior al mismo hombre, y que el Verbo que está en el Padre es una criatura.

284. Gn 1, 1. Citado también en *Ep.* II, 4, 1; III, 2, 3.

285. 1 Co 2, 11-12.

286. Cf. Ex 3, 14. Dios es 'el que es' y las criaturas son 'lo que no es'. El origen del Espíritu está en Dios, viene 'de Él'. Las criaturas vienen de la nada, 'de lo que no es'. Hay un abismo entre uno y otras. Proceder de Dios, *ek toû theoû*, significa que el Espíritu es increado.

287. Cf. Sal 13, 1. Los arrianos son, por tanto, unos insensatos.

288. Cf. 1 Co 2, 11.

El Espíritu santifica y renueva

4. El Espíritu además es y se llama Espíritu de santificación y de renovación. Escribe Pablo: *Jesucristo nuestro Señor, constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santificación a partir de la resurrección de los muertos*[289]. Dice también: *Mas habéis sido santificados y justificados en el nombre del Señor nuestro Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*[290].

5. Y decía escribiendo a Tito [584A]: *Cuando se manifestó la bondad y el amor a los hombres de Dios nuestro salvador, no por las obras de justicia que hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó mediante el baño de la regeneración y renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros abundantemente por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia seamos hechos herederos en esperanza de la vida eterna*[291].

6. Por su parte, las criaturas son santificadas y renovadas: *Enviarás tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra*[292]. Y Pablo dice: *Porque es imposible que los que una vez han sido iluminados, que han gustado del don celestial y han sido hechos partícipes del Espíritu Santo...*[293].

23. 1. [B] Así pues, el que no es santificado por otro, ni participa de la santificación, sino que Él es el que hace partícipe[294], y en el que todas las criaturas son santifica-

289. Rm 1, 4.
290. 1 Co 6, 11.
291. Tt 3, 4-7.
292. Sal 103, 30.
293. Hb 6, 4.
294. La oposición entre ser participado y seres que participan es un argumento utilizado ahora por Atanasio para probar que el Espíritu no es una criatura (por consiguiente, que es divino), y que con anterioridad ya lo había empleado

das[295], ¿cómo podría ser una de entre todas las criaturas y pertenecer a aquellos que participan de Él mismo? Los que así se expresan deben necesariamente decir que también el Hijo, por medio del cual todo fue hecho, es uno de entre todas las criaturas.

El Espíritu vivifica

2. El Espíritu se llama vivificador. En efecto, dice la Escritura: *El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros*[296]. Y el Señor es la Autovida[297] y el Creador de la Vida, como dijo Pedro[298]. Y el Señor mismo dijo: *El agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente que salta hasta la vida eterna. Esto lo dijo acerca del Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él*[299].

para probar que el Hijo es de la esencia del Padre (cf. P. GALTIER, *Le Saint Esprit en nous d'après les Pères Grecs*, pág. 122). De no ser divino, el Espíritu no podría unirnos con Dios y la salvación sería imposible. Los trópicos no se atrevían a sacar esta conclusión (cf. H. SAAKE, "Beobachtungen zur athanasianischen Pneumatologie", pág. 360).

295. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, XVI, 3 (pág. 33): «Santificador de todas las cosas creadas por Dios por medio de Jesucristo»; *Catequesis*, XVII, 2 (págs. 67-68): «Santificador de todos los seres racionales, ángeles y hombres, creados por Dios por medio de Jesucristo»; *Catequesis*, IV, 16: «Santificador y divinizador de todas las cosas». BASILIO DE CESAREA, *El Espíritu Santo*, 99 22. 26s: el Espíritu es «fuente de santificación, luz inteligible, para toda potencia inteligible».

296. Rm 8, 11.

297. *Autozoé*, la vida en sí, la vida misma, cf. también *Ep.* IV, 20, 3; ATANASIO, *La encarnación del Verbo*, 20.

298. Hch 3, 15.

299. Jn 4, 14 y 7, 39.

3. [C] Por el contrario, las criaturas, como hemos dicho, son vivificadas por medio de Él. El que no es partícipe de la vida, sino que Él es participado y vivifica las criaturas ¿qué parentesco tiene con las criaturas? ¿O cómo podría estar entre las criaturas, que en Él son vivificadas mediante el Verbo?

El Espíritu es unción y sello

4. El Espíritu se llama unción y es sello. En efecto, Juan escribe: *La unción que vosotros habéis recibido permanece en vosotros. Y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, por cuanto su unción,* que es su Espíritu, *os enseña todas las cosas*[300]. Y en el profeta Isaías está escrito: *El*

300. 1 Jn 2, 27. *Ep.* III, 3, 1 reproduce todo este § 23, 4. IRENEO, *Adv. Haer.*, III, 18, 3 (*SC* 211, 350-352): «En el nombre de Cristo se sobrentiende el que ungió, el que fue ungido y la misma unción con que fue ungido. Ungió el Padre, fue ungido el Hijo, en el Espíritu que es la unción. Como dice el Verbo por medio de Isaías: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido* (Is 61, 1; Lc 4, 18), con lo que se expresa al Padre que unge, al Hijo que es el ungido y la unción que es el Espíritu»; BASILIO, *El Espíritu Santo*, 12, 28: «Efectivamente, nombrar a Cristo es confesar el todo, pues es mostrar a Dios que unge, al Hijo que es ungido y al Espíritu que es la unción, según aprendimos de Pedro en los Hechos: *Jesús el de Nazaret, al que Dios ungió con el Espíritu Santo* (Hch 10, 38). Y en Isaías: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ungió* (Is 61, 1; Lc 4, 18). Y el salmista: *Por eso me ungió Dios, tu Dios, con aceite de alegría* (Sal 44, 8)»; y también 16, 39 sobre la inseparabilidad del Espíritu en Cristo; AMBROSIO DE MILÁN, *El Espíritu Santo*, I, 9, 100-101: «Algunos han pensado que el Espíritu Santo es el ungüento de Cristo. Y con razón es ungüento, porque ha sido llamado óleo de alegría, que expande el perfume de la unión de múltiples gracias y con el cual Dios Padre omnipotente ungió a aquel verdadero príncipe de los sacerdotes, el cual fue ungido no como los otros según la ley en fi-

Espíritu del Señor sobre mí, con el que me ha ungido[301]. Y Pablo dice: *En el cual por haber creído habéis sido sellados para el día de la redención*[302].

5. Pero las criaturas son selladas y ungidas en Él y [585A] son enseñadas acerca de todo. Si el Espíritu es unción y sello, en el que el Verbo unge y sella todas las cosas, ¿qué semejanza o propiedad de unción y de sello tiene en común con las criaturas ungidas y selladas? Así pues, y según esto, Él no podría ser contado entre todas las cosas, porque no podría ser el ser de los que son sellados ni la unción de los que son ungidos, sino que Él es propio del Verbo que unge y sella.

6. La unción tiene el perfume y el aroma del que unge y los ungidos que participan de ella dicen: *Somos el perfume de Cristo*[303]. Y el sello tiene la forma de Cristo que es el que sella, y los sellados participan de Él conformados según el sello, como dice el Apóstol: *Hijitos míos, a los que de nuevo doy a luz, hasta que Cristo sea formado en vosotros*[304]. [B] Sellados de esta manera, somos justamente hechos también *partícipes de la naturaleza divina,* como dijo Pedro[305], y así toda la creación participa del Verbo en el Espíritu[306].

gura, sino que fue ungido conforme a la ley en cuanto al cuerpo, y en la realidad fue ungido superando a la misma ley, estando lleno de la virtud del Espíritu Santo que viene del Padre. Este es el óleo de la alegría, del que dijo el profeta: *Te ha ungido Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros.* Y Pedro dice bien que Cristo fue ungido con el Espíritu, según se lee: *Sabéis lo que ha cundido por toda Judea, comenzando desde Galilea después del bautismo que predicó Juan: cómo a Jesús de Nazaret lo ungió Dios con Espíritu Santo* (Hch 10, 37-38)».

301. Is 61, 1.

302. Ef 1, 13 y 4, 30.

303. 2 Co 2, 15.

304. Ga 4, 19. Cf. *Ep.* III, 3, 2.

305. 2 Pt 1, 4.

306. En los §§ 5-6 se subraya no sólo la pertenencia del Es-

El Espíritu lleva a cabo la divinización del hombre

24. 1. También se dice que por medio del Espíritu somos partícipes de Dios, porque dice [la Escritura]: *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si uno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Porque el templo de Dios es santo, y vosotros lo sois*[307]. Si el Espíritu Santo fuera una criatura, en Él no se nos daría participación alguna de Dios, sino que estaríamos unidos a una criatura y nos convertiríamos en extraños a la naturaleza divina, por cuanto no participaríamos en nada de ella[308].

2. [C] Ahora bien, cuando se dice que somos partícipes de Cristo y partícipes de Dios, se muestra que la unción y el sello que hay en nosotros no pertenece a la naturaleza de las cosas creadas, sino a la del Hijo, que por medio del Espíritu, que hay en Él, nos une al Padre.

3. Esto, como antes queda dicho, lo enseñó Juan escribiendo: *En esto conocemos que permanecemos en Dios*

píritu al Verbo y, por tanto, su no pertenencia al ámbito creatural, sino que también se subraya la actividad del Verbo que nos unge y sella con su propio Espíritu. Unción y sello que se extiende a toda la creación, con lo que toda ella por medio del Espíritu, que es unción y sello, participa del Verbo y con Él de la naturaleza divina.

307. 1 Co 3, 16-17. Cf. *Ep.* III, 3, 3.

308. «El Hijo está en el Padre, ya que es su propio Verbo y su esplendor. Nosotros, por el contrario, sin el Espíritu somos extraños y apartados de Dios; pero, gracias a la participación en el Espíritu, estamos unidos a la divinidad, de modo que nuestro estar en el Padre no es nuestro, sino del Espíritu que está en nosotros y permanece sobre nosotros mientras lo conservemos mediante la confesión de fe, ya que Juan dice: *Quien confiese que Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios permanecerá en él y él en Dios* (1 Jn 4, 15)» (*Contra los Arrianos,* III, 24, 5).

y que Él está en nosotros, porque Él nos dio de su propio Espíritu[309]. Si por la participación del Espíritu nos convertimos en partícipes de la naturaleza divina[310], sería un loco quien dijera que el Espíritu es de naturaleza creada y no [588A] de la de Dios. Por eso, en los que Él se hace presente, se divinizan. No hay duda de que si diviniza[311] es que su naturaleza es la de Dios.

Prueba bíblica

4. Además con más claridad aún para refutación de esta herejía se canta en el salmo ciento tres, como dijimos anteriormente[312]: *Les retiras su espíritu y expiran y volverán a ser polvo. Envías tu Espíritu y serán creados y renuevas la faz de la tierra*[313]. Y Pablo escribe a Tito: *Mediante el baño de regeneración y renovación del Espíritu Santo, que derramó abundantemente sobre nosotros por medio de Jesucristo*[314].

309. 1 Jn 4, 13.

310. 2 P 1, 4.

311. Atanasio había aplicado este argumento al Hijo: «El Verbo se hizo carne (Jn 1, 14) para ofrecerse en rescate de todos (1 Tm 2, 6) y para que nosotros, participando de su Espíritu, pudiéramos ser divinizados» (*De Decretis Nicaenae Synodi*, 14: PG 25, 440AD). «Para que en su cuerpo pudiéramos ser renovados y divinizados» (*Contra los Arrianos*, II, 47: PG 26, 248B). «Asumió el cuerpo creado y humano, renovándolo en calidad de demiurgo, para divinizarlo en sí mismo y conducirnos a todos nosotros, por afinidad con Él, al reino de los cielos. El hombre no podría haber sido divinizado si hubiese estado unido a una criatura, o si el Hijo no hubiese sido verdadero Dios, y el hombre no estaría junto al Padre si no hubiese sido el natural y verdadero Verbo del Padre el que revistiera el cuerpo» (*Contra los Arrianos*, II, 70: PG 26, 296B).

312. Cf. *Ep.* I, 9, 5; 22, 6.

313. Sal 103, 29-30.

314. Tt 3, 5.

5. Si el Padre por medio del Verbo en el Espíritu Santo crea y renueva todas las cosas ¿qué similitud o parentesco se da entre el creador y las criaturas? En una palabra, ¿cómo podría ser criatura aquel en el que todas las cosas son creadas? [B] A una tal injuria le sigue la blasfemia contra el Hijo, de modo que los que llaman criatura al Espíritu, deben decir que también es una criatura el Verbo, por medio del cual todo es creado.

El Espíritu es imagen del Hijo

6. Al Espíritu se le llama y es imagen del Hijo[315]. *A los que conoció de antemano, los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo*[316]. Así pues, dado que también ellos confiesan que el Hijo no es una criatura, tampoco su imagen podría ser una criatura. En efecto, lo que es la imagen, debe serlo necesariamente también aquel del que es imagen. De aquí que justa y convenientemente se confiesa que el Verbo no es criatura, al ser imagen del Padre[317], así el que enumere al Espíritu entre las criaturas, enumerará también, sin duda, entre

315. Cf. nota 264; E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 87, nota 276.

316. Rm 8, 29.

317. ATANASIO, *Contra los paganos*, 41 (BPa 19, pág. 111): «Pero no es un Verbo que esté compuesto de sílabas a semejanza del de los hombres, como ya he dicho; sino que es la imagen exacta de su Padre. Pues los hombres están compuestos de partes, y surgidos de la nada tienen una palabra compuesta y que se puede descomponer; pero Dios es existente, y no compuesto: por ello, también su Verbo es existente, y no compuesto. Al contrario es el único y unigénito Dios que procede del Padre como de una buena fuente, tan bueno como ella, y que ordena y contiene todas las cosas»; *Contra los paganos*, 46 (BPa 19, pág. 122): «Sus sagrados discípulos enseñan que todo fue creado por Él y para Él, y que Él es el vástago bueno del buen Padre e Hijo suyo verdadero, de modo que

ellas al Hijo, injuriando [C] con ello también al Padre con la injuria hecha a su imagen.

El Espíritu pertenece como cosa propia al Hijo

25. 1. Así pues, el Espíritu es diverso de las criaturas y ha quedado demostrado que más bien es propio[318] del Hijo y no es extraño a Dios. A aquella ingeniosa cuestión de ellos: «Si el Espíritu tiene su origen en Dios, ¿por qué no se le llama también Hijo?», ya hemos mostrado precedentemente[319] que es una cuestión temeraria y audaz, y lo mostramos también ahora.

2. Si, pues, en las Escrituras no se le llama hijo, sino Espíritu de Dios, se dice que está en el mismo Dios y que tiene su origen del mismo Dios, como escribió el Após-

Él es el poder, la sabiduría y el Verbo del Padre. Y esto no por participación, ni porque estas cualidades le hayan sobrevenido de fuera (como les sucede a los seres que participan de Él y reciben por su medio la sabiduría, el poder y la razón): al contrario, Él en persona es la Sabiduría, el Verbo y el Poder propio del Padre; es su Luz en persona, su Verdad en persona, su Justicia en persona, su Virtud en persona, y además es su vivo retrato, su resplandor, su imagen. En síntesis: Él es el fruto perfectísimo del Padre, y es su único Hijo, imagen exacta del Padre». Imagen exacta, *eikòn aparállaktos,* como corresponde a la simplicidad divina, que subraya el texto, cf. A. SEGOVIA, "Estudios sobre la terminología trinitaria en la época postnicena", *Gregorianum* 19, 1938, 1-36, espec. pág. 23 y pág. 25, nota 100 para otras citas de Atanasio. Para GREGORIO NACIANCENO, *Discurso*, 30, 20 (BPa 30, pág. 214) la imagen implica la consustancialidad y la generación del Hijo, y por ser exacta la imagen expresa la simplicidad divina (cf. A. SEGOVIA, *ibid.*, págs. 29-30).

318. Cf. *Ep.* I, 2, 4, nota 22. No es extraño a Dios: obsérvese la expresión de la divinidad del Espíritu.

319. Cf. *Ep.* I, 15, 1ss; IV, 1, 4; 4-7.

tol[320]. Y si el Hijo, puesto que tiene su origen del Padre, es propio de su sustancia, es necesario también que [589A] el Espíritu, que decimos venir de Dios[321], sea propio de la sustancia del Hijo.

3. Sin duda, puesto que el Señor es Hijo, así el Espíritu se llama Espíritu de filiación adoptiva[322]. Y además, siendo el Hijo sabiduría[323] y verdad[324], se escribe que el Espíritu es Espíritu de sabiduría[325] y de verdad[326]. Y de nuevo, el Hijo es potencia de Dios[327] y Señor de la gloria[328] y el Espíritu se dice Espíritu de potencia y Espíritu de la gloria.

4. La Escritura habla así de cada uno de estos nombres. Pablo escribe a los Corintios: *Si lo hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria*[329]. Y en otros pasajes: *En efecto, no habéis recibido un espíritu de esclavitud para caer de nuevo en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de filiación adoptiva*[330]. Y también: *Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, gritando: ¡Abbá, Padre!*[331]. Y Pedro [B] escribe: *Si se os insulta por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el Espíritu de la gloria y de la potencia y el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros*[332]. Y el Señor dijo que el Espíritu es Espíritu de la Verdad y Paráclito[333].

320. Cf. 1 Co 2, 11-12.

321. De Dios *ek toû theoû:* se trata del Padre. Tanto el Hijo como el Espíritu tienen su origen en Dios, y como el Hijo es propio de la esencia del Padre, también lo es el Espíritu, ya que éste es propio de la esencia del Hijo. Cf. TH. C. CAMPBELL, *o. c.,* págs. 417-419.

322. Cf. Rm 8, 15.

323. Cf. 1 Co 1, 24.

324. Cf. Jn 14, 6.

325. Cf. Is 11, 2.

326. Jn 14, 17; 15, 26.

327. 1 Co 1, 24.

328. 1 Co 2, 8.

329. 1 Co 2, 8.

330. Rm 8, 15; cf. *Ep.* I, 19, 6.

331. Ga 4, 6.

332. 1 P 4, 14.

333. Jn 14, 16.

5. De donde se muestra que en Él la Trinidad es perfecta. En Él el Verbo glorifica la creación, la diviniza, le da la filiación adoptiva[334] y la lleva al Padre. El que une la creación al Verbo, no puede pertenecer Él mismo a las criaturas. Y el que da la filiación adoptiva a la creación, no puede ser extraño al Verbo, de lo contrario habría que buscar otro Espíritu para estar en Él unido al Verbo[335]. Pero esto es absurdo.

6. Así pues, el Espíritu no pertenece a las cosas creadas, sino que es propio de la divinidad del Padre, en el cual el Verbo diviniza las cosas creadas. Y en el que la creación es divinizada, no puede estar Él fuera de la divinidad del Padre.

El Espíritu es inmutable

26. 1. Que el Espíritu esté por encima de la creación y que sea distinto de la naturaleza de las cosas creadas y que sea propio de la divinidad[336], se puede ver también por lo siguiente.

334. Notemos que en este § 5, y por razón del paralelismo que Atanasio ha establecido entre el Espíritu y el Verbo, atribuye la donación de la filiación adoptiva tanto a uno como a otro. Nótese también que la filiación adoptiva alcanza a la creación.

335. Las criaturas necesitan un intermediario que les una a Dios. Si el Hijo y/o el Espíritu son criaturas, necesitan a su vez un intermediario que los una a Dios. El número de intermediarios sería infinito. Atanasio ya había argumentado así en *Contra los Arrianos*, II, 26 (PG 26, 201B-204A) y también en *De Decretis Nicaenae Synodi*, 8 (PG 25, 430A-C).

336. Texto citado por JUAN DAMASCENO, *Exposición de la Fe*, III, 16 (60), BPa 59, Madrid 2003, pág. 210.

2. El Espíritu Santo es inmutable e inalterable. Dice, pues, la Escritura: *El Espíritu que educa huirá del engaño y se alejará de los pensamientos necios*[337]. Y Pedro dice: *En lo incorruptible del Espíritu manso y sereno*[338]. Y también en la Sabiduría: *Tu Espíritu incorruptible está en todas las cosas*[339]. Y [592A] *nadie conoce lo de Dios, sino el Espíritu de Dios que está en Él*[340]. Ahora bien, como en Dios no hay, según dijo Santiago, *cambio ni sombra de mutación*[341], estando el Espíritu Santo en Dios, justamente ha de ser inmutable, invariable[342] e incorruptible.

3. La naturaleza de las cosas hechas y creadas es mudable, ya que está fuera de la esencia de Dios y existe a partir de la nada. Dice, de hecho, la Escritura: *Todo hombre es mentiroso*[343]. Y *todos pecaron y están privados de la gracia de Dios*[344]. Y *a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene guardados con ligaduras eternas en las tinieblas para el juicio del gran día*[345]. Y en Job: *Si no se fía de sus santos ángeles y contra sus ángeles ha pensado mal*[346]. Y: *Los astros non son puros en su presencia*[347]. [B] Y Pablo escribe: *¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles, por no hablar de lo de esta vida?*[348]. Y hemos oído también que el diablo que estaba en medio de los querubines y que era un modelo de semejanza cayó del cielo como un relámpago[349].

337. Sb 1, 5.
338. 1 P 3, 4.
339. Sb 12, 1.
340. 1 Co 2, 11.
341. St 1, 17. En *Epistola ad Afros*, 8 (PG 26, 1044BC) se utiliza este texto para probar la consustancialidad del Hijo.
342. Cf. la nota 317 y la referencia al término *aparállaktos*.
343. Sal 115, 2.
344. Rm 3, 23.
345. Judas 6.
346. Jb 4, 18.
347. Jb 25, 5.
348. 1 Co 6, 3.
349. Cf. Lc 10, 18.

4. Si, pues, las cosas creadas tienen tal naturaleza y se escribe esto de los ángeles, mientras que el Espíritu es el mismo e inalterable y participa de la inmutabilidad del Hijo, permaneciendo siempre con Él inmutable, ¿qué semejanza tiene el inmutable con las cosas mudables? Es evidente que no es criatura ni pertenece a la naturaleza de los ángeles, porque éstos son mudables, sino que es imagen del Verbo y es propio del Padre.

El Espíritu está presente en todas partes

5. Además, *el Espíritu del Señor ha llenado la tierra*[350]. [C] También David canta de este modo: *¿A dónde iré lejos de tu Espíritu?*[351]. Y en la Sabiduría está escrito: *Tu Espíritu incorruptible está en todas las cosas*[352]. Todas las cosas creadas están en lugares separados[353], el sol, la luna, las estrellas en el firmamento[354], las nubes en el aire; para los hombres estableció las fronteras de las naciones[355]. Los ángeles son enviados para el servicio[356]. *Y vinieron los ángeles a presentarse ante el Señor,* como está escrito en Job[357]. Y *se quedó dormido* el patriarca Jacob y *he aquí que una escalera estaba fijada en la tierra y la parte superior llegaba hasta el cielo y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella*[358].

6. Si el Espíritu lo llena todo y en el Verbo está presente en medio de todas las cosas, mientras que los ángeles le son inferiores, [593A] y a donde son enviados, allí están presentes, no hay duda de que el Espíritu ni pertenece a las

350. Sb 1, 7.
351. Sal 138, 7.
352. Sb 12, 1.
353. Cf. *Ep.* III, 4, 2.
354. Cf. Gn 1, 17.
355. Cf. Dt 32, 8; Hch 17, 26.
356. Cf. Hb 1, 14.
357. Jb 1, 6.
358. Gn 28, 12.

cosas hechas ni es un ángel, según decís vosotros, sino que está por encima de la naturaleza de los ángeles.

El Espíritu es participado por todos

27. 1. Además, de lo que sigue se puede ver que el Espíritu Santo es comunicable y no participa (no hay que temer repetir las mismas cosas). Dice [la Escritura]: *Es imposible que los que una vez han sido iluminados y gustado del don celestial, y hechos partícipes del Espíritu Santo y han gustado de la buena palabra de Dios*[359], etc.

2. Los ángeles y las demás criaturas participan del mismo Espíritu. Precisamente por esto pueden también perder a aquel del que han participado, mientras que el Espíritu es siempre el mismo, porque Él no pertenece a las criaturas que participan, sino que todas participan de Él. [B] Y si Él es siempre el mismo y es participado, mientras que las criaturas participan de Él, el Espíritu Santo no puede ser ni un ángel, ni en general una criatura, sino que es propio del Verbo, que lo da de modo que las criaturas participan de Él. De lo contrario, tendrían que decir que también el Hijo es una criatura, del cual todos hemos sido hechos partícipes en el Espíritu.

El Espíritu es único

3. Además, el Espíritu Santo es uno solo, mientras que las criaturas son muchas. En efecto, los ángeles son *miles de millares y multitud de miríadas*[360]; muchas las estrellas, los tronos, las dominaciones, los cielos, los querubines, los se-

359. Hb 6, 4-5. Cf. *Ep.* I, 22, 6.
360. Cf. Dn 7, 10; Ap 5, 11. Cf. *Ep.* I, 11, 5.

rafines y muchos los arcángeles. En una palabra, las criaturas no son una sola, sino que todas ellas son muchas y diversas. Pero si el Espíritu Santo es uno, las criaturas son muchas y los ángeles muchos ¿qué semejanza hay entre el Espíritu y las criaturas? Por tanto, está claro que el Espíritu no es una de las muchas criaturas, ni tampoco es un ángel [C], sino que es uno o más bien es propio del Verbo, que es uno, y es propio y consustancial[361] a Dios, que es uno[362].

Conclusión

4. Así pues, estas ideas expresadas sobre el Espíritu Santo, consideradas en sí mismas, muestran que Él no tiene por naturaleza y por esencia nada común o propio de las cosas creadas, sino que es distinto de las cosas hechas, y es propio y no extraño a la esencia y divinidad del Hijo[363], mediante la cual pertenece a la Trinidad Santa, y sonroja la estupidez de esa gente.

361. Notemos que Atanasio aplica al Espíritu el término niceno *homooúsios*, cf. *Ep.* III, 1, 5; cf. A. LAMINSKI, *o. c.*, pág. 142.

362. Cf. CIRILO DE JERUSALÉN, *El Espíritu Santo (Catequesis, XVI-XVII)*: «Sólo hay un único Espíritu Santo Paráclito. Y así como hay un solo Dios, el Padre, y no hay un segundo Padre; y como hay un solo Hijo Unigénito y Verbo de Dios, y no tiene un hermano, del mismo modo hay un único Espíritu Santo y no existe un segundo Espíritu con el mismo honor que Él» (XVI 3: pág. 31-32); BASILIO DE CESAREA, *El Espíritu Santo*, XVIII, 45 (pág. 183): «Como el Padre es uno, y uno el Hijo, así también el Espíritu Santo es uno».

363. Ya sabemos que 'propio' es para Atanasio un término técnico y un criterio de ortodoxia. Como propio del Verbo y propio de Dios, el Espíritu es consustancial a las otras dos divinas personas. El *Tomus ad Antiochenos*, 5, dice que los partidarios de las tres hipóstasis confiesan una Santa Trinidad, una sola divinidad, un solo principio, y un Hijo consustancial al Padre... y al Espíritu Santo, propio

B. Exposición de la enseñanza de la Tradición

La Trinidad en la fe de la Iglesia Católica

28. 1. Veamos además la misma tradición, que viene desde el principio, y la doctrina y la fe de la Iglesia católica[364], fe que dio el Señor, predicaron los apóstoles y los padres [596A] han custodiado. En efecto, sobre ella está fundada la Iglesia y si alguno se separa de ella, ni es ni puede llamarse cristiano.

2. Así pues, la Trinidad es santa y perfecta[365], confesada como Dios[366] en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo,

e indivisible de la esencia del Hijo y del Padre.

364. En este capítulo 28 encontramos la formulación atanasiana más completa sobre la Trinidad, cf. C. R. B. SHAPLAND, *o. c.*, pág. 134, nota 3; A. LAMINSKI, *o. c.*, pág. 79. Sin constituir propiamente un símbolo de fe, resume los elementos fundamentales de la fe en el Dios cristiano. Tal resumen adquiere una especial importancia tanto por la solemne introducción que abre el texto, como también por la conclusión que lo cierra. Atanasio pretende que se le interprete como predicador de la fe de la Iglesia. Mediante la fe en la Trinidad la Iglesia se destaca y separa tanto de los nuevos judíos, que son los arrianos y Sabelio, como de los gentiles que admiten la existencia de una pluralidad de dioses. Para poder ser y llamarse cristiano hay que admitir y confesar la fe en la Trinidad tal como la predica la Iglesia. La Iglesia se fundamenta en la Trinidad.

365. En este pasaje y anteriormente en *Ep.* I, 25, 5 y en *Ep.* IV, Apéndice 12, 2 se dice que la Trinidad es *perfecta teleía*. El sentido del término se especifica en la *Epistola ad Epictetum*, 9: PG 26, 1065 B: «La Trinidad, incluso después que el Verbo ha tomado de María un cuerpo, es Trinidad sin recibir aumento ni disminución, sino que siempre es perfecta *aeì teleía estì*, y en la Trinidad se reconoce una sola divinidad y así se predica en la Iglesia un único Dios, el Padre del Verbo». *Perfecta* no en el sentido moral, sino en el de acabada, plena, completa, sin aumento ni disminución.

366. Confesada como Dios *theologouménê:* se dice de la Trinidad.

no contiene nada extraño o mezclado desde el exterior, ni consta de creador y criatura, sino que toda entera es creadora y productora. Es semejante a sí misma, indivisible por naturaleza y su actividad es una sola. En efecto, el Padre lo hace todo por medio del Verbo en el Espíritu Santo[367], y de este modo queda a salvo la unidad de la Santa Trinidad. Y así se predica en la Iglesia un único Dios *que está sobre todas las cosas, a través de todo y en todos*[368]. *Sobre todas las cosas* como Padre, como principio, como fuente. *A través de todo,* por medio del Verbo. *En todos,* en el Espíritu Santo[369].

3. La Trinidad lo es no sólo de nombre y por la expresión de la palabra, [B] sino que es Trinidad en realidad y por subsistencia. Porque como el Padre es *el que es*[370], así su Verbo es *el que es* y *es Dios por encima de todo*[371], y el Espíritu Santo no es insubsistente, sino que existe y subsiste verdaderamente[372].

4. La Iglesia católica no piensa en nada menos de esto, para no caer en los hodiernos judíos al estilo de Caifás[373] ni entre los de Sabelio[374], y no piensa en nada más, para

En *Ep.* I, 31, 2 se usa *theologoúmenon* en referencia al Espíritu.

367. Cf. *Ep.* I, 9, 6; 31, 2; III, 5, 1.

368. Ef 4, 6.

369. Cf. *Ep.* I, 14, 4; III, 6, 3; *Contra los Arrianos,* III, 15 (PG 26, 353B). La exégesis trinitaria de Ef 4, 6 ya había sido propuesta por IRENEO, *Adv. Haer.,* V, 18, 2; *Demostración de la Predicación Apostólica,* 5 y por HIPÓLITO, *Contra Noeto,* 13 (tomado de E. CATTANEO, *o. c.,* pág. 95, nota 320).

370. Ex 3, 14.

371. Rm 9, 5.

372. El Espíritu es, por tanto, *persona.* CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis,* XVII, 2 llama al Espíritu «viviente *zôn* y subsistente *hyphestós*».

373. Así califica Atanasio a los arrianos que niegan la divinidad de Cristo, cf. *Ep.* I, 21, 2.

374. Se menciona también en *Ep.* IV, 5, 3.

no rodar hacia el politeísmo de los griegos. Y que ésta es la fe de la Iglesia[375], pueden aprenderlo de cómo el Señor, al enviar a los apóstoles, les mandó ponerle este fundamento a la Iglesia, diciendo: *Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[376]. [C] Por su parte, los apóstoles fueron y lo enseñaron así. Y ésta es la predicación para toda la Iglesia bajo el cielo.

La Trinidad es un único Dios

29. 1. Teniendo, pues, la Iglesia este fundamento, que nos digan nuevamente y que nos respondan: ¿Es Trinidad o díada? Si, pues, es díada, que el Espíritu sea contado por vosotros entre las criaturas y esa vuestra manera de pensar no es ya en un solo Dios, que *está sobre todo, a través de todo y en todos,* ya que no tenéis el *en todos* al separar y extrañar de la divinidad al Espíritu. Y vuestra perfección[377], la que creéis hacer, al pensar de esa manera, no está realizada plenamente en la divinidad, porque se le mezcla a ella [597A] una criatura y llamáis Dios, al igual que los arrianos y los griegos, a la criatura en unión con el Dios que la creó mediante su propio Verbo.

2. Pensando de esta manera, ¿qué esperanza tenéis? ¿O quién os unirá[378] a Dios, al no tener el Espíritu del mismo Dios, sino el espíritu de la creación? ¿Qué atrevimiento e insensatez el vuestro, que bajáis al Padre y a su Verbo al nivel de las criaturas, y, al contrario, igualáis la criatura con

375. Cf. *Ep.* III, 6, 3.
376. Mt 28, 19.
377. Cf. *Ep.* I, 6, 3: *teleíôsis* es el bautismo.
378. Cf. *Ep.* I, 6, 3; 24, 2; 25, 3.

Dios? Porque esto es lo que hacéis cuando elucubráis sobre el Espíritu como criatura y colocándolo en la Trinidad.

3. ¿Cuál es vuestra insensatez que llegáis a pensar la iniquidad contra Dios, ya que no todos los ángeles o todas las criaturas, sino una sola de éstas queda connumerada con Dios y con su Verbo? Una vez que, según vuestro parecer, el Espíritu es un ángel y una criatura y está colocado en la Trinidad, [B] sería necesario que no uno solo sino también todos los ángeles creados estuvieran colocados en ella, y ya no sería la Trinidad, sino una multitud divina innumerable.

4. Consiguientemente, vuestra pretendida iniciación [cristiana] realizada en esa multitud, estando dividida por un lado y por otro, se convertiría en incierta por la diversidad. En efecto, tales son vuestros misterios[379] y los de los arrianos con vuestras ideas contra la divinidad y rindiendo *un culto a la criatura en lugar de a Dios creador*[380] de todas las cosas.

379. Atanasio niega el valor del bautismo administrado por los herejes que niegan la divinidad del Hijo y/o del Espíritu Santo. «Quiso que el resumen de nuestra fe insistiera en esto, ordenando que fuéramos bautizados no en el nombre del ingénito y del hecho, ni en el nombre del creador y de una criatura, sino en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. De modo que iniciados así nosotros, que somos criaturas, nos convertimos en hijos y al pronunciar el nombre del Padre reconocemos también por medio de este nombre al Verbo que está en el mismo Padre» (ATANASIO, *Contra los Arrianos*, I, 34: PG 26, 81C-84A). En *Contra los Arrianos*, II, 41-43 insiste en la mención del Hijo junto al Padre (con esos nombres y no con los de creador y criatura) en el bautismo o iniciación por la inseparable unidad de la divinidad. El mismo esquema es el que ahora aplica al Espíritu. Lo mismo en *De Synodis*, 36: PG 26, 757A. Cuando se habla de Dios es mejor llamarle Padre, término que implica la existencia del Hijo, que no llamarle ingénito *agénêtos*, término que se opone a criaturas *genêtá* (*Contra los Arrianos*, I, 33: PG 26, 80C-81A).

380. Rm 1, 25.

Una sola fe, un solo bautismo

30. 1. Éstas son las cosas absurdas que resultan al hablar de la díada. Si por el contario hay una Trinidad, como de hecho la hay, queda demostrado que es indivisible y no desemejante. Es necesario que su santidad sea única y única su eternidad y la naturaleza de la inmutabilidad.

2. [C] Porque como es una sola la fe en ella que se nos ha trasmitido y que nos une a Dios, el que excluye algo de la Trinidad y bautiza sólo en el nombre del Padre o sólo en el nombre del Hijo, o en el Padre y el Hijo sin el Espíritu[381], no recibe nada, sino que tanto él como el que parece administrar (el bautismo) permanece vacío e inacabado[382], porque la iniciación es en la Trinidad.

3. De modo que quien separa al Hijo del Padre, o rebaja al Espíritu al nivel de las criaturas, no tiene ni al Hijo ni al Padre, sino que es un ateo y *peor que un infiel*[383] y es cualquier cosa menos cristiano. Pues como hay *un solo bautismo* administrado en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo y *una sola fe* en ella, como dijo el Apóstol[384], [600A] así la Santa Trinidad, siendo idéntica en sí misma y estando unida en sí misma, no tiene en sí nada de las cosas creadas. Y la unidad de la Trinidad es indivisible, como una sola es la fe en ella.

4. Si, por el contrario, según el descubrimiento de los que formáis el grupo de los trópicos no es así, sino que os habéis metido en la cabeza llamar criatura al Espíritu

381. E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 97, omite esta última frase.

382. Es decir, la iniciación cristiana no ha tenido lugar y, por ello, el sujeto queda inacabado, imperfecto, incompleto, no iniciado, no santificado, desde el punto de vista cristiano.

383. 1 Tm 5, 8.

384. Cf. Ef 4, 5.

Santo, en ese caso vuestra fe ya no es una, ni uno el bautismo, sino dos: uno en el Padre y el Hijo y el otro en un ángel[385] que es una criatura, con lo que no os queda nada seguro ni verdadero.

Una única actividad divina

5. En efecto, ¿qué comunión hay entre una criatura y el Creador? ¿O qué unidad entre las criaturas de aquí abajo y el Verbo que las creó? Sabiendo esto el bienaventurado Pablo no divide la Trinidad, como hacéis vosotros, sino que enseña la unidad de la misma y escribiendo a los corintios sobre las cosas espirituales, [B] lo recapitula todo en el único Dios, en el Padre, diciendo: *Hay diversidad de carismas, pero el mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios que realiza todo en todos*[386].

6. En efecto, lo que el Espíritu distribuye a cada uno, es suministrado por el Padre mediante el Verbo, pues todo lo que es del Padre, es del Hijo[387], por lo que todos los carismas dados por el Hijo en el Espíritu son del Padre.

7. Y estando el Espíritu en nosotros, también está en nosotros el Verbo, que es el que lo da, y en el Verbo está el Padre[388]. Y así tiene lugar el texto: *Yo y el Padre vendremos y haremos morada en él*[389], como queda

385. Es la tesis de los trópicos en relación al Espíritu, cf. *Ep.* I, 1, 2; 10, 5.7; 11, 1.2; 26, 6; 27, 2-3; 29, 3 (entre otros pasajes).

386. 1 Co 12, 4-6.

387. Cf. Jn 16, 15; 17, 10.

388. Cf. *Ep.* III, 6, 3; IV, 4, 1.

389. Jn 14, 23.

dicho[390]. Pues donde está la luz, allí está también el resplandor, y donde está el resplandor, allí está su energía[391] y su gracia espléndida[392].

8. Enseñando también esto, [C] Pablo escribió otra vez a los corintios y dice en la segunda Epístola: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros*[393]. Pues la gracia dada y el don se dan en la Trinidad por el Padre mediante el Hijo en el Espíritu Santo[394], porque como la gracia dada procede del Padre mediante el Hijo, así no habría comunión del don sino en el Espíritu Santo[395]. Participando de Él, tenemos el amor del Padre y la gracia del Hijo y la comunión del mismo Espíritu[396].

31. 1. Con esto se muestra también que sólo hay una única actividad de la Trinidad. Pues el Apóstol no indica que los diferentes dones sean distribuidos por cada uno de la Trinidad, sino que [601A] los dones se dan en la Trinidad, y que todos tienen su origen en el único Dios.

390. Cf. *Ep.* I, 19, 8.

391. Cf. *Ep.* I, 20, 7.

392. Cf. *Ep.* I, 19, 4. Véase el comentario de R. P. C. HANSON, "The Tranformation of Images in the Trinitarian Theology of the Fourth Century", *Studia Patristica* 17/1, 1982, 97-115.

393. 2 Co 13, 13.

394. Cf. *Ep.* I, 14, 4; 20, 6.

395. Cf. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, XVI, 24 (pág. 54-55): «El Padre por medio del Hijo, con el Espíritu Santo, da todos los dones. No son unos los dones del Padre y otros los del Hijo y otros los del Espíritu Santo, pues una es la salvación, uno el poder, una la fe»; *Catequesis*, XVIII, 29: «El Padre es vida substancial y verdadera, el cual por el Hijo en el Espíritu Santo trae a todos los dones celestiales como de una fuente».

396. Cf. *Ep.* III, 6, 1.

La única actividad probada por la Escritura

2. Así pues, aquel que no es criatura, sino que está unido al Hijo, como el Hijo está unido al Padre, el que es conglorificado[397] con el Padre y el Hijo y es llamado Dios[398] con el Verbo, y realizando lo que el Padre hace mediante el Hijo, ¿cómo quien lo llama criatura no ultrajará directamente al mismo Hijo? Pues no existe nada que no se haga y se realice mediante el Verbo en el Espíritu[399].

3. Esto se canta también en los Salmos: *Con el Verbo del Señor se consolidaron los cielos y con el Espíritu de su boca todo su poder*[400]. Y en el salmo ciento cuarenta y siete: *Enviará su Verbo y los derretirá, soplará su Espíritu y fluirán las aguas*[401]. Y como dijo el Apóstol, *somos justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*[402]. [B] En efecto, el Espíritu es inseparable[403] del Verbo. Sin duda que cuando dice el Señor:

397. *Tò syndoxazómenon*, cf. *Ep.* I, 9, 2: *syndoxázein*; *Ep.* III, 6, 4: *doxázetai*. Con esta u otras palabras (majestad, potestad, gloria) la glorificación del Espíritu es otra manera de decir que es divino, que es Dios, porque la adoración sólo se tributa a Dios (ATANASIO, *Contra los Arrianos*, II, 23 [PG 26, 196B]); GREGORIO NACIANCENO, *Oratio*, 31, 12; 42, 16; BASILIO, *Ep.* 125, 3; 111; 251, 4; 257, 2

398. *Theologoúmenon* dicho del Espíritu es, en estos textos, la expresión más clara de la divinidad del Espíritu. En *Ep.* I, 28, 2 se dice *theologouménê* aplicado a la Trinidad. El Espíritu está unido a la divinidad del Padre (*Ep.* I, 12, 3) y no es extraño a Dios (*Ep.* I, 25, 1).

399. Cf. *Ep.* I, 9, 6; 28, 2; III, 5, 1.

400. Sal 32, 6 (Cf. *Ep.* II, 8, 2; III, 5, 1; IV, 3, 8). La tradición patrística, con rarísima excepción, aplica este versículo al Verbo y al Espíritu.

401. Sal 147, 18.

402. 1 Co 6, 11.

403. Inseparable en todo: en la justificación del pecador, en la inhabitación, en la creación, en todas las obras de Dios. El Espíritu es Dios. Cf. *Ep.* III, 5, 2.

Vendremos yo y el Padre[404] entra juntamente el Espíritu, no de otra manera como el Hijo habitará en nosotros, según escribe Pablo a los Efesios: *Que Él, conforme a la riqueza de su gloria, os conceda ser fortalecidos con poder mediante su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite...*[405]. Y cuando el Hijo está en nosotros, también lo está el Padre, ya que el Hijo dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*[406].

4. Por esto también cuando el Verbo está presente en los profetas, profetizan en el mismo Espíritu Santo. Por tanto, cuando la Escritura dice: *Y vino el Verbo del Señor* a tal profeta, indica que profetiza en el Espíritu Santo. [C] Está escrito en Zacarías: *Recibid mis palabras y mis normas, todo cuanto yo ordeno en mi Espíritu a mis siervos los profetas*[407]. Y poco después acusando al pueblo decía: *Se hicieron contumaz el corazón para no oír mis leyes y las palabras que el Señor todopoderoso había dirigido con su Espíritu por medio de sus profetas de antaño*[408].

5. Y Pedro decía en los Hechos: *Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura que el Espíritu Santo había predicho*[409]. Y los apóstoles todos juntos elevaron su voz de este modo: *Señor, tú que hiciste el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que hay en ellos, tú que por medio del Espíritu Santo por boca de nuestro padre* [604A] *David, tu siervo, dijiste...*[410].

6. Y Pablo estando en Roma hablaba con toda libertad a los judíos que venían a él: *Bien habló el Espíritu Santo a vuestros padres por medio del profeta Isaías*[411]. Y

404. Jn 14, 23.
405. Ef 3, 16-17.
406. Jn 14, 10.
407. Za 1, 6.
408. Za 7, 12.
409. Hch 1, 16.
410. Hch 4, 24-25.
411. Hch 28, 25.

a Timoteo escribía: *El Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la sana doctrina, obedeciendo a los espíritus del error*[412].

7. Por eso, cuando se dice que el Espíritu se hace presente en uno[413], se entiende que en él está presente el Verbo que da al Espíritu. Así al cumplirse la profecía: *Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne*[414], decía Pablo: *según la ayuda del Espíritu de Jesucristo en mí*[415]. Y a los corintios escribía: *¿Es que buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?*[416]. Pero si Cristo era el que hablaba en él, [B] es claro que el Espíritu de Cristo era el que hablaba en él. Y precisamente cuando Cristo hablaba en él, decía también en los Hechos: *Y he aquí que ahora encadenado al Espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá, sólo que el Espíritu Santo en cada ciudad me testifica diciéndome que me aguardan cadenas y tribulaciones*[417].

8. Por lo que cuando los santos dicen: *Esto dice el Señor,* no hablan sino en el Espíritu Santo, y hablando en el Espíritu, hablan esas cosas en Cristo. Por el contrario, si en los Hechos Ágabo dice: *Esto dice el Espíritu Santo*[418], es que haciéndose presente en él el Verbo, el Espíritu le concedía hablar y anunciar lo que sucedería a Pablo en Jerusalén.

9. Sin duda que cuando el Espíritu anunciaba algo a Pablo, Cristo mismo hablaba en él, de modo que [605A] el anuncio hecho por el Espíritu pertenece al Verbo. Así también cuando el Verbo vino sobre la santa Virgen María,

412. 1 Tm 4, 1.
413. Cf. J. LEBON, *o. c.*, pág. 141, nota 3.
414. Jl 2, 28.
415. Flp 1, 19.
416. 2 Co 13, 3.
417. Hch 20, 22-23.
418. Hch 21, 11.

al mismo tiempo vino a ella el Espíritu, y el Verbo en el Espíritu se formó para sí el cuerpo y se lo unió, queriendo por sí mismo unir y ofrecer al Padre la creación y reconciliar en sí mismo todas las cosas, pacificando las del cielo y las de la tierra[419].

Armonía entre Escritura y Tradición

32. 1. Concordemente muestran las divinas Escrituras que el Espíritu Santo no es una criatura, sino propio del Verbo y de la divinidad del Padre. Así es como la doctrina de los santos culmina en la santa e indivisible Trinidad y ésta es la única fe de la Iglesia católica.

2. Por el contrario, la absurda fábula de los trópicos está en desacuerdo con las Escrituras, pero concuerda con la locura de los arriomaníacos[420]. [B] Y es probable que ellos finjan[421] para engañar a los simples. Pero gracias al Señor, porque, como escribes, no pudieron ocultarse protegiéndose con la fingida controversia contra los arrianos.

3. En efecto, también aquellos los despreciaron, porque llaman criatura solamente al Espíritu y no también al Verbo. Y todos los han condenado como realmente adversarios del Espíritu[422] y en breve estarán muertos, por

419. Cf. Col 1, 20.

420. El texto griego dice *areimanitôn*, apasionado por Arrio, término construido sobre *areimanés*, apasionado por Ares, el dios de la guerra. Así se descalificaba a Arrio y a sus secuaces.

421. Cf. *Ep.* I, 1, 3; 21, 3.

422. *Pneumatomakhoûntes*, adversarios del Espíritu, cf. también *Ep.* IV, 1, 3. El término parece estar inspirado en el *theomákhoi* de Hch 5, 39. Más tarde, a todos los que niegan la divinidad del Espíritu se les conocerá con el término de *pneumatómacos*.

cuanto vacíos y privados del Espíritu. Según el bienaventurado Apóstol[423], como eran hombres psíquicos no pudieron percibir lo que pertenece al Espíritu de Dios, ya que habían sido examinados espiritualmente. Mas los que piensan conforme a la verdad, lo juzgan todo y ellos no son juzgados por nadie, ya que tienen en sí al Señor [C] que en el Espíritu se les revela a sí mismo, y mediante sí mismo revela también al Padre.

Epílogo

33. 1. Así pues, aunque me encuentro en el desierto por la desvergüenza de los que se apartan de la verdad, sin preocuparme de los que quieran reírse de la debilidad y humildad de la demostración de mis reflexiones, lo que he escrito brevemente[424], lo he remitido a tu Piedad, rogándote mucho que, al leerlo, unas cosas las corrijas y otras me las perdones como dichas de modo insuficiente.

2. He transmitido conforme a la fe apostólica, que nos ha sido transmitida por los Padres, sin inventar nada extraño, sino que lo que aprendí, lo expresé de acuerdo con la Sagradas Escrituras. Esto concuerda también con lo expuesto anteriormente como confirmación a partir de las Sagradas Escrituras.

3. [D] No se trata de algo inventado fuera, sino que el mismo Señor Jesucristo personalmente lo enseñó a la Samaritana y por medio de ella a nosotros: la perfección de la Santa Trinidad que es una sola e indivisible divinidad. La misma Verdad da testimonio, como dice a la Sa-

423. Cf. 1 Co 2, 14-15.

424. Cf. *Ep.* I, 1, 4.

maritana: *Créeme, mujer, llega la hora y ya está aquí, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y Verdad. De hecho, el Padre busca que le adoren así. Dios es Espíritu y los que lo adoran deben adorarlo en Espíritu y Verdad*[425].

4. De este texto queda claro que la Verdad es el Hijo mismo, como Él dice: *Yo soy la Verdad*[426]. A Él invocaba el profeta David diciendo: *Envía tu luz y tu verdad*[427]. Así pues, los verdaderos adoradores adorarán al Padre, pero en Espíritu y Verdad, confesando al Hijo y en Él al Espíritu.

5. En efecto, el Espíritu es inseparable del Hijo, como el Hijo es inseparable del Padre. La misma Verdad lo testimonia diciendo: *Enviaré al Paráclito, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre, al que el mundo no puede recibir*[428], a saber, aquellos que niegan que Él proceda del Padre en el Hijo. De modo que, a imitación de los verdaderos adoradores, hay que confesar y correr tras la Verdad.

6. Así pues, los que después de esto no quieran aprender ni puedan entender, que cesen en sus blasfemias y no separen la Trinidad, para que ellos no sean separados de la vida. Y no cuenten entre las criaturas al Espíritu Santo, no sea que como los fariseos de antaño atribuían a Belcebú las obras del Espíritu[429], también ellos, que se atreven a lo mismo, tengan que soportar junto con aquellos, aquí y en el futuro, el castigo irremisible.

425. Jn 4, 21.23-24.
426. Jn 14, 6.
427. Sal 42, 3.
428. Jn 15, 26.
429. Cf. Mt 12, 24. Cf. *Ep.* I, 3, 1; III, 7, 6; IV, 1, 3; IV, 8-23.

EPÍSTOLA II

Introducción

1. 1. [608C] Me parecía que aún así[1] había escrito poco, y me reprochaba a mí mismo una gran deficiencia por no haber sido capaz de escribir todo lo que a los hombres les está permitido decir contra quienes pronuncian impiedades contra el Espíritu Santo.

2. Pero como, según me escribes, algunos hermanos han pedido que haga un resumen de esas mismas cosas, para tener a su alcance y brevemente qué responder a quienes les preguntan sobre nuestra fe, y para refutar a los impíos, [609A] he hecho esto confiando en que como tienes una buena formación, suplirás lo que se haya omitido.

1. Se refiere a la carta anterior, cf. *Ep.* I, 1, 4 y 33, 1 que expresa la intención de Atanasio de escribir brevemente. Aun así es consciente de no haber tratado en toda su amplitud tema tan importante. Sin embargo, atenderá la nueva petición de elaborar un resumen de la *Ep.* I, aunque lo precede de una exposición sobre la divinidad del Hijo contra los arrianos.

Primera Parte

Breve refutación del arrianismo

Racionalismo mezquino

3. Los arrianos, cerrados en sí y no pensando más que en sí mismos, como los saduceos, han interpretado a base de raciocinios humanos la Escritura divinamente inspirada[2]. Cuando oyen que el Hijo es sabiduría[3], esplendor[4] y Verbo[5] del Padre, suelen añadir: «¿Cómo puede ser esto?», como si no pudiera ser lo que ellos no pueden comprender[6].

4. Sería el momento de que pensaran también estas preguntas sobre el universo: «¿Cómo puede tener lugar la creación que antes no existía[7]?», «¿cómo puede el barro de la tierra ser modelado[8] con la forma del hombre racional?», «¿cómo puede lo corruptible convertirse en incorruptible[9]?». «¿Cómo la tierra *está fundada sobre los mares,* y cómo Dios *la dispuso sobre los ríos*[10]?». Y además que añadan para ellos: *Comamos y bebamos, porque mañana morire-*

2. Cf. 2 Tm 3, 16. No es con raciocinios humanos como hay que interpretar las Escrituras, sino con la fe y con reverente sumisión religiosa (*Ep.* I, 17, 2-5; 20, 4).
3. Cf. 1 Co 1, 30.
4. Cf. Hb 1, 3.
5. Cf. Jn 1, 1.
6. Cf. *Ep.* I, 17, 4-5.
7. Cf. Gn 1, 1.
8. Cf. Gn 2, 7.
9. Cf. 1 Co 15, 53.
10. Cf. Sal 23, 2.

mos[11], [B] evidentemente para que, al morir ellos, se destruya al mismo tiempo la locura de su herejía.

Todo lo que se dice del Padre, se dice también del Hijo

2. 1. Éste, pues, es el modo de pensar mortal y corruptible de los arrianos. Pero el discurso de la verdad, que también ellos deberían meditar, es este: si Dios es fuente[12], luz y padre, no es lícito decir ni que la fuente está seca, ni que la luz está sin resplandor, ni que Dios está sin Verbo, pues resultaría que Dios estaría privado de sabiduría, de razón y de luz.

2. Por eso, siendo eterno el Padre, es necesario que también el Hijo sea eterno. Porque todo lo que entendemos que hay en el Padre, no hay duda de que también lo hay en el Hijo, pues dice el mismo Señor: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[13] y todo lo mío es del Padre[14]. Por ejemplo, [C] si el Padre es eterno, también el Hijo es eterno, ya que por medio de Él fueron hechos los siglos[15].

3. El Padre es el que es[16], y necesariamente lo es también el Hijo, *que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén*[17], como dijo Pablo.

4. No es lícito decir del Padre: «Hubo un tiempo en que no existía». Ni es lícito decir del Hijo: «Hubo un tiempo en que no existía[18]».

11. Is 22, 13; 1 Co 15, 32.
12. Cf. *Ep.* I, 19, 2ss; ATANASIO, *Contra los arrianos*, I, 19: PG 26, 49C-52B.
13. Jn 16, 15.
14. Cf. Jn 17, 10.
15. Cf. Hb 1, 2.
16. Cf. Ex 3, 14.
17. Rm 9, 5.
18. Esta frase blasfema está tomada de la obra *Thalia* de Arrio. He aquí el fragmento que nos tras-

5. El Padre es omnipotente. También es omnipotente el Hijo, como dice Juan: *El que es, el que era, el que viene, el omnipotente*[19].

6. El Padre es luz[20], el Hijo es resplandor[21] y luz verdadera[22]. El Padre es verdadero Dios[23], [612A] el Hijo es verdadero[24] Dios. Así es como escribió Juan: *Estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la vida eterna*[25].

7. Y en una palabra, no hay nada de lo que tiene el Padre que no sea del Hijo. El Hijo está en el Padre y el Padre está en el Hijo[26], porque lo que es del Padre, eso

mite Atanasio: «Dios no fue siempre Padre, sino que hubo un tiempo en el que Dios estaba solo y no era todavía Padre, sino que después llegó a ser Padre. El Hijo no existió siempre, sino que como todo ha tenido origen de la nada y todas las cosas que existen son criaturas y obras que han sido hechas, también el mismo Verbo de Dios ha sido hecho de la nada, y hubo un tiempo en el que no existía. Y no existía antes de ser hecho, sino que también Él tuvo un principio de su ser creado. De hecho, dice (Arrio), Dios estaba solo y no existía aún el Verbo y la Sabiduría. Cuando después quiso crearnos, entonces hizo a uno y lo llamó Verbo, Sabiduría e Hijo, para crearnos por medio de Él» (*Contra los Arrianos*, I, 5: PG 26, 21AB). En los anatemas del Símbolo del Concilio de Nicea (325) se condena la frase: «Hubo un tiempo en que no existía» con referencia al Hijo. Atanasio nos indica en el texto que esa misma frase herética no se puede aplicar al Padre, pues implicaría decir que el Padre, en cuanto Padre, no es eterno, es decir, desde siempre Padre y que Dios no habría sido eternamente, desde siempre, Padre.

19. Ap 1, 8.
20. Cf. 1 Jn 1, 5.
21. Cf. Hb 1, 3.
22. Cf. Jn 1, 9.
23. Cf. Jn 17, 3.
24. Los arrianos estaban dispuestos a admitir que al Hijo se le podía llamar Dios, al igual que también la Escritura dice que nosotros somos dioses e hijos del Altísimo (Sal 81, 6), pero en absoluto estaban dispuestos a que se dijera que es *verdadero* Dios. Lo de *verdadero* lo reservaban en exclusiva para el Padre.
25. 1 Jn 5, 20.
26. Cf. Jn 14, 10.

mismo está en el Hijo y se entiende que eso mismo está en el Padre. Así se comprende el texto: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[27], puesto que no hay unas cosas en éste y otras distintas en el Hijo, sino que lo que hay en el Padre, lo mismo lo hay en el Hijo. Porque lo que ves en el Hijo, lo ves también en el Padre, se comprende bien el texto: *Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*[28].

El Hijo es consustancial al Padre

3. 1. Una vez que hemos explicado esto, es un impío el que dice que el Hijo es una criatura[29], [B] porque se verá forzado a llamar criatura a la fuente manante[30], criatura a la sabiduría, al Verbo en el que está todo lo del Padre.

2. A partir de esto se podría ver de otra manera la podredumbre de la herejía de los arriomaníacos. De los que somos semejantes y con los que tenemos la misma identidad, les somos consustanciales[31]. Así pues, en cuanto hom-

27. Jn 10, 30.

28. Jn 14, 9. «Es propio del Hijo tener lo que es del Padre, y ser de tal manera que en Él se pueda contemplar al Padre» (ATANASIO, *Contra los Arrianos*, II, 24: PG 26, 197B).

29. Afirmación arriana.

30. Metáfora para indicar al Padre, que ya se utilizó en § 2, 1 (nota 12).

31. Para la puntuación de la frase sigo a J. LEBON, *Lettres à Serapion*, pág. 68, nota 2 y pág. 150, nota 2. Cuando hay semejanza e identidad, las dos cosas, se sigue la consustancialidad. El ejemplo de la consustancialidad entre los hombres o entre los ángeles no tiene el mismo contenido que cuando hablamos de la consustancialidad del Hijo con el Padre. El uso que Atanasio hace aquí y en los párrafos siguientes del término consustancial tiene un sentido amplio, genérico, no tiene el sentido de unidad numérica de sustancia o naturaleza. Aquí se sirve de estos raciocinios para que al Hijo no se le considere criatura, sino como verdadero y real Hijo del Padre.

bres, por ser semejantes y por tener identidad, somos consustanciales unos a otros. En efecto, para todos es igual la mortalidad, la corruptibilidad, la mutabilidad y el proceder de la nada. También los ángeles entre ellos, como también todas las demás cosas, son de la misma naturaleza entre sí.

3. Por consiguiente, que los curiosos investiguen si hay alguna semejanza entre el Hijo y las criaturas, o si lo que hay en el Hijo lo pueden encontrar en las criaturas, para atreverse a llamar también criatura al Verbo de Dios. Pero no lo podrán encontrar los que están predispuestos a todo y yerran en la recta fe.

4. [C] En efecto, entre las criaturas no hay ninguna omnipotente y ninguna domina sobre otra, porque todas ellas pertenecen a Dios. *Los cielos pregonan la gloria de Dios*[32]. *La tierra y lo que la llena pertenece al Señor*[33]. *El mar lo vio y huyó*[34]. El universo entero está al servicio del que lo hizo, *cumple su palabra*[35] y obedece sus órdenes. Mas el Hijo es omnipotente como el Padre, según está escrito[36] y demostrado[37].

5. Más aún, entre las criaturas ninguna es inmutable por naturaleza, ya que incluso algunos ángeles no conservaron su propio puesto[38] y *las estrellas no son puras en su presencia*[39]. También el diablo cayó del cielo[40] y Adán cometió la trasgresión[41] y todas las cosas son mudables.

6. En cambio, el Hijo es inmutable [D] e inalterable, como el Padre. Y esto lo ha recordado Pablo citando el

32. Sal 18, 2.
33. Sal 23, 1.
34. Sal 18, 2.
35. Sal 102, 20.
36. Ap 1, 8.
37. Cf. *Ep.* II, 2, 5.
38. Cf. Judas 6.
39. Jb 25, 5.
40. Cf. Lc 10, 18.
41. Cf. Rm 5, 14.

salmo ciento uno [613A]: *Tú, Señor, al principio cimentaste la tierra y los cielos son obra de tus manos. Ellos serán destruidos, pero tú permaneces. Todos envejecerán como un vestido y los cambiarás como un manto y quedarán cambiados. Tú, en cambio, eres el mismo y tus años no disminuirán*[42]. Y también dice: *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos*[43].

El Hijo es verdadero Dios

4. 1. Además, todo lo creado no existía y fue hecho. En efecto, la tierra que era nada, la hizo *el que llama lo que no existe como existente*[44], y vienen a la existencia las cosas hechas y las criaturas. Por esto tienen también el comenzar a existir. De hecho, *en el principio hizo Dios el cielo y la tierra*[45] y *todo lo que hay en ellos*[46]. Y también: *Mi mano hizo todas estas cosas*[47].

2. Pero el Hijo es el que es y es Dios sobre todas las cosas[48], como el Padre. [B] También esto queda demostrado[49]. Y Él no es hecho, sino que Él hace[50]. No es creado, sino que crea y hace las obras del Padre[51]. Por medio de Él fueron creados los siglos[52] *y todo fue hecho por medio de Él, y sin Él no se ha hecho ni una sola cosa*[53]. Como

42. Sal 101, 26-28; Hb 1, 10-12.
43. Hb 13, 8.
44. Rm 4, 17.
45. Gn 1, 1.
46. Ex 20, 11; Hch 4, 24; 14, 15.
47. Is 66, 2.
48. Cf. Rm 9, 5.
49. Cf. *Ep.* II, 2, 3.
50. Ya Ireneo de Lyon había indicado que lo propio de Dios es hacer y lo propio del hombre ser hecho: «Et hoc Deus ab homine differt, quoniam Deus quidem facit, homo autem fit» (*Adv. Haer.*, IV 11, 2: SC 100-2, 500).
51. Cf. Jn 5, 19.
52. Cf. Hb 1, 2.
53. Jn 1, 3.

ha enseñado el Apóstol citando el salmo: *Al principio fundó la tierra y los cielos son obra de sus manos*[54].

3. Además, ninguna de las criaturas es Dios por naturaleza, sino que cada una de las cosas creadas ha llegado a ser conforme al nombre que recibió: una cielo, otra tierra, unas estrellas, otras astros y otras mar, abismos, cuadrúpedos y, finalmente, hombre. Y antes de todos estos, los ángeles, arcángeles, querubines, serafines, potencias, principados, potestades, dominaciones, paraíso. Y así permanece cada uno.

4. [C] Y si algunos han sido llamados dioses, lo fueron no por naturaleza, sino por participación del Hijo[55]. En efecto, así lo dijo Él mismo: *Si llamó dioses, a los que*

54. Hb 1, 10.

55. «Por naturaleza Él es verdadero y auténtico Hijo del Padre, y Él es propio de su sustancia, Sabiduría unigénita y Verbo verdadero y único de Dios. No es criatura ni cosa hecha, sino hijo propio de la esencia del Padre. Por eso es Dios verdadero, ya que es consustancial al Padre verdadero. Y las otras cosas, a las que dijo: *Yo dije, sois dioses* (Sal 81, 6), no reciben del Padre esta gracia más que por participación en el Verbo mediante el Espíritu» (ATANASIO, *Contra los Arrianos*, I, 9 [PG 26, 28D-29A]); «Si Él no es Hijo por participación, mientras que todas las cosas creadas reciben de Dios la gracia por participación, Él es la Sabiduría y el Verbo del Padre, y todas las cosas participan de Él. Es claro que siendo Él lo divinizador y lo iluminador del Padre, en el que todo es divinizado y vivificado, no es de una esencia distinta a la del Padre, sino que le es consustancial. Participando de Él, nos hacemos partícipes del Padre, precisamente por ser Él Verbo propio del Padre. Por tanto, si también Él fuera por participación y no por sí mismo divinidad sustancial e imagen del Padre, no podría divinizar, al ser Él mismo divinizado. En efecto, no es posible que el que tiene por participación dé a otros de lo que él ha recibido, porque no es suyo lo que tiene, sino del que se lo dio, y lo que recibió fue como gracia especialmente para él» (ATANASIO, *De Synodis*, 51 [PG 26, 784 AB]).

fue dirigida la Palabra de Dios[56]. Por eso, no siendo dioses por naturaleza, les ocurre que padecen una mutación al oír: *Yo dije: Sois dioses y todos sois hijos del Altísimo, pero como hombres moriréis*[57]. Tal era el que había escuchado: *Tú eres un hombre y no un dios*[58].

5. Pero el Hijo es Dios verdadero, como el Padre[59]. En efecto, está en Él, y [616A] el Padre está en el Hijo. Lo escribió Juan[60], como queda demostrado[61]. Y David canta: *Tu trono, ¡oh Dios! por los siglos de los siglos. Cetro de rectitud es el cetro de tu reino*[62]. Y el profeta Isaías clama: *Se ha fatigado Egipto y el comercio de los etíopes. Y los sebaítas, de alta estatura, vendrán a ti y seguirán detrás de ti atados de pies y manos y te adorarán, porque en ti está Dios. De hecho tú eres el Dios de Israel y no lo sabíamos*[63]. ¿Y quién es ese Dios, en el que está Dios, sino el Hijo que dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?*[64].

La fe del Concilio de Nicea

5. 1. Siendo así las cosas como están escritas, puesto que el Hijo no tiene nada semejante con las criaturas, sino que todo lo del Padre es del Hijo, ¿quién no ve que el Hijo es consustancial al Padre? [B] Porque si tuviera alguna semejanza con las criaturas y tuviera con ellas alguna afinidad, les sería consustancial, pero siendo por esencia extraño a las cosas hechas, y siendo Verbo propio del

56. Jn 10, 35.
57. Sal 81, 6-7.
58. Ez 28, 2.
59. Cf. 1 Jn 5, 20.
60. Cf. Jn 14, 10.
61. Cf. *Ep.* II, 2, 6-7.
62. Sal 44, 7.
63. Is 45, 14-15.
64. Jn 14, 10.

Padre y no otra cosa diversa[65] respecto a Él, porque todo lo que es del Padre es suyo, justamente es consustancial al Padre.

2. De hecho, en el concilio de Nicea los Padres reflexionaron así e hicieron profesión de fe de que el Hijo es consustancial y de la sustancia del Padre[66]. Habían comprendido perfectamente que una sustancia creada no puede jamás decir: *Todo lo que tiene el Padre, es mío*[67], pues teniendo un comienzo de su existencia, no posee «el ser» y «la existencia» eternamente.

3. Y por esto, puesto que el Hijo tiene esto, y todo lo que hemos dicho que pertenece al Padre, pertenece también al Hijo, necesariamente la sustancia del Hijo no es creada, sino consustancial al Padre. [C] Por estas y otras razones, no podría una sustancia creada ser receptora de las propiedades[68] de Dios. Propiedades suyas son aquellas cosas por las que se conoce a Dios, como el ser omnipotente, aquel que es, el inmutable y las otras propiedades antes mencionadas, de modo que no puede ser Dios, como

65. Aunque Atanasio emplea aquí el masculino *állos,* en lugar del neutro *állon,* expresa que en Dios no hay diferencia sustancial del Hijo en relación al Padre. La diferencia o distinción se sitúa en el orden personal.

66. En *De Decretis Nicaenae Synodi,* 20 (PG 25, 452BD) explica Atanasio estos conceptos y las razones que llevaron a los Padres del Concilio de Nicea a introducirlos en el Credo. El Hijo no sólo es semejante al Padre, sino idénticamente la misma cosa a causa de la semejanza que deriva del Padre.

67. Jn 16, 15.

68. Encontramos aquí el término *ídion* (en plural) para indicar la propiedades que nos dan a conocer inmediatamente a Dios: omnipotente, subsistente, inmutable, eterno, incorruptible, inmenso, creador, etc. Son perfecciones que sólo se pueden dar en Dios y, en absoluto, en ninguna criatura. Las posee el Hijo. Y las posee también el Espíritu, cf. G. GIULIANI, *o. c.,* págs. 113-120.

dicen los necios[69], consustancial a las criaturas, como si tuviera lo que las criaturas pueden tener.

La diferencia entre «crear» y «engendrar»

6. 1. De este modo se podría refutar la impiedad de quienes dicen que el Verbo de Dios es una criatura. [617A] Nuestra fe es en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, como dice el mismo Hijo a los apóstoles: *Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[70]. Se expresó de este modo, para que a partir de lo que conocemos, podamos comprender lo que hemos dicho anteriormente.

2. Por ejemplo, como a los padres no los llamamos creadores, sino progenitores, y como nadie nos llamaría criaturas de nuestros padres, sino hijos por naturaleza y consustanciales a los padres, así si Dios es Padre, ciertamente es Padre del Hijo, que lo es por naturaleza y consustancial a Él.

3. Y así es como Abrahán no creó a Isaac, sino que lo engendró[71]. Besleel y Oholiab no engendraron, sino que hicieron todas las cosas que hay en el Tabernáculo[72]. El constructor de barcos y el arquitecto de una casa no engendran lo que hacen, sino que cada uno realiza una cosa, uno el barco y otro la casa. [B] Por el contrario, Isaac no hace, sino que engendra por naturaleza a Jacob, que le es consustancial. E igualmente Jacob a Judá y a sus hermanos[73].

69. Es decir, los arrianos.
70. Mt 28, 19.
71. Cf. Mt 1, 2.
72. Cf. Ex 36, 1.
73. Cf. Mt 1, 2.

4. Por tanto, sería un loco quien dijera que la casa es consustancial al arquitecto y el barco a su constructor. Lo justo es que uno diga que cada hijo es consustancial a su padre. Si pues hay un padre y un hijo, necesariamente el hijo será hijo por naturaleza y en verdad. Esto es lo que significa la expresión ser consustancial al Padre, como queda repetidamente demostrado[74].

5. Naturalmente en relación a la criaturas se dice: *Él habló y así se hizo; dio una orden y fue creado*[75], mientras que acerca del Hijo se dice: *Mi corazón ha pronunciado una Palabra buena*[76]. Daniel conoce a un Hijo de Dios y conoce también las obras del Señor: vio al Hijo que regaba con rocío el horno[77]; pero sobre las criaturas dice [C]: *Obras todas del Señor, bendecid al Señor*[78], y enumeró cada una de las criaturas, mas al Hijo no lo contó entre ellas, sabiendo que no es una obra, sino que las obras se hicieron por medio de Él, que es proclamado y superexaltado en el Padre.

6. Pues como por medio de Él Dios se revela a los que lo conocen, así la bendición, el himno, la gloria y el poder[79] se canta al Padre por medio de Él y en Él, para que tal profesión sea bien aceptada, como dicen las Escrituras. Con estos y otros muchos argumentos queda demostrado y se demuestra que es un impío quien dice que el Verbo de Dios es una criatura.

74. Cf. ATANASIO, *Contra los Arrianos*, I, 9 (PG 26, 28D y siguientes); *De decretis Nicaenae Synodi*, 6. 13. 19-20 (PG 25, 433C. 445C. 456D y siguientes).

75. Sal 148, 5.

76. Sal 44, 2. El texto se había utilizado para expresar la generación divina del Verbo o Palabra de Dios.

77. Cf. Dn 3, 50.

78. Dn 3, 57.

79. Cf Ap 5, 13.

Interpretación exacta de Proverbios 8, 22

[620A] 7. 1. Pero como alegan lo escrito en los Proverbios: *El Señor me creó como principio de sus caminos para sus obras*[80], y sacan como conclusión: «Aquí dice 'creó', y es una criatura». Es necesario, pues, demostrar también aquí cuánto se equivocan al no conocer la finalidad[81] de la Sagrada Escritura. Porque si es Hijo[82], que no se le llame criatura. Y si es criatura, que no se le llame hijo. En efec-

80. Pr 8, 22. Atanasio interpreta este texto con referencia a la encarnación y en sentido antiarriano, cf. *Contra los Arrianos*, II, 44-82 (PG 26, 240-321); *Epístola a los obispos de Egipto y Libia*, 17 (PG 26, 576-577); cf. M. SIMONETTI, *Studi sull'arianesimo*, págs. 9-87; A. MEREDITH, "Prv 8, 22 chez Origène, Athanase, Basile et Grégoire de Nysse", en: CH. KANNENGIESSER, *Politique et Théologie*, págs. 349ss.

81. El *skópos* de la Escritura es el conocimiento de Cristo, Verbo de Dios hecho hombre; cf. *Contra Arianos*, III, 29. Para Atanasio, la Escritura no enseña otra cosa (cf. *Ep.* IV, 14, 2). *Skópos* es un elemento esencial de la hermenéutica atanasiana de la Escritura, inspirándose muy probablemente en ORÍGENES, *De Principiis*, IV, 2, 9ss.; *Coment. Juan*, X 5, 19, del que se diferencia por cuanto mientras para Orígenes se trata de la revelación de diversos y varios misterios ocultos, para Atanasio se trata exclusivamente de la revelación del doble modo de existencia del Verbo, antes y después de encarnado, tiempo de promesa y tiempo de cumplimiento. El *skópos* de la Escritura es idéntico al del canon o regla de fe, cf. H. J. SIEBEN, "Herméneutique de l'exégèse dogmatique d'Athanase", págs. 195-214; J. D. ERNEST, "Athanasius of Alexandria: the Scope of Scripture in polemical and pastoral Context", *VigCh* 47, 1993, 341-362; CH. KANNENGIESSER, *Athanase d'Alexandrie évêque et écrivain. Une lecture des traités Contre les Ariens*, Paris 1983.

82. Cf. *De Decretis Nicaenae Synodi*, 13 (PG 25, 448A): «Si, pues, es Hijo, no es criatura; y si, por el contrario, es criatura, no es Hijo. Pues hay una gran diferencia entre ambas cosas. No podría ser al mismo tiempo Hijo y criatura, porque entonces habría que pensar que su esencia (*ousía*) sería al mismo tiempo 'de Dios' y 'de fuera' de Dios».

to, queda demostrado en lo anterior qué diferencia hay entre criatura e hijo.

2. Y puesto que el bautismo adquiere validez no en el nombre del creador y de la criatura, sino en el nombre del Padre y del Hijo, es necesario que al Señor no se le llame criatura, sino Hijo.

3. Pero dicen: ¿no está escrito? Sí, está escrito y está necesariamente dicho. Pero los herejes interpretan mal lo que está dicho correctamente. Si comprendieran y conocieran la característica[83] propia del cristianismo, no dirían [B] que el Señor de la gloria[84] es una criatura, ni tropezarían con lo que está escrito correctamente. Pero ellos *no han conocido ni comprendido*[85], y, por eso, como está escrito, *caminan en las tinieblas*[86]. Nosotros, por el contrario, estamos obligados a hablar, para que también en esto se muestre su necedad, y no vamos a descuidar la refutación de su impiedad, por si tal vez cambian de parecer.

4. El rasgo distintivo de la fe en Cristo es, pues, el siguiente: El Hijo de Dios, que es Verbo Dios –puesto que *en el principio existía el Verbo y el Verbo era Dios*[87]–, que es Sabiduría y Potencia del Padre –*Cristo,* en efecto, *es potencia de Dios y sabiduría de Dios*[88]–, Él mismo en la consumación de los tiempos se hizo hombre por nuestra

83. El reconocimiento de la divinidad de Cristo es la característica propia o rasgo distintivo del cristianismo. El término *kharaktêr*, característica o rasgo propio, aparece también en *Ep.* II, 7, 4; 8, 1; *Ep.* III, 7, 1. Su sentido parece estar muy próximo a *regla de fe*. Cf. H. J. SIEBEN, «Herméneutique de l'exégèse dogmatique d'Athanase», pág. 206, nota 52 con bibliografía.

84. Cf. 1 Co 2, 8.

85. Sal 81, 5.

86. Jn 12, 35.

87. Jn 1, 1.

88. 1 Co 1, 24.

salvación[89]. Es así como el mismo Juan después de decir: *En el principio era el Verbo,* poco después añade: *Y el Verbo se hizo carne*[90], que es lo mismo que decir que se hizo hombre. Y el Señor decía [C] de sí mismo: *¿Por qué buscáis matarme a mí,*[91] *un hombre que os ha hablado la verdad?*[92]. Y Pablo habiendo aprendido de Él decía: *Un solo Dios, uno solo es también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús*[93].

5. Hecho hombre y habiendo actuado como hombre, y habiendo puesto en fuga y derogado la muerte[94], que nos era contraria, está sentado ahora a la derecha del Padre[95], estando Él en el Padre y el Padre en Él[96], como lo ha estado y lo estará siempre.

El rasgo distintivo de la fe apostólica

8. 1. Este rasgo distintivo[97] viene de los Apóstoles por medio de los Padres. Por lo demás, al leer la Escritura, debemos examinar y distinguir cuándo se habla de la divinidad del Verbo y cuándo de su humanidad, [621A] para no desviarnos pensando una cosa por otra, que es lo que les pasa a los arrianos.

89. La encarnación del Verbo constituye el rasgo distintivo del cristianismo y da sentido cristológico a las Escrituras del Antiguo Testamento.
90. Jn 1, 14.
91. Jn 7, 19.
92. Jn 8, 40.
93. 1 Tm 2, 5.
94. Cf. 1 Co 15, 26; 2 Tm 1, 10.
95. Cf. Col 3, 1.
96. Cf. Jn 14, 10.
97. Cf. *Ep.* II, 7, 3.4 y nota 83. Como la regla de fe, el «carácter», el rasgo distintivo de la fe cristiana tiene su origen en los Apóstoles y llega hasta nosotros por medio de los Santos Padres.

2. Sabiendo, pues, que Él es el Verbo, sabemos que *todo fue hecho por medio de Él y sin Él no se hizo nada*[98] y que *con el Verbo del Señor se consolidaron los cielos*[99], y que *envía su Verbo y lo sana todo*[100].

3. Y sabiendo que Él es la Sabiduría, sabemos que Dios *fundó la tierra con la Sabiduría*[101] y que el Padre *lo hizo todo en la Sabiduría*[102].

4. Y sabiendo que Él es Dios, hemos creído que Él es el Cristo. *Tu trono, ¡oh Dios!,* canta David, *por los siglos de los siglos. Cetro de rectitud es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y odiaste la iniquidad. Por eso, te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros*[103]. [B] Y en Isaías dice de sí mismo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, con Él me ha ungido*[104]. Y Pedro confesó: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo*[105].

5. Y sabiendo que Él se hizo hombre, no negamos lo que se dice de Él desde el punto de vista humano[106], como es tener hambre, tener sed, ser azotado, llorar, dormir y, finalmente, recibir la muerte por nosotros en la cruz. En efecto, de Él se escribe todo esto.

6. De la misma manera, la Escritura no ocultó, sino que dijo lo de *creó*[107], que corresponde a los humanos. En efecto, los hombres hemos sido creados y hechos. Pero como al oír que tuvo hambre, que durmió, que fue azotado, no negamos su divinidad, así al oír lo de *creó* es ló-

98. Jn 1, 3.
99. Sal 32, 6.
100. Sal 106, 20.
101. Pr 3, 19.
102. Sal 103, 24.
103. Sal 44, 7-8.
104. Is 61, 1.
105. Mt 16, 16.
106. Cf. también *Contra los Arrianos*, III, 31: PG 26, 389BC; *De Decretis Nicaenae Synodi*, 14: PG 25, 440 AD.
107. Pr 8, 22 (citado en *Ep.* II, 7, 1 y la nota 80).

gico recordar que, siendo Dios, fue creado hombre. [C] En efecto, es propio de los hombres ser creados, como también tener hambre y las cosas semejantes mencionadas anteriormente.

Interpretación exacta de Marcos 13, 32

9. 1. Hay también otro texto que está correctamente expresado, pero erróneamente comprendido por ellos. Me refiero al texto: *Acerca de aquel día y de aquella hora nadie lo conoce, ni los ángeles, ni el Hijo*[108]. Su significado es claro, pero ellos piensan que diciendo: *ni el Hijo,* al no saber muestra que es una criatura. Pero no es así. ¡En absoluto!

2. Y como al decir *me creó,* [624A] lo dijo en cuanto hombre, así al decir *ni el Hijo,* lo dijo en cuanto hombre. Y el motivo de haber hablado así es razonable. Puesto que se hizo hombre, según está escrito[109], es propio de los hombres ignorar, como también tener hambre y lo demás (pues los hombres no saben, si no escuchan y aprenden), por esto muestra también la ignorancia[110] de los hombres, puesto que se hizo hombre. En primer lugar, para mostrar que tiene un cuerpo verdaderamente humano; en segundo lugar, teniendo en su cuerpo la ignorancia de los hombres, para presentar al Padre una humanidad perfecta y santa, después de haberla liberado y purificado.

108. Mc 13, 32. Atanasio analiza ampliamente este pasaje en *Contra los Arrianos,* III, 42-50: PG 26, 411A-429A.

109. Cf. Jn 1, 14.

110. La ignorancia de Cristo expresa la verdad real, completa y no aparente de su humanidad. Cf. ATANASIO, *Contra los Arrianos,* III, 42-46: PG 26, 411A-421B comentando el texto de Mc 13, 32.

3. ¿Qué pretexto encontrarán todavía los arrianos? ¿Qué más se inventarán y gritarán? Se les ha hecho ver que no han comprendido el texto: *El Señor me creó para sus obras*[111]. [B] Y hemos demostrado que no han entendido el texto: *En cuanto a aquel día nadie lo conoce, ni los ángeles, ni el Hijo*[112]. Y como cuando dice *me creó,* indica su humanidad, porque se hizo y fue creado hombre, así cuando dice: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[113]; y: *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*[114]; y: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*[115], indica su eternidad y su consustancialidad con el Padre.

4. Así al decir que *nadie lo sabe, ni siquiera el Hijo,* habla de nuevo como hombre, porque propio de los hombres es ignorar. Pero al decir *nadie conoce al Padre sino el Hijo, y nadie conoce al Hijo sino el Padre*[116], mucho más conoce las criaturas.

5. Por eso, en el evangelio de Juan los discípulos decían al Señor: *Ahora sabemos que lo sabes todo*[117]. Es claro, pues, que no hay nada que Él ignore, puesto que es el Verbo por medio del cual todo fue hecho[118]. Y siendo parte de este todo, también «aquel día» será hecho «por medio de Él», aunque los arrianos mil veces revienten por su ignorancia.

111. Pr 8, 22.
112. Mc 13, 32.
113. Jn 10, 30.
114. Jn 14, 9.
115. Jn 14, 10.
116. Mt 11, 27.
117. Jn 16, 30.
118. Cf. Jn 1, 3. «Por medio del Verbo fueron hechas todas las cosas: los tiempos, los momentos, la noche, el día y toda la creación, ¿se dirá, por tanto, que el creador no conoce lo que ha creado?» (*Contra los Arrianos*, III, 42).

EPÍSTOLA III

SEGUNDA PARTE

Breve refutación de los que niegan la divinidad del Espíritu Santo

Conexión con la primera parte

1. 1. Probablemente te maravillarás de que habiéndoseme pedido que resumiera[1] la carta escrita sobre el Espíritu Santo, [625A] y que la explicara brevemente, ves que he dejado a un lado el tema propuesto, y que escribo contra los que blasfeman contra el Hijo de Dios, diciendo que es una criatura. Pero estoy completamente seguro de que no me lo reprocharás, cuando conozcas el motivo; más aún tu Reverencia lo aprobará, viendo que es razonable.

El Espíritu se relaciona con el Hijo, como el Hijo con el Padre

2. En efecto, el mismo Señor dijo: *El Paráclito no hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oiga, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará*[2], e insuflan-

1. Es ahora cuando va a resumir la *Ep.* I.

2. Jn 16, 13-14.

do[3] sobre sus discípulos, se lo dio a partir de sí mismo[4], y es así como el Padre mismo lo derramó sobre toda carne[5], según está escrito. Y por esto, con razón te he hablado y escrito antes sobre el Hijo de Dios, de modo que del conocimiento del Hijo podamos rectamente tener también el conocimiento del Espíritu[6]. [B] En efecto, nos vamos a encontrar con que el Espíritu tiene respecto al Hijo idéntica relación a la que hemos visto que el Hijo tiene respecto al Padre[7].

3. Y como el Hijo dice: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[8], así encontraremos que todas esas cosas también están por medio del Hijo en el Espíritu. Y como el Padre mostró al Hijo diciendo: *Éste es mi Hijo, el predilecto, en el que me he complacido*[9], de la misma manera, el Espíritu es del Hijo, como dice el Apóstol: *Envió al Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, y clama: ¡Abbá, Padre!*[10].

4. Y lo admirable es que como el Hijo dice: *Lo que es mío es del Padre*[11], así el Espíritu Santo, que se dice pertenecer al Hijo, es del Padre. El Hijo mismo dice: *Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede de junto al Padre, Él dará testimonio de mí*[12]. [C] Y Pablo escribe: *Nadie co-*

3. Cf Jn 20, 22. Cf. *Ep.* IV, 2, 2; 3, 8; G. GIULIANI, *o. c.*, págs. 177-180.

4. Cf. *Ep.* I, 20, 7.

5. Cf. Jl 3, 1; Hch 2, 17.

6. Cf. *Ep.* I, 2, 5.

7. Cf. *Ep.* I, 2, 2; 21, 1; III, 1, 5. La propiedad o las características propias del Hijo en relación al Padre, las tiene el Espíritu en relación al Hijo. Propiedad *idiótês* es concepto central en la teología trinitaria de Atanasio y es el equivalente del *homooúsios* niceno, cf. CH. HAURET, *o. c.*, passim; A. LAMINSKI, *o. c.*, págs. 139-140.

8. Jn 16, 15.

9. Mt 3, 17.

10. Ga 4, 6.

11. Cf. Jn 17, 10.

12. Jn 15, 26.

noce lo del hombre, sino el espíritu del hombre que habita en él. Así también lo de Dios nadie lo conoce, sino el Espíritu de Dios que hay en él. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que podamos conocer los dones que Dios nos ha dado[13]. Y en toda la Sagrada Escritura encontrarás que el Espíritu Santo que se dice del Hijo, el mismo se dice ser de Dios. También eso lo hemos escrito en lo anterior[14].

5. Por tanto, si el Hijo por su cualidad propia en relación al Padre y por ser vástago propio de su sustancia [628A] no es una criatura, sino consustancial al Padre, así tampoco el Espíritu Santo puede ser una criatura –el que lo diga es un impío– por su cualidad propia en relación al Hijo y porque de Él es dado a todos, y porque lo que tiene es del Hijo.

Otros argumentos

2. 1. Todo esto sería suficiente para persuadir a cualquier obstinado a no llamar más criatura de Dios al que está en Dios y escruta las profundidades de Dios[15] y es dado desde el Padre por medio del Hijo; para no verse obligado también a llamar criatura al Hijo que es el Verbo, la Sabiduría, la Impronta y el Esplendor, viendo al cual uno ve al Padre[16]. Por lo demás, oiría: *El que niega al Hijo, no tiene tampoco al Padre*[17]. En efecto, ese tal dirá enseguida, como el necio: *No hay Dios*[18].

13. 1 Co 2, 11-12.
14. Cf. *Ep.* I, 21, 1-3.
15. Cf. 1 Co 2, 10; cf. *Ep.* I, 15, 3.
16. Cf. Jn 14, 9.
17. 1 Jn 2, 23.
18. Sal 13, 1.

2. Y para demostrar con más razones una mejor refutación contra los impíos, [B] a partir de los argumentos con que se demuestra que el Hijo no es una criatura, de esos mismos se demuestra que tampoco el Espíritu es una criatura.

El Espíritu tiene su origen en Dios

3. Las criaturas vienen de la nada y tienen un comienzo de existencia. En efecto, *en el principio hizo Dios el cielo y la tierra*[19] y todo lo que hay en ellos. Pero el Espíritu Santo viene de Dios y así es llamado, como dijo el Apóstol[20]. Y si el Hijo, puesto que no viene de la nada, sino de Dios, justamente no puede ser una criatura, necesariamente tampoco el Espíritu Santo es una criatura, puesto que confesamos que viene de Dios, mientras que las criaturas vienen de la nada[21].

El Espíritu es unción y sello

3. 1. Además, el Espíritu se llama y es unción[22] y sello. Escribe Juan: *Y la unción que habéis recibido de Él, permanece en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, sino que su unción, su Espíritu, os lo enseña todo*[23]. Y en el profeta Isaías está escrito: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido*[24]. Y Pablo escribe: *En el cual, al creer, habéis sido sellados*[25].

19. Gn 1, 1.
20. Cf. 1 Co 2, 12.
21. Cf. *Ep.* I, 22, 1-2.
22. Texto paralelo a *Ep.* I, 23, 4.
23. 1 Jn 2, 27.
24. Is 61, 1.
25. Ef 1, 13.

Y también: *No entristezcáis al Espíritu Santo, en el que habéis sido sellados para el día de la redención*[26].

2. Ahora bien, las criaturas son ungidas y selladas en Él. Y si las criaturas son ungidas y selladas en Él, el Espíritu no puede ser una criatura. En efecto, no hay similitud entre el que unge y los ungidos. Esta unción es el soplo del Hijo, con lo que el que tiene al Espíritu puede decir: *Somos perfume de Cristo*[27]. [629A] Y el sello imprime (la imagen) del Hijo, de modo que el que es sellado tiene la forma de Cristo, como dice el Apóstol: *Hijitos míos, por los que de nuevo siento dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros*[28].

3. Y si el Espíritu es el perfume[29] y la forma del Hijo, es evidente que el Espíritu no puede ser una criatura, puesto que el Hijo, por existir en la forma del Padre[30], no es una criatura. Y porque como el que ve al Hijo ve al Padre[31], así el que tiene al Espíritu Santo tiene al Hijo y teniéndolo es templo de Dios, como escribe Pablo: *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?*[32]. Y Juan dice: *En esto conocemos que permanecemos en Dios y Él en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu*[33].

4. Y si se confiesa que el Hijo que está en el Padre, en el cual también está el Padre, no es una criatura, [B] es absolutamente necesario que tampoco el Espíritu sea

26. Ef 4, 30.
27. 2 Co 2, 15.
28. Ga 4, 19. Cf. *Ep.* I, 23, 6.
29. El Espíritu es el perfume o aroma del Hijo, cf. AMBROSIO DE MILÁN, *El Espíritu Santo,* I, 9, 100s.; GREGORIO DE ELVIRA, *Epitalamio*, I, 13.
30. Cf. Flp 2, 6.
31. Cf. Jn 14, 9.
32. 1 Co 3, 16. Cf *Ep.* I, 24, 1.
33. 1 Jn 4, 13.

una criatura, porque en Él está el Hijo y Él en el Hijo. Por eso el que recibe al Espíritu, recibe el nombre de templo de Dios.

El Espíritu es único

5. Además es conveniente ver lo siguiente: si el Hijo es el Verbo de Dios, es único como el Padre. Porque *hay un solo Dios, del que proviene todo, y un solo Señor, Jesucristo*[34]. Por eso es llamado Hijo unigénito y así está escrito[35]. Las criaturas, por el contrario, son muchas y diversas: ángeles, arcángeles, querubines, principados, potestades y los demás, como está dicho[36]. Y si el Hijo no es criatura, porque no está entre los muchos, sino que es único, como el Padre es único, consiguientemente, ya que el conocimiento[37] del Espíritu hay que tomarlo del Hijo, tampoco el Espíritu puede ser una criatura, porque tampoco Él está entre los muchos, sino que también Él es único.

4. 1. Y esto lo sabía el Apóstol, que dice: *Todo esto lo opera el único y mismo Espíritu, distribuyendo en particular a cada uno como quiere*[38]. Y poco después: *Nosotros hemos sido bautizados en el único Espíritu y todos hemos bebido del único Espíritu*[39].

34. 1 Co 8, 6.

35. Cf. Jn 1, 14.18; 3, 16.18; 1 Jn 4, 9. Unigénito, atendiendo particularmente a que es uno solo, en contraposición a las criaturas que son muchas. De esta unicidad se deduce que el Hijo no es criatura. Argumento paralelo se aplica a continuación al Espíritu para concluir que no es criatura.

36. Cf. *Ep.* I, 27, 3.

37. Cf. *Ep.* I, 2, 5; III, 1, 2; 4, 2.

38. 1 Co 12, 11. Cf. *Ep.* I, 6, 8.

39. 1 Co 12, 13. Cf. *Ep.* I, 19, 5.

El Espíritu está omnipresente

2. Y de nuevo, puesto que el conocimiento[40] del Espíritu hay que tomarlo del Hijo, es conveniente que también se tomen de Él las demostraciones. Así pues, el Hijo está en todas partes, al estar en el Padre y estando el Padre en Él. Lo puede y lo abarca todo, y está escrito que *todo subsiste en Él, lo visible y lo invisible y Él es anterior a todo*[41]. Las criaturas, por el contrario, están en lugares separados[42]: el sol, la luna y los otros cuerpos celestes luminosos en el firmamento, los ángeles en el cielo y los hombres en la [632A] tierra.

3. Y si el Hijo se halla en todas partes, pues no está en lugares separados, sino en el Padre, y no es una criatura, pues está fuera del conjunto de todas las cosas, se sigue que tampoco el Espíritu puede ser una criatura, ya que no está en lugares diversos, sino que lo llena todo[43] y está fuera del conjunto de todas las cosas. Así está escrito: *El Espíritu del Señor ha llenado la tierra*[44]. Y David canta: *¿A dónde iré lejos de tu Espíritu?*[45], como no estando el Espíritu en un lugar, sino fuera de todas las

40. Cf. *Ep.* I, 2, 5; III, 1, 2; 3, 5.

41. Col 1, 16-17.

42. Cf. *Ep.* I, 26, 5.

43. «*El Espíritu del Señor llena el mundo* (Sb 1, 7), y *¿Adónde iré, lejos de tu Espíritu, y adónde iré, lejos de tu rostro?* (Sal 138, 7). Y el profeta: *Porque yo estoy con vosotros, dice el Señor, y mi Espíritu está en medio de vosotros* (Ag 2, 4-5). Ahora bien, el que está en todas partes y está junto con Dios, ¿de qué naturaleza conviene creerlo? ¿De la naturaleza que todo lo abarca, o de la que está contenida en parcelas locales, cual la de los ángeles, según demostró lo tratado? Pero esto no lo diría nadie» (BASILIO DE CESAREA, *El Espíritu Santo*, 23, 54: BPa 32, pág. 201).

44. Sb 1, 7.

45. Sal 138, 7.

cosas, ya que está en el Hijo, al igual que el Hijo está en el Padre. Por esto, Él no es una criatura, como ha sido demostrado[46].

El Espíritu es creador

4. A todo esto se añade algo con lo que se podrá condenar todavía más la herejía arriana, y de nuevo se hará más patente el conocimiento[47] del Espíritu a partir del Hijo. El Hijo es creador como lo es el Padre. [B] De hecho, dice: *Lo que veo hacer al Padre, también yo lo hago*[48]. Y *todo fue hecho por medio de Él y sin Él no se hizo nada*[49].

5. Si el Hijo no es una criatura, pues es creador como lo es el Padre; y si porque todo fue creado por medio de Él, no pertenece a los seres creados, es claro que tampoco el Espíritu es una criatura, puesto que de Él está escrito en el salmo ciento tres: *Les retirarás su espíritu y expiran y retornan a su polvo. Les enviarás tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra*[50].

5. 1. Estando, pues, escrito de este modo, es claro que el Espíritu no es una criatura, sino que está entre los que crean. El Padre lo crea todo por medio del Verbo en el Espíritu[51], puesto que donde está el Verbo, allí también está el Espíritu. [C] Y lo creado por medio del Verbo tiene el poder existir del Espíritu que viene del Verbo. Así está escrito en el salmo ciento treinta y dos:

46. Cf. *Ep.* I, 9, 5-6; 24, 4-5.
47. Cf. *Ep.* I, 2, 5; III, 1, 2; 3, 5; 4, 2.
48. Jn 5, 19.
49. Jn 1, 3.
50. Sal 103, 29-30.
51. Cf. *Ep.* I, 9, 6; 28, 2; 31, 2.

Con el Verbo del Señor fueron consolidados los cielos y con el Espíritu de su boca toda su potencia[52].

El Espíritu es inseparable del Hijo

2. Ciertamente el Espíritu es inseparable[53] del Hijo de modo que no se puede dudar por lo que hemos dicho. En efecto, cuando el Verbo se dirigía al profeta, el profeta hablaba en el Espíritu lo que venía del Verbo. Y así está escrito en los Hechos, cuando Pedro dice: *Hermanos, era conveniente que se cumpliera la Escritura, que predijo el Espíritu Santo*[54]. Y en Zacarías, cuando el Verbo se dirige a Él, se escribe: *Recibid mis palabras y mis leyes, todo lo que prescribo con mi Espíritu a los profetas*[55]. Y poco después, acusando al pueblo, [633A] decía: *Han endurecido su corazón para no obedecer mi ley y las palabras que les envió el Señor todopoderoso por su Espíritu, por mano de sus profetas de antaño*[56].

3. Y cuando Cristo hablaba en Pablo, como él mismo dijo: *¿Es que buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?*[57] no menos tenía el Espíritu que le concedía hablar. De hecho, escribe así: *Según la ayuda del Espíritu de Jesucristo en mí*[58]. Y de nuevo, cuando Cristo hablaba en él, decía: *Sólo que el Espíritu Santo en cada ciudad me testifica diciéndome que me aguardan cadenas y tribulaciones*[59].

52. Sal 32, 6. Cf. las referencias al mismo salmo en *Ep.* I, 31, 3; II, 8, 2; IV, 3, 8.
53. Cf. *Ep.* I, 31, 3.
54. Hch 1, 16.
55. Za 1, 6.
56. Za 7, 12.
57. 2 Co 13, 3. *Ep.* I, 31, 7.
58. Flp 1, 19. *Ep.* I, 31, 7.
59. Hch 20, 33.

La gracia dada por la Trinidad

4. El Espíritu, pues, no está fuera del Verbo, sino que, estando en el Verbo, por medio del Verbo está en Dios[60], de modo que los carismas se dan en la Trinidad. En su distribución, como (Pablo) escribe a los corintios[61], es el mismo Espíritu y el mismo Señor y el mismo Dios el que opera todo en todos. En efecto, el Padre mismo por medio del Verbo en el Espíritu opera y da todas las cosas.

6. 1. Sin duda que rezando por los corintios oraba en la Trinidad, diciendo: *La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros*[62]. En efecto, participando del Espíritu tenemos la gracia del Verbo y en Él el amor del Padre[63]. Como es única la gracia de la Trinidad, así es indivisible la Trinidad.

2. Esto se puede ver también en la misma Santa María[64]. El ángel Gabriel, enviado para anunciarle el próximo descenso del Verbo sobre ella, había dicho: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti,* sabiendo que en el Verbo estaba el Espíritu, enseguida añadió: *Y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*[65], pues *Cristo es la potencia de Dios y la sabiduría de Dios*[66].

60. Nótese cómo según este pasaje la in-existencia del Espíritu en Dios Padre se lleva a cabo mediante el Verbo. Esto parece suponer la procedencia del Espíritu *per Filium.*

61. Cf. 1 Co 12, 4-6.
62. 2 Co 13, 13.
63. Cf. *Ep.* I, 30, 8.
64. Cf. *Ep.* I, 31, 9.
65. Lc 1, 35.
66. 1 Co 1, 24.

La fe de la Iglesia católica

3. Y estando el Espíritu en el Verbo, debiera estar claro que el Espíritu por medio del Verbo estaba en Dios. Y de igual modo, viniendo el Espíritu a nosotros, vendrán el Hijo y el Padre, y harán morada en nosotros[67]. Porque la Trinidad es indivisible y su divinidad es única, y hay un solo Dios *sobre todo, por todo y en todo*[68]. Esta es la fe de la Iglesia católica[69], pues el Señor la fundó y la hizo echar raíces en la Trinidad , habiendo dicho a los discípulos: *Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[70].

4. Si el Espíritu fuera una criatura, no estaría unido al Padre, para no hacer [635A] a la Trinidad desemejante en sí misma, al estar unido a ella algo extraño y ajeno. ¿Es que faltaba algo a Dios, para que se le añadiera una sustancia extraña y que fuera adorado junto con ella? ¡En absoluto! ¡No es así! El dijo: *Estoy lleno*[71]. Por eso el mismo Señor lo añadió al nombre del Padre, para mostrar que la Santa Trinidad no consta de cosas diversas, es decir, de Creador y de criatura, sino que su divinidad es única.

5. Habiendo aprendido esto, Pablo enseñaba que era única la gracia dada en ella: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo*[72]. Y como hay un solo bautismo, así también hay una sola fe, pues el que cree en el Padre, conoce en el Padre al Hijo y al Espíritu, que no está

67. Cf. Jn 14, 23. Cf. *Ep.* I, 30, 7; IV, 4, 1.
68. Ef 4, 6.
69. Cf. *Ep.* I, 28, 4.
70. Mt 28, 19.
71. Is 1, 11.
72. Ef 4, 5.

fuera del Hijo. Y por eso cree también en el Hijo y en el Espíritu Santo, [B] puesto que es única la divinidad de la Trinidad, que es conocida a partir del único Padre[73].

La Trinidad es eterna

7. 1. Éste es, pues, el rasgo distintivo de la fe católica[74]. Los que blasfeman contra el Espíritu y dicen que es una criatura, si no cambian de parecer por lo que hemos dicho, que, al menos, se sonrojen de vergüenza por lo que diremos.

2. Si hay una Trinidad y la fe es en la Trinidad, que digan si la Trinidad existe siempre o si hubo un tiempo en que no existía la Trinidad. Si, pues, la Trinidad es eterna, el Espíritu no es una criatura, estando eternamente[75] con el Verbo y existiendo en Él. Respecto a las criaturas, sí hubo un tiempo en que no existían. Pero si Él es una criatura y las criaturas vienen de la nada, es claro que hubo un tiempo que no existía una Trinidad, sino una díada[76]. ¿Y qué cosa más impía se podría decir?

3. Dicen que la Trinidad se ha constituido por transformación y aumento, que era una díada y que esperaba la producción de una criatura [C] para que se uniera con el Padre y con el Hijo y se hiciera la Trinidad[77]. ¡No quiera Dios que semejante idea se le pase nunca por la cabeza a los cristianos!

73. Cf. *Ep.* IV, 6, 7.

74. Cf. *Ep.* I, 28, 1; 32, 1.

75. Forma indirecta de afirmar que el Espíritu es eterno, cf. J. LEBON, *o. c.*, pág. 63, nota 2.

76. Cf. *Ep.* I, 2, 4; 17, 1; 28, 2; 30, 3.

77. El colorido de este texto es valentiniano. Cf. *Ep.* I, 10, 6.

4. En efecto, como el Hijo, existiendo siempre, no es una criatura, así al existir siempre la Trinidad, no hay en ella ninguna criatura, por lo cual el Espíritu no es criatura. Como existía siempre, así existe también ahora; y como ahora existe, así existía siempre y existe la Trinidad, y en ella el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. *Y hay un solo Dios, el Padre, que está sobre todo, por todo y en todo*[78], *el cual es bendito por los siglos. Amén*[79].

Epílogo

5. Yo, pues, como me indicaste, te he enviado lo que he escrito brevemente. Como inteligente que eres, si falta alguna cosa, te ruego que tú la completes. Léelo a *los hermanos en la fe*[80]. Y a los que gustan de disputar y blasfemar, refútalos. Quizás, aunque tarde, un día lleguen a convertirse y limpien de su alma [D] la malevolencia que hay en ellos.

6. Sería bueno que, según está escrito, se convirtieran y que no se retardaran[81], para no oír, si persisten en el error, lo dicho por el Señor: [637A] *Al que haya dicho algo contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro*[82].

78. Ef 4, 6.
79. Rm 1, 25; 9, 5.
80. Gal 6, 10.
81. Cf. Pr 9, 18a (LXX).
82. Mt 12, 32. Cf. *Ep.* I, 3, 1; 33, 6; III, 7, 6; IV, 8-23.

EPÍSTOLA IV

Obstinación de los herejes

1. 1. He leído ahora la carta enviada por tu Piedad y de nuevo me he admirado de la imprudencia de los herejes, me he dado cuenta de que nada se les adapta tanto como el mandamiento del Apóstol: *Al hereje, después de una primera y una segunda amonestación, evítalo, sabiendo que tal sujeto está pervertido y peca,* [B] *condenándose a sí mismo*[1].

2. En efecto, teniendo la mente pervertida, si pregunta no es para someterse después de haber oído, ni para enmendarse después de aprender, sino por razón de aquellos a los que ha engañado, porque si guarda silencio, sería condenado incluso por ellos.

3. Era suficiente con lo ya dicho; era suficiente con los argumentos formulados contra ellos para que dejaran de blasfemar contra el Espíritu Santo. Pero no les ha bas-

1. Tt 3, 10-11. Atanasio había aludido al precepto del Apóstol en *Ep.* I, 15, 3 con referencia expresa a una primera amonestación dirigida a los nuevos herejes. La cita directa en la presente *Ep.* IV, parece suponer que Atanasio ha intervenido ya dos veces, cf. J. LEBON, *o. c.*, pág. 43, nota 3; E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 135.

tado. De nuevo se comportan imprudentemente mostrando que, como expertos en el arte de la disputa y además adversarios[2] del Espíritu, pronto estarán muertos a causa de su demencia. Sin duda, que si uno respondiera a sus nuevas preguntas, no menos serían inventores de males, sólo buscando sin encontrar y oyendo sin comprender.

4. ¿Cuáles son sus sabias preguntas? «Si el Espíritu Santo no es una criatura, en ese caso –dicen– es hijo [C] y habrá dos hermanos, el Verbo y Él»[3]. Enseguida añaden, según escribes: «Si el Espíritu *tomará*[4] del Hijo y es dado por Él[5]», en efecto, así está escrito, rápidamente concluyen: «Por tanto, el Padre es abuelo y el Espíritu es su nieto»[6].

Cómo responder a los herejes

2. 1. ¿Quién oyendo esto los considerará cristianos y no más bien griegos[7]? En efecto, los griegos hablan entre sí tales cosas contra nosotros. ¿Quién querrá responder a locura tan grande de esta gente? En realidad, después de haber reflexionado mucho y habiendo buscado una respuesta que se les acomodara, no he encontrado otra que la que se les dirigió a los fariseos. Pues como a ellos, que formulaban preguntas con malicia, el Salvador les replicó con otra pregunta para que de este modo se percataran de

2. *Pneumatomakhoûntes,* cf. también *Ep.* I, 32, 3.

3. Curiosamente tenemos aquí un pronombre masculino *autós* como referencia a *Pneûma* que es neutro.

4. Cf. Jn 16, 14.

5. Cf. Jn 16, 7.

6. Atanasio ya se refirió a esta problemática de los trópicos en *Ep.* I, 15, 2, pero ahora se plantea directamente la cuestión del origen o procesión del Espíritu y Atanasio no entra en este tema, cf. A. LAMINSKI, *o. c.,* pág. 95.

7. "Griegos" como opuestos a los cristianos.

la propia malicia. Y como éstos plantean tales cuestiones, que nos digan [D] o mejor que respondan interrogados del modo como ellos interrogan. Puesto que cuando las dicen no entienden sus propias invenciones, quizá al escucharlas se darán cuenta de su locura [640A].

2. Si como se ha demostrado anteriormente[8], el Espíritu Santo no es una criatura, sino que está en Dios y es dado a partir de Dios, ¿entonces Él es también un hijo y hay dos hermanos, Él y el Hijo? Y si Él es el Espíritu del Hijo, y el Espíritu lo recibe todo del Hijo, como Él mismo lo dijo, y si *insuflando lo dio a los discípulos*[9], cosa que también vosotros confesáis, ¿entonces el Padre es abuelo y el Espíritu es su nieto?

3. Lo que nos pedís con vuestras preguntas, es justo que también se os plantee a vosotros. Si, pues, negáis las Escrituras, ya no se os puede considerar cristianos y, en ese caso, es justo que nos planteéis cuestiones a nosotros los cristianos[10]. Si leéis las mismas Escrituras que nosotros,

8. Se refiere a las *Epístolas* anteriores. Notemos que ahora es Atanasio el que objeta a los trópicos las mismas tesis que estos habían formulado para que capten lo insensato de sus formulaciones.

9. Jn 20, 22.

10. Cf. *De Decretis Nicaenae Synodi*, 15: PG 25, 442AB: «Ahora tomamos nosotros la iniciativa y les pedimos que ellos respondan. Dado que carecen de argumentos, es el momento oportuno para interrogarlos: quizá así los necios se sonrojen al ver en dónde han caído. ... Ahora bien, si niegan las Escrituras, no pueden continuar llamándose cristianos, sino que todos los llamarán ateos y enemigos de Cristo. Ese es el nombre que ellos mismos se han dado. Si, por el contrario, reconocen con nosotros que las palabras de la Escritura están inspiradas, que se atrevan a decir claramente lo que piensan a escondidas, a saber, que hubo un tiempo en que Dios carecía del Verbo y de la Sabiduría, y que digan en su locura: "Hubo un tiempo en el que no existía, y antes de ser engendrado, Cristo no existía"».

es necesario que también se os planteen por parte nuestra las mismas cuestiones.

4. Así pues, decid, sin demora, si el Espíritu es hijo y el Padre abuelo [B]. Acaso echando cuentas como hicieron los fariseos[11] de antaño, os diréis a vosotros mismos: «Si decimos que es hijo, oiremos que se nos dice: "¿Dónde está escrito?" y si decimos: "No es hijo", tememos que nos digan: "¿Cómo es que está escrito: *Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios*[12]?"».

5. Si luchando contra vosotros mismos decís: «No lo sabemos», es necesario que aquel al que formuláis tales preguntas calle, confiando en el que dice: *No respondas al necio con su necedad, para que no te hagas semejante a él, sino responde al necio por su necedad, para que no se considere a sí mismo sabio*[13]. Pero la respuesta que mejor se adapta es el silencio, para que descubráis vuestra ignorancia.

El Verbo de Dios es único

3. 1. [C] Es, pues, justo que de nuevo se os formulen preguntas desde vuestras mismas teorías. «Puesto que los profetas hablan en el Espíritu de Dios y en Isaías[14] profetiza el Espíritu Santo, como ha quedado probado en lo anterior, en consecuencia también el Espíritu es Verbo de Dios y hay dos Verbos, el Espíritu y el Hijo. En efecto, los profetas profetizaban cuando el Verbo de Dios se dirigía a ellos»[15].

2. Y todavía una cuestión más. «Puesto que todo se hizo por medio del Verbo y sin Él no se hizo nada[16] y

11. Cf. Mc 11, 31.
12. 1 Co 2, 12.
13. Pr 26, 4-5.
14. Cf. Hch 28, 25.
15. Cf. *Ep.* I, 31, 4; III, 5, 2.
16. Cf. Jn 1, 3.

Dios cimentó la tierra con sabiduría[17] *y todo lo hizo con sabiduría*[18], y, por otra parte, dice la Escritura, tal como queda mostrado anteriormente[19], *envías tu Espíritu y serán creados*[20], entonces o el Espíritu es el Verbo o Dios lo ha hecho todo por medio de dos, mediante la Sabiduría y mediante el Espíritu. ¿Cómo es que Pablo [D] dice *un solo Dios del cual provienen todas las cosas y un solo Señor por medio del cual existe todo*[21]?».

El Padre no es abuelo

3. Y de nuevo: «Puesto que el Hijo es imagen del Padre [641A] invisible[22], y el Espíritu es imagen[23] del Hijo, porque está escrito: *A los que de antemano conoció, los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo*[24], en consecuencia y según esto, el Padre es abuelo».

4. «Y puesto que el Hijo vino en el nombre del Padre y el Hijo dice: *El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre*[25], también así resulta que el Padre es abuelo».

Seguir las Escrituras

5. ¿Qué respondéis a esto, vosotros que decís todas estas cosas tan fácilmente? ¿Qué estáis pensando en vuestro interior? ¿O es que viendo que estáis perplejos, censuraréis preguntas como estas?; pero antes acusaos a vo-

17. Pr 3, 19.
18. Sal 103, 24.
19. Cf. *Ep.* III, 4.
20. Sal 103, 30. Cf. *Ep.* I, 24, 4; III, 4, 5.
21. 1 Co 8, 6.
22. Cf. Col 1, 15.
23. Cf *Ep.* I, 24, 6.
24. Rm 8, 29.
25. Jn 14, 26.

sotros mismos, que soléis plantear tales cuestiones, obedeced las Escrituras y, ya que la perplejidad no os deja hablar, aprended de una vez:

6. En las Escrituras, al Espíritu no se le dio el nombre de hijo, sino el de Espíritu Santo y Espíritu de Dios. Como no se llamó hijo al Espíritu, de igual modo tampoco se escribe acerca del Hijo que Él sea el Espíritu Santo. [B] ¿Acaso porque no se dio el nombre de hijo al Espíritu ni porque el Espíritu no sea hijo[26], está la fe en desacuerdo con la verdad? ¡No lo quiera Dios!

El Hijo y el Espíritu son distintos en la única divinidad

7. Sino que cada uno de los términos indicados tiene su propia interpretación. Así, el Hijo es vástago propio de la esencia y de la naturaleza del Padre, y esto es lo que implica su nombre. Y el Espíritu que es llamado *de Dios* y que está en Él, no es extraño a la naturaleza del Hijo, ni a la divinidad del Padre. Por eso en la Trinidad, en el Padre y en el Hijo y en el mismo Espíritu, hay una única divinidad, y en esta Trinidad hay un solo bautismo y una sola fe.

8. Así, cuando el Padre envía al Espíritu, el Hijo lo da a los discípulos al insuflar[27] sobre ellos, puesto que todo lo que el Padre tiene, es del Hijo[28]. Y cuando el

26. He interpretado "hijo" como predicado, pues no tiene artículo. Tiene sentido el texto: el Espíritu ni se llama ni es hijo. Así también J. LIPPL, *Vier Briefe an Serapion Bischof von Thmuis*, p. 474; J. LEBON, *o. c.*, pág. 179. Por su parte C. R. SHAPLAND, *o. c.*, pág. 183 y nota 13, y E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 139 traducen: ni el Hijo es el Espíritu.

27. Cf. Jn 20, 22.

28. «Puesto que... del Hijo» se omite en la traducción de L. JAMMARRONE, *o. c.*, pág. 178.

Verbo se hacía presente en los profetas, éstos profetizaban por medio del Espíritu [C], como está escrito y ha sido mostrado[29]. *Los cielos se cimentaron por medio del Verbo de Dios, y toda su potencia por medio del Espíritu de su boca*[30].

El Espíritu es propio de Dios

4. 1. Así que el Espíritu no es una criatura, sino propio de la sustancia del Verbo, y propio también de Dios, ya que se dice que está en Él. No hay que temer repetir una y otra vez las mismas cosas. Y aunque el Espíritu no recibió el nombre de hijo, con todo no está fuera del Hijo. En efecto, ha sido llamado Espíritu de filiación adoptiva[31]. Y puesto que Cristo es potencia de Dios y sabiduría de Dios[32], consiguientemente se dice del Espíritu que *Él es Espíritu de sabiduría y Espíritu de fortaleza*[33]. Cuando participamos del Espíritu, tenemos al Hijo y teniendo al Hijo, tenemos al Espíritu que grita en nuestros corazones: *Abbá, Padre*, como dijo Pablo[34].

No pretender escrutar lo inescrutable

2. [D] Si está escrito que el Espíritu es de Dios y que está en Él: *Nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios que está en Él*[35]; y el Hijo dijo: *Yo estoy en*

29. Cf. *Ep.* III, 5, 2-3.
30. Sal 32, 6. Atanasio cita este texto en *Ep.* I, 31, 3; II, 8, 2; III, 5, 1. Es texto que fundamenta la acción creadora del Espíritu.
31. Cf. Rm 8, 15.
32. Cf. 1 Co 1, 24.
33. Is 11, 2.
34. Gal 4, 6. Cf. *Ep.* I, 30, 7.
35. 1 Co 2, 11.

el Padre y el Padre está en mí[36], ¿por qué el mismo nombre no se le da a uno y a otro [644A], sino que uno recibe el nombre de Hijo y el otro el de Espíritu? Si uno preguntara de este modo, ese tal estaría loco al investigar lo inescrutable y desoír al Apóstol que dice: *¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?*[37].

3. Por otra parte, a lo que Dios ha puesto un nombre ¿quién se atreverá a llamarlo de otra manera? En ese caso, que provea incluso para los seres de la creación. Puesto que la creación ha sido hecha con el mismo gesto, que nos digan ¿por qué una cosa es el sol, otra el cielo y la tierra y el mar y el aire? Si a estos insensatos les resulta esto imposible, pues cada cosa permanece tal como fue hecha, cuánto más lo que está por encima de la creación tiene una permanencia eterna y no cambia. Y es así que el Padre es Padre y no abuelo, y el Hijo es Hijo de Dios y no padre del Espíritu, y el Espíritu Santo es Espíritu Santo y no nieto del Padre ni hermano del Hijo.

Creer como nos enseña la Escritura

5. 1. [B] Una vez demostrado esto, sería un necio quien preguntara: «¿El Espíritu es, pues, también hijo?». Y que no vaya a excluirlo de la naturaleza de Dios y de lo que le es propio, por el hecho de que no esté escrito en la Escritura. Sino que, tal como está escrito, crea y no diga: «¿Por qué es de esta manera y no de la otra?». No sea que pensando tales cosas comience a preocuparse y a decir: «¿Dónde, pues, está Dios y cómo es?». Por lo demás oirá: *Dijo el necio en su corazón: No hay Dios*[38].

36. Jn 14, 10.
37. Rm 11, 34.
38. Sal 13, 1.

2. Lo que ha sido confiado a la fe requiere un conocimiento sin rebuscamientos[39]. Así, después de oír: *Bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[40], los discípulos no se metieron en por qué el Hijo está en segundo lugar y el Espíritu en el tercero, o en por qué hay, en una palabra, una Trinidad, [C] sino que tal como escucharon, creyeron, y no como vosotros habéis preguntado: «¿El Espíritu es, pues, hijo?». Y habiendo mencionado el Señor después del Hijo al Espíritu, tampoco preguntaron: «¿El Padre es abuelo?». En efecto, no habían oído «en el nombre del abuelo», sino *en el nombre del Padre.*

3. Y ésta es la fe que ellos con una comprensión recta proclamaron por todas partes. En efecto, no había que decir cosa distinta de lo que había dicho el Salvador, llamándose a sí mismo *Hijo* y al otro *Espíritu Santo,* sin cambiar el orden establecido. Esto vale también en referencia al Padre. Como a Él no está permitido llamarlo de otra manera sino diciendo que Él es Padre, así es impío preguntar si el Hijo es el Espíritu, o si el Espíritu es hijo.

39. Hay que evitar la excesiva curiosidad, cf. IRENEO, *Adv. Haer.*, II, 28, 1: «Si uno pregunta: Antes de crear el mundo ¿qué hacía Dios? Decimos que la respuesta pertenece a Dios. La Escritura nos enseña que este mundo es una obra perfecta de Dios, y que ha comenzado en el tiempo; pero ningún texto de la Escritura nos dice lo que Dios hacía antes. Por tanto, la respuesta pertenece a Dios y no hay que pretender imaginar emanaciones locas, temerarias, blasfemas y, con el orgullo de haber descubierto el origen de la materia, venir a condenar a Dios, autor del universo». Ireneo rechaza la curiosidad: no hay que investigar qué hacía Dios antes de la creación del mundo, ni cómo el Hijo es engendrado por el Padre (II 28, 6), ni cómo creó la materia (II 28, 7), ni aspectos o puntos relativos a los ángeles.

40. Mt 28, 19.

Por esta razón Sabelio[41] fue juzgado extraño a la Iglesia, al atreverse a llamar con el nombre del Padre al Hijo y con el nombre del Hijo al Padre.

4. ¿Es que después de esto, al oír las palabras *Hijo* y *Espíritu* se atreverá [D] alguno a decir: «El Padre es, por tanto, abuelo», o «el Espíritu es, por tanto, Hijo»? Sin duda que se atreverán [645A] los Eunomios[42], los Eu-

41. Hacia el año 220 Sabelio era el máximo exponente de los monarquianos radicales de Roma. El papa Calixto (217-222) lo excomulgó. A partir de la mitad del s. III, fue considerado como el representante principal de la teología monarquiana. Tanto que en el siglo IV se configuró de hecho como la antítesis de Arrio. La afirmación fundamental de los monarquianos es que el Hijo se identifica con el Padre, el cual en la encarnación se había convertido en hijo de sí mismo. Esto se formula diciendo que la misma entidad divina es ahora Padre y en otro momento Hijo. El Hijo es el Padre y viceversa. De aquí el término *hyiopátor (hyiopatêr)*. En Occidente se llama a esta doctrina con el nombre de *patripasianos*: el Padre que se había encarnado era quien había muerto en la cruz. Cf. M. SIMONETTI, "Sabellio e il Sabellianismo", *Studi Storico Religiosi* 4, 1980, 7-28.

42. Eunomio es un arriano radical. Lo refutarán los Padres Capadocios, especialmente Basilio Magno y Gregorio de Nisa. En su *Apología* (PG 30; SC 305), al tratar de Dios, insiste Eunomio en la definición de inengendrado, *agénnêtos,* que para él constituye el carácter propio de la naturaleza divina misma. El Padre, absolutamente trascendente, no puede engendrar ni hacer a otro partícipe de su naturaleza. El *Hijo* no puede tener origen en la esencia paterna, que es inengendrada y eterna. El Hijo es engendrado y creado, *gennêtheìs kaì ktistheís,* para ser ministro de la creación del Padre. Es creado por voluntad del Padre. No es *ab aeterno.* No hay ningún motivo para no definir al Hijo como criatura *ktísma.* El Hijo es *anómoios,* es decir, *desemejante* al Padre. En todo caso sólo puede tener *semejanza* respecto del Padre no según la esencia, sino *según la operación,* es decir, *según la voluntad. Semejante en la operación* significa que es semejante al Dios creador. El Hijo es Dios, aunque a un nivel inferior respecto a la divinidad

doxios[43] y los Eusebios[44], pues una vez que han optado por la herejía arriana, no apartarán sus lenguas de la impiedad. Porque, ¿quién les trasmitió estas preguntas? ¿Quién se las enseñó? Nadie que se basara en las Escrituras divinas, sino que tal demencia sólo pudo salir de la abundancia de sus corazones.

La fe de la Iglesia

6. 1. Si, pues, porque el Espíritu no es criatura –cosa que efectivamente ha sido demostrada–, preguntáis: «¿Es, por tanto, hijo el Espíritu?», llega el momento de que os preguntemos, dado que sabéis que el Hijo no es una criatura, –porque por medio de Él fueron creadas todas las cosas hechas[45]–: «¿Es, por tanto, padre el Hijo?». Y también: «¿El Espíritu es, pues, el Hijo y el Hijo mismo es también el Espíritu Santo?».

2. Pero si esto es lo que piensan, estarán fuera de la Santa Trinidad, y serán considerados ateos, ya que

del Padre, que posee la divinidad perfecta, la *agennêsía.* Diverso del Padre por *hypóstasis* y *ousía* es inferior a Él, aunque tiene las perfecciones del Padre: luz, vida, potencia engendrada. Por lo que se refiere al Espíritu, Eunomio afirma que es una *criatura,* la primera de las criaturas creadas por el Hijo. El Espíritu es tercero por naturaleza y por orden. Es ministro del Hijo en la santificación. R. P. C. HANSON, *The Search for the Christian Doctrine of God. The Arian Controversy 318-381,* págs. 631-633.

43. Eudoxio fue obispo de Germanicia, luego de Antioquía y más tarde de Constantinopla (360-370), siempre fue arriano y sólo, al final de su vida, se distanció de los arrianos radicales, pero manteniéndose filoarriano.

44. Eusebio de Nicomedia, obispo áulico, protector de Arrio y enemigo de Atanasio. Murió el 342.

45. Cf Jn 1, 3.

cambian el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, empleándolo voluntariamente [B] a semejanza de la generación humana, hablando de nietos y abuelos, con lo que renuevan para ellos la genealogía de los griegos.

3. Pero no es ésta la fe de la Iglesia, sino que como dijo el Salvador, es fe en un Padre y en un Hijo y en un Espíritu Santo; en un Padre que no puede ser llamado abuelo, y en un Hijo que no puede ser llamado padre, y en un Espíritu Santo que no puede denominarse más que así. En esta fe no se pueden cambiar alternativamente los nombres, sino que el Padre es siempre Padre y el Hijo es siempre Hijo y el Espíritu Santo es y recibe siempre el nombre de Espíritu Santo.

Dios no es como el hombre

4. Ahora bien, entre los hombres no ocurre esto, aunque los arrianos se imaginan fantasiosamente tales cosas. En efecto, como está escrito: *Dios no es como el hombre*[46], y se podría decir también: «los hombres no son como Dios», porque por lo que a los hombres se refiere, [C] el padre no es siempre padre, ni el hijo es siempre hijo, porque uno llega a ser padre de un hijo y él era hijo de otro, y el hijo, siendo hijo de su padre, se convierte en padre de otro. Así Abrahán, siendo hijo de Najor[47], se convirtió en padre de Isaac, e Isaac, siendo hijo de Abrahán, se convirtió en padre de Jacob. En

46. Nm 23, 19; cf. *Ep.* I, 16, 4.

47. Abrahán era hijo de Téraj según Gn 11, 26 y Jos 24, 2, como Atanasio menciona rectamente en *Ep.* I, 16, 3. Najor era hermano de Abrahán.

efecto, cada uno, siendo parte del que le engendró, es engendrado como hijo, pero se convierte en padre de otro[48].

5. Ahora bien, en la divinidad no ocurre así, ya que Dios no es como el hombre[49]. El Padre no procede de un padre, por eso no engendra al que será padre de otro; ni el Hijo es parte del Padre, por lo que tampoco es vástago para engendrar un hijo.

48. Cf. *Ep.* I, 16, 4-6. Véase cómo se expresa Gregorio Nacianceno: «¿Quién es, por tanto, este Padre que no ha comenzado a ser Padre? Es el que ni siquiera ha empezado a existir: el que ha empezado a existir, ha comenzado también a ser padre. No ha sido Padre en un segundo momento, porque no ha tenido un comienzo; y es Padre en sentido propio, porque no es también Hijo, del mismo modo que el Hijo es tal en sentido propio, porque no es Padre. Pero de nosotros estas cosas no pueden decirse en sentido propio, porque nosotros somos a la vez padre e hijo: no somos, en efecto, más lo uno que lo otro. Y nosotros venimos de dos seres, no de uno solo, de modo que estamos divididos; además, vamos siendo hombres poco a poco; quizá ni siquiera llegamos a ser hombres, sino seres tales como no habríamos querido ser; nosotros abandonamos a nuestros padres y somos abandonados por ellos, y al final sólo quedan relaciones recíprocas carentes de realidad» (GREGORIO NACIANCENO, *Discurso*, 29, 5: BPa 30, pág. 150-151). «El Padre no es ni un nombre de sustancia, ni un nombre de acción, sino un nombre de relación, un nombre que indica la manera en que el Padre está en relación con el Hijo o el Hijo en relación con el Padre. Pues como, entre nosotros, estas denominaciones revelan el lazo de sangre y parentesco, así también allí, designan la igualdad de naturaleza del que ha sido engendrado respecto del que lo ha engendrado» (ID., *Discurso*, 29, 16: BPa 30, pág. 170-171). «El Padre es verdaderamente padre, de un modo mucho más verdadero de lo que lo son nuestros padres, porque Él es únicamente padre: lo es de un modo particular y no como lo son los cuerpos. Es único, porque es sin unión sexual, y es de uno solo, porque lo es del Unigénito, y es únicamente Padre, porque no fue antes Hijo, y es Padre enteramente de todo el Hijo» (ID., *Discurso*, 25, 16: PG 35, 1222B).

49. Cf. Nm 23, 19.

6. De aquí que únicamente en la divinidad el Padre, siendo propiamente también el único Padre, lo es, lo era y lo será siempre. Y el Hijo es propiamente el único Hijo. En ellos se fundamenta [D] que el Padre es y se llama siempre Padre, y el Hijo es y se llama siempre Hijo, y el Espíritu Santo es siempre Espíritu Santo. Y creemos que es de Dios y que es dado de parte del Padre por medio del Hijo.

7. [648A] En efecto, de este modo la santa Trinidad permanece inalterable y reconocida en la única divinidad[50]. Así pues, el que pregunta: «¿El Espíritu es, por tanto, hijo?», fantasea como si el nombre pudiera cambiarse y se autosuministra una locura. Y el que pregunta: «¿El Padre es, por tanto, abuelo?», inventando un nombre al Padre, se equivoca en su corazón.

No bromear con la realidad divina

8. Continuar, pues, respondiendo a la desvergüenza de los herejes no es prudente, porque sería ir contra la exhortación apostólica. Lo correcto es más bien, como recomendaba el Apóstol, aconsejarles.

7. 1. Basta esto para refutar vuestro extravagante lenguaje. No os burléis más de la divinidad, porque es propio de los que se burlan preguntar lo que no está escrito [en las Escrituras] y decir: «¿Así que el Espíritu es hijo y el Padre es abuelo?». Así chancean el que está en Cesarea y el que está en Escitópolis[51]. Basta con que creáis que el

50. Cf. *Ep.* III, 6, 5; ATANASIO, *Epístola a Epicteto*, 9: PG 26, 1065B: *en Triádi mía theótes ginôsketai.*

51. Los dos obispos son Acacio de Cesarea y Patrófilo de Escitópolis. Acacio está al frente de la sede episcopal de Cesarea del 340

Espíritu no es una criatura[52], sino que es Espíritu de Dios y que en Dios hay una Trinidad, que es Padre e Hijo y Espíritu Santo [B].

2. No hay que pronunciar el nombre del Padre sobre el Hijo, ni es lícito decir que el Espíritu es el Hijo, ni que el Hijo es el Espíritu Santo, sino que es como hemos dicho. En esta Trinidad sólo hay una única divinidad, y una sola fe y un solo bautismo[53] dado en ella y una sola iniciación en Jesucristo nuestro Señor. Por medio de Él y en Él se tributan al Padre la gloria y el poder, con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

al 365. Sucesor de Eusebio de Cesarea, hereda de este su oposición al concilio de Nicea y es uno de los obispos orientales de tendencia filoarriana. Su teología acerca de Cristo como Hijo de Dios se expresa diciendo que el Hijo es semejante al Padre según las Escrituras. Esta fórmula se podía interpretar de cualquier modo, simplemente a gusto del consumidor. Acacio llegó a aceptar el "consustancial" del concilio de Nicea por un breve período de tiempo, el 363 en Antioquía bajo el emperador Joviniano, pero enseguida volvió al arrianismo el 364 bajo el emperador Valente. Al iniciarse la controversia sobre el Espíritu Santo, negó su divinidad. Por su parte, Patrófilo de Escitópolis, enemigo declarado de Atanasio, se manifestó ya desde el concilio de Nicea como patrocinador de las ideas de Arrio y también negó la divinidad del Espíritu Santo.

52. Cf. *Ep.* I, 17, 1.

53. Cf. Ef 4, 5.

APÉNDICE

La blasfemia contra el Espíritu (Mt 12, 32)

Duda de Atanasio

8. 1. Acerca del texto del Evangelio que me indicaste en tu carta, perdóname, amadísimo, tú que tienes buenos sentimientos[54]. La verdad es que me asusta ocuparme de él, por temor de que después de haber estado dándole vueltas en mi cabeza y haber comenzado a escudriñarlo, me encuentre sin fuerzas para desentrañar su sentido profundo [C].

2. Quería, pues, silenciarlo totalmente y contentarme sólo con las cartas anteriores[55]. Pero conjeturando que me insistirías amistosamente de nuevo para que escribiera sobre el tema, me he obligado a mí mismo a poner por escrito la modesta opinión sobre el asunto que yo mismo he aprendido. Teniendo confianza en que si conseguimos el objetivo, lo aceptarás por razón de quien lo ha enseñado y si no lo conseguimos, no [649A] nos reprocharás conociendo nuestra buena voluntad y nuestra debilidad.

54. Cf. 1 P 3, 16.

55. Se refiere al texto de Mt 12, 31-32 cuya exégesis emprenderá enseguida. Cf. *Ep.* I, 3, 1; 33, 6; III, 7, 6.

La petición de Serapión

3. Éste es, pues, el texto, cuando, después de tantos milagros hechos en el Evangelio, los fariseos decían: *Éste no expulsa los demonios sino por medio de Belcebú, el príncipe de los demonios*[56]. Pero el Señor *conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en sí mismo, será devastado*[57]. Y habiendo dicho: *Si yo expulso los demonios por medio del Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios*[58], añade además: *Por eso os digo: Todo pecado y blasfemia se os perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no se perdonará. Y si alguno dice una palabra contra el hijo del hombre, se le perdonará, pero si la dice contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro*[59].

4. Y tú te preguntabas, por qué la blasfemia contra el Hijo se perdona, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no tiene perdón ni en el presente siglo ni en el futuro.

La opinión de Orígenes y Teognostos

9. 1. Autores antiguos, el doctísimo y laborioso Orígenes y el admirable y diligente Teognostos (cuyos opúsculos sobre el tema he leído, cuando me escribiste tu carta), escriben ambos sobre el pasaje diciendo que la blasfemia contra el Espíritu Santo se da cuando los que en el bautismo han sido juzgados dignos del don del Espíritu Santo vuelven a pecar.

56. Mt 12, 24.
57. Mt 12, 25.
58. Mt 12, 28.
59. Mt 12, 31-32.

2. Por eso dicen que no recibirán el perdón, como también dice Pablo en la carta a los hebreos: *En efecto, los que han sido una vez iluminados y gustado del don celeste y hechos partícipes del Espíritu Santo y han gustado la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo futuro, y que han prevaricado, es imposible que sean renovados de nuevo por la penitencia*[60]. Esto es lo que tienen de común [los dos autores] y cada uno añade su opinión personal.

La explicación de Orígenes

10. 1. En efecto, Orígenes formula la causa del juicio contra estos de la siguiente manera: «El Dios y Padre lo penetra todo y lo conserva todo, lo inanimado y lo animado, lo racional y lo irracional. Por su parte, la potencia del Hijo se extiende sólo a los racionales, entre los cuales se hayan los catecúmenos y los griegos que todavía no han llegado a la fe. 2. Y el Espíritu Santo está solamente en los que lo han recibido en la donación del bautismo [652A]. Cuando, pues, los catecúmenos y los griegos pecan, pecan contra el Hijo, porque está en ellos, como ha quedado dicho. Pueden, no obstante, recibir el perdón, cuando son juzgados dignos del don de la regeneración. 3. Pero cuando los bautizados pecan, dice [Orígenes] que tal trasgresión llega al Espíritu Santo, puesto que han pecado estando en Él y por eso es inexorable el castigo contra él»[61].

60. Hb 6, 4-6.
61. ORÍGENES, *De Principiis*, I, 3, 5-7.

La explicación de Teognostos

11. 1. Por su parte Teognostos[62], añadiendo lo siguiente, dice: «El que ha transgredido la primera y segunda regla será considerado digno de un castigo más pequeño, pero el que ha despreciado la tercera no alcanzará el perdón». Llama primera y segunda regla la catequesis sobre el Padre y el Hijo; y tercera la instrucción dada con ocasión del bautismo[63] [B] y de la participación del Espíritu.

2. Y queriendo confirmar esto, aduce lo dicho por el Salvador a los discípulos: *Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero aún no podéis acogerlas. Cuando venga el Espíritu Santo, os enseñará*[64].

3. Después dice: «Como el Salvador conversa con los que todavía no pueden recibir las cosas perfectas, condescendiendo con su pequeñez, el Espíritu Santo se hace presente en los que han llegado a la perfección. Que nadie deduzca de esto que la enseñanza del Espíritu supera la doctrina del Hijo, sino que el Hijo condesciende con los imperfectos y el Espíritu es sello de los que han alcanzado la perfección.

4. »De este modo, no es por razón de una superioridad del Espíritu en relación al Hijo que la blasfemia contra el Espíritu es inexpiable e imperdonable, sino porque [C] para los imperfectos hay un perdón y para los que han gustado del don celestial y han alcanzado la perfec-

62. Teognostos dirige la escuela catequética de Alejandría en torno a los años 265-280. Escribió las *Hypotyposeis*, obra perdida.

63. *Epì têi teleiôsei:* La iniciación cristiana, el bautismo.

64. Jn 16, 12-13 (la cita no es literal).

ción no queda ninguna excusa ni intercesión de perdón». Esto es lo que dijeron aquellos autores.

Examen de ambas opiniones

12. 1. Por mi parte, según he aprendido, pienso que la opinión de cada uno de estos admite un moderado examen y comprensión, por si hubiera oculto en lo que ellos dicen un sentido más profundo.

2. En efecto, es claro que el Hijo, al estar en el Padre[65], está en aquellos en los que también está el Padre, y que el Espíritu no está ausente. Porque la santa, bienaventurada y perfecta Trinidad es inseparable[66]. Además si todo fue hecho mediante el Hijo[67] y todo tiene en Él su lugar propio[68], ¿cómo estaría Él fuera de las cosas que han sido hechas por Él? No estando ellas lejos de Él, con razón está Él también en todas. [D]. [Es claro] que el que peca y blasfema contra el Hijo necesariamente peca también contra el Padre [653A] y contra el Espíritu Santo.

3. Si el baño[69] santo se diera sólo en el nombre del Espíritu Santo, con razón se diría que los bautizados pecan solamente contra el Espíritu, pero como se da en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo[70] y es así como cada uno de los bautizados recibe la iniciación, es necesario nuevamente que los que pecan después del bautismo cometan una blasfemia contra la santa e inseparable Trinidad. Es justo que se razone y se piense esto.

65. Cf. Jn 14, 20.
66. Cf. *Ep.* I, 33, 5.
67. Cf. Jn 1, 3.
68. Cf. Col 1, 17.
69. El bautismo se denomina aquí *loutrón.*
70. Cf. Mt 28, 19.

Jesús habla a los fariseos, no a bautizados

4. Si el Señor dialogara con los que hubieran recibido el baño de la regeneración[71], me refiero a los fariseos, y que hubieran ya participado del don del Espíritu Santo, sería aceptable tal interpretación, como que habrían recaído y cometido una falta contra el Espíritu Santo. Pero si no habían recibido el baño, sino que incluso habían despreciado el bautismo de Juan, ¿cómo los iba a acusar de blasfemar contra el Espíritu Santo, del que todavía no habían llegado a participar?

5. En efecto, el Señor decía estas cosas no enseñando sencillamente, ni amenazaba con el castigo para los que vendrían después; sino que acusando directa y verdaderamente a los fariseos, como hechos ya responsables de tan gran blasfemia, es como el Señor ha pronunciado esta frase. Siendo acusados de este modo los fariseos, incluso antes de recibir el bautismo, este dicho no se aplicaría a los que pecan después del bautismo. Y especialmente porque no los acusaba simplemente de pecados, sino de blasfemia. Pues hay una diferencia, ya que el que peca infringe la ley, pero el que blasfema es impío contra la misma divinidad.

6. El Salvador los había acusado anteriormente de muchas transgresiones, de violar el mandamiento de Dios acerca de los padres [C] por motivos del dinero[72]; de rechazar las palabras de los profetas[73] y de convertir la casa de Dios en un mercado[74], al mismo tiempo que los exhortaba también a convertirse[75]. Pero cuando dijeron: *Es por Belcebú como arroja los demonios*[76], no dijo simplemente

71. Cf. Tt 3, 5.
72. Cf. Mt 15, 3-6.
73. Cf. Mt 23, 29-37.
74. Cf. Jn 2, 16.
75. Cf. Mt 12, 41.
76. Cf. Mt 12, 24.27.

que esto era un pecado, sino una blasfemia tan enorme que el castigo para los que se atrevieran a decir tales cosas era inevitable e imperdonable.

Diferencia entre arrepentimiento y renovación

13. 1. Por otra parte, si estas palabras fueran dirigidas a los que pecan después del bautismo y para estos el castigo por las faltas les fuera inexorable, ¿cómo es que el Apóstol ratifica al arrepentido en Corinto la misma caridad[77], y por los gálatas que habían vuelto atrás sufre dolores de parto hasta que de nuevo Cristo sea formado en ellos[78]? Al decir *de nuevo* indica la precedente perfección[79] de ellos en el Espíritu.

2. ¿Por qué censuramos a Novato[80] que niega la penitencia [656A] y dice que no tienen perdón alguno los que pecan después del bautismo, si las palabras [del Señor] fueron dichas por razón de los que pecan después del bautismo? En efecto, también lo que se dice en la Epístola a

77. Cf. 2 Co 2, 8.
78. Cf. Ga 4, 19.
79. Bautismo.
80. Los latinos lo llaman Novaciano. Hacia el 250, cuando la sede romana está vacante, ocupa un lugar muy importante entre el clero romano, como portavoz del colegio presbiteral y como redactor de algunas cartas sobre la actitud a tomar en relación con la reconciliación de los *lapsi*. Primeramente opta por un rigorismo, aunque dentro de la ortodoxia. Después, con la elección de Cornelio como obispo de Roma, Novaciano optó por un rigorismo extremo: la comunidad de los santos se mancharía a sí misma si acogiera en su seno a los pecadores y les concediera la paz. Novaciano, enfrentado a Cornelio, recibió la consagración episcopal de manos de tres obispos, cuya identidad desconocemos. Consumado así el cisma, fue excomulgado por un sínodo romano.

los Hebreos[81] no excluye la conversión de los pecadores, sino que muestra que el bautismo de la Iglesia católica es único y que no hay un segundo [bautismo].

3. En efecto, escribía a los Hebreos y para que no creyeran, según la costumbre de la Ley, que con pretexto de penitencia había muchos y cotidianos bautismos, por eso los exhorta por una parte a arrepentirse y, por otra, declara que la renovación por medio del bautismo es única y que no hay una segunda [renovación], como dice en otra Epístola: *Una sola fe, un solo bautismo*[82].

4. De hecho, no dijo que es imposible convertirse, sino que es imposible que seamos renovados por la penitencia. La diferencia es grande, porque el que se convierte, aunque deja de pecar, conserva las cicatrices de las heridas; pero el que se bautiza se ha despojado del [hombre] viejo y es renovado[83], naciendo de nuevo[84] por la gracia del Espíritu.

El fundamento cristológico de la exégesis

14. 1. Al reflexionar sobre estas cosas, se me presenta en más alto grado la profundidad del sentido que encierra la frase. Por eso, después de haber orado mucho al Señor, que se sentó junto al pozo[85] y que ha caminado sobre el mar[86], vuelvo a la economía[87] que tuvo lugar en Él a nuestro favor, por si de algún modo puedo, a partir de ella, captar el sentido del pasaje leído.

81. Hb 6, 4-6 citado en *Ep.* IV, 9, 2.
82. Ef 4, 5.
83. Cf. Col 3, 9-10.
84. Cf. Jn 3, 3.
85. Cf. Jn 4, 6.
86. Cf. Mt 14, 25.
87. *Oikonomía:* "plan providentiel" (J. LEBON, *o. c.*, pág. 193), "evento" (E. CATTANEO, *o. c.*, pág. 155 y nota 97), "Heilsveranstaltung" (J. LIPPL, *o. c.*, pág. 484).

2. En efecto, toda la divina Escritura anuncia y proclama esta (economía), especialmente Juan al decir: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*[88], y Pablo cuando dice: *El cual estando en la forma de Dios no consideró rapiña el ser igual que Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando una forma de esclavo y fue encontrado como hombre en cuanto al aspecto. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*[89].

3. Así pues, por el hecho de ser Dios y haberse hecho hombre, como Dios resucitó a los muertos[90] y con su palabra curaba a todos[91], cambió incluso el agua en vino[92]. No eran éstas las obras de un hombre, pero en cuanto portador de un cuerpo tenía sed[93] y se cansaba[94] y sufría[95]. Cosas estas que no eran propias de la divinidad[96]. Como Dios decía: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[97]. En cuanto que tenía un cuerpo, [657A] refutaba a los judíos: *¿Por qué buscáis matarme, un hombre que os he hablado la verdad que escuché del Padre?*[98].

4. Estas obras no acontecían separadamente según la cualidad de los hechos, como si las del cuerpo aparecieran sin la divinidad y las de la divinidad sin las del cuerpo, sino que todo se hacía de la forma más apropiada y era uno solo el Señor que las hacía extraordinariamente por su propia gracia[99].

88. Jn 1, 14.
89. Flp 2, 6-8.
90. Cf. Mt 11, 5.
91. Cf. Mt 8, 8; 12, 15.
92. Cf. Jn 2, 9.
93. Cf. Jn 4, 7; 19, 28.
94. Cf. Jn 4, 6.
95. Cf. Mt 16, 21.
96. Texto citado en el Concilio Lateranense del 649.
97. Jn 14, 10.
98. Jn 8, 40.
99. Texto citado en el Concilio Lateranse del 649.

5. En efecto, escupía como hacen los hombres, y la saliva era divina, porque con ella hizo que los ojos del ciego de nacimiento recuperaran la vista[100]. Y queriendo mostrar que Él era Dios, decía indicando esto con lengua humana: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[101]. Con solo quererlo curaba[102] y extendiendo su mano humana levantó a la suegra de Pedro que tenía fiebre[103] y resucitó de entre los muertos a la ya difunta hija del jefe de la sinagoga[104]. [B]

La doble condición de Cristo

15. 1. Los herejes, pues, se han vuelto locos según la propia ignorancia. Unos viendo la realidad corporal del Salvador negaron que *en el principio existía el Verbo*[105]; y los que consideraban la realidad de la divinidad han ignorado que *el Verbo se hizo carne*[106].

2. Pero el hombre de fe y apostólico conociendo la filantropía del Señor, viendo los prodigios de la divinidad, admira al Señor en el cuerpo y cuando considera las cosas propias del cuerpo se asombra observando en ellas la energía de la divinidad[107].

Atenuantes para algunos errores cristológicos

3. Siendo ésta la fe de la Iglesia, cuando unos mirando lo humano ven al Señor sediento, cansado, sufriendo y

100. Cf. Jn 9, 6.
101. Jn 10, 30.
102. Cf. Mt 8, 3.
103. Cf. Mc 1, 31.
104. Cf. Mc 5, 41.
105. Jn 1, 1.
106. Jn 1, 14.
107. Los §§ 1-2 se citan en el Concilio de Letrán del 649.

sólo dicen tonterías contra el hombre que es el Salvador, pecan grandemente; [C] no obstante si cambian rápidamente de parecer pueden recibir el perdón, al tener como excusa la debilidad del cuerpo. En efecto, tienen también al Apóstol que les otorga el perdón, como si les tendiera la mano al decirles que *según la opinión general es grande el misterio de la piedad: Dios ha aparecido en la carne*[108].

4. Cuando otros, por el contrario, contemplando las obras de la divinidad, dudan de la naturaleza del cuerpo, también éstos pecan grandísimamente, porque viéndolo comer y padecer, se imaginan que se trata de una fantasía; sin embargo, también a éstos, si se arrepienten rápidamente, puede Cristo perdonarlos, ya que tienen como excusa la grandeza de las obras que superan a los hombres.

Gravedad de la blasfemia de los fariseos

5. [660A] Mas cuando superando la ignorancia y la ceguera juntas de unos y otros los que parecen tener el conocimiento de la ley (tales eran los fariseos de entonces) caen en la locura y niegan completamente al mismo Verbo que está presente en el cuerpo y cuando refieren las obras de la divinidad al diablo y a sus demonios, sin duda que reciben el castigo inexorable por tal impiedad, porque han considerado al diablo como Dios y han estimado que el que es realmente verdadero Dios no tiene en sus obras nada más que los demonios.

16. 1. En una impiedad tan enorme habían caído los judíos de entonces y de entre los judíos, los fariseos. [B] En efecto, habiendo mostrado el Salvador las obras del

108. 1 Tm 3, 16.

Padre –pues resucitaba a los muertos[109], concedía la vista a los ciegos[110], hacía caminar a los cojos[111], abría el oído de los sordos[112], a los mudos[113] los hacía hablar, mostraba que la creación le obedecía dando órdenes a los vientos[114] y caminando sobre el mismo mar[115]–, las turbas se quedaban pasmadas y glorificaban a Dios[116], mientras que los admirables fariseos decían que tales obras eran de Belcebú y no se avergonzaban los insensatos de transferir el poder de Dios al diablo. Por lo cual el Salvador declaraba con toda razón que proferían una blasfemia imperdonable y sin remisión[117].

2. En tanto que se fijaran en lo humano tendrían una opinión imperfecta diciendo: *¿No es éste el hijo del carpintero?*[118], [C] y: *¿Cómo es que sabe de letras, si no las apren-*

109. Cf. Mc 5, 41-42; Jn 11, 43-44.

110. Cf. Mc 8, 22-26; 10, 46-52; Jn 9, 6-7.

111. Cf. Mt 15, 30-31; 21, 14.

112. Cf. Mt 15, 30-31; Mc 7, 37.

113. Cf. Mc 7, 37; Mt 15, 30-31.

114. Cf. Mt 8, 26-27; Lc 8, 25.

115. Cf. Mt 14, 26; Mc 6, 49.

116. Cf. Mt 15, 31.

117. Cf. *Contra los Arrianos*, I, 50, 3; III, 45, 1; 55, 4; E. CATTANEO, "La bestemmia contro lo Spirito Santo (Mt 12, 31-32) in S. Atanasio", *Studia Patristica* XXI, 1989, 420-425 identifica tres sentidos diversos del *logion* evangélico: a) sentido cristológico: *pneûma* identificado con la divinidad del Verbo encarnado, como equivalente de la naturaleza divina de Cristo; la blasfemia consiste en negar esa divinidad (*Ep.* IV, 19, 1); b) sentido pneumatológico: *pneûma* identificado con el Espíritu Santo como distinto del Verbo, pero propio suyo y, por eso, lo da: la blasfemia consiste en atribuir a Belcebú las obras que Cristo realiza en o por medio del Espíritu (*Ep.* IV, 20, 2); c) *pneûma* identificado con el Espíritu Santo como potencia que actúa en el hombre Jesús: la blasfemia consiste también aquí en atribuir a Belcebú las obras que Jesús realiza con la potencia del Espíritu (*Contra los Arrianos*, I, 50). Este tercer sentido no pertenece al Apéndice.

118. Mt 13, 55.

dió?[119], y: *¿Qué señal das acerca de ti mismo?*[120], y: *Que baje ahora de la cruz y creeremos en Él*[121]. Él los soportaba y entristecido por su endurecimiento[122], ya que pecaban contra el Hijo del Hombre, decía: *Si conocierais también vosotros lo que conduce a la paz*[123]. En efecto, también al gran Pedro que, cuando la portera hablaba de un hombre, le había respondido del mismo modo, el Señor le perdonó viéndole llorar[124].

3. Pero cuando los que habían caído volvieron a caer y enloquecieron aún más, diciendo que las obras de Dios eran de Belcebú, ya no los soportó más, porque blasfemaban contra su Espíritu, diciendo que no era Dios, sino Belcebú el que hacía tales cosas. Y por eso, por su insoportable audacia los amenazó con un castigo eterno.

4. Era como si se atrevieran a decir, [661A] viendo el orden del mundo y la providencia que hay en él, que la creación fue hecha por Belcebú, y que el sol sale obedeciendo al diablo y que los astros giran en el cielo por él. Y como estas obras son de Dios, aquellas [realizadas por el Salvador] eran obras del Padre. Y si aquellas eran de Belcebú, necesariamente también éstas son de Belcebú. ¿Y dónde sitúan el texto: *En el principio hizo Dios el cielo y la tierra*[125]?

Antecedente en la apostasía de Israel

5. Pero no tiene nada de extraño esta locura, porque los padres de esta su idea, en el desierto apenas salidos de Egip-

119. Jn 7, 15.
120. Jn 6, 30.
121. Mt 27, 42.
122. Cf. Mc 3, 5.
123. Lc 19, 42.
124. Cf. Jn 18, 17.25-27; Mt 26, 58.69-75; Mc 14, 54.66-72; Lc 22, 54-62.
125. Gn 1, 1.

to, se fabricaron un becerro y atribuyéndole los beneficios que Dios les había hecho, decían: *Éstos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto*[126]. Y por esta blasfemia, [B] enseguida desde el principio no pocos, sino muchos de los que se habían atrevido a decir tales cosas, fueron quitados de en medio. Y Dios anunció diciendo: *El día en que los visite, añadiré sobre ellos este pecado*[127].

6. En efecto, mientras que aquellos murmuraban a causa del pan y del agua, Él los soportaba al igual que una nodriza alimenta a su hijo, pero cuando enloquecieron aún más, como contra ellos dice el Espíritu en el salmo: *Cambiaron su gloria con la figura de un becerro que come hierba*[128], por haberse atrevido a algo imperdonable, fueron golpeados, como dice la Escritura, *por la fabricación del becerro que Aarón mandó hacer*[129].

Ambas blasfemias se refieren a Cristo

17. 1. A lo mismo se han atrevido también ahora los fariseos y han obtenido del Salvador la misma condena que Belcebú, en quien ellos pensaron, [C] ya tuvo y tiene, de modo que sean eternamente consumidos con él en el fuego preparado para él[130].

2. Pero no es haciendo una comparación entre la blasfemia contra Él y la dirigida contra el Espíritu Santo, como si el Espíritu fuera mayor y por eso fuera mayor la culpa de la blasfemia dirigida contra el Espíritu, por lo que [el Señor] dijo eso. ¡En absoluto!

126. Ex 32, 4.
127. Ex 32, 34.
128. Sal 105, 22.
129. Ex 32, 35.
130. Cf. Mt 25, 41.

3. En efecto, con anterioridad había enseñado que todo cuanto tiene el Padre es del Hijo y que el Espíritu recibirá del Hijo y glorificará al Hijo[131]. Y no es el Espíritu el que da al Hijo, sino que el Hijo concede el Espíritu a los discípulos y por medio de éstos a los que creen en Él.

4. El Salvador no habló, pues, en ese sentido, sino que el Señor lo dijo en el sentido de que la blasfemia, [664A] una menor y otra enorme, en ambos casos iba contra Él. Y puesto que los fariseos eran los que decían ambas: viéndole hombre, lo insultaban: *¿De dónde le viene a éste esa sabiduría?*[132] y: *¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán?*[133]. Incluso viendo las obras del Padre no sólo negaban su divinidad, sino que también contra la misma decían que en Él estaba Belcebú y que de éste eran las obras.

5. Por eso, como ambas blasfemias eran dirigidas contra Él y que una era menor por razón de la humanidad y la más grande por razón de la divinidad, por motivo de la mayor expresó contra ellos lo inevitable del castigo. Ciertamente cuando animaba a los discípulos y decía: *Si al dueño de la casa lo han llamado Belcebú*[134], estaba diciendo que Él era [B] el dueño de la casa, el mismo que también era blasfemado así por los judíos.

Lo confirma Mc 3, 30

18. 1. Si los judíos diciendo: *Es por Belcebú...*, no insultaban a nadie sino al Señor, es claro que la blasfemia contra el Espíritu está dicha contra el mismo Señor y que el Salvador refería a sí mismo la frase entera. En efecto,

131. Cf. Jn 16, 14-15.
132. Mt 13, 54.
133. Jn 8, 57.
134. Mt 10, 25.

Él es el dueño del universo. No hay que temer repetir lo mismo una y otra vez por seguridad.

2. Tener sed, cansarse, dormir, ser abofeteado[135], comer son cosas propias de hombres; pero las obras que hacía el Señor, no eran ya cosa de hombres, sino que era cosa de Dios el hacerlas[136]. Cuando algunos, como dije antes, viendo estas cosas insultan al Señor como hombre, merecen un castigo menor que los que atribuyen las obras de Dios al diablo. [C] En efecto, éstos no sólo echan las cosas santas a los perros[137], sino que comparan a Dios con el diablo y dicen que la luz es tinieblas[138].

3. Que ésta era la blasfemia imperdonable de los fariseos lo indicó Marcos diciendo: *El que haya blasfemado contra el Espíritu Santo, no tiene perdón, sino que es reo de pecado eterno. Porque decían: Tiene un espíritu impuro*[139].

4. Y lo testimoniaba el ciego de nacimiento al recuperar la vista: *Jamás se oyó que alguien abriera los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podría hacer nada*[140]. Y las multitudes, admirándose de las cosas que hacía el Señor, decían: *Estas cosas* [665A] *no son de un endemoniado. ¿Acaso puede un demonio abrir los ojos de los ciegos?*[141].

5. Pero los fariseos, que eran considerados peritos de la Ley, y que ensanchaban las franjas de sus mantos[142] y se jactaban como si supieran más que los demás[143], ni aún así se avergonzaban, sino que como está escrito, los mise-

135. Cf. Jn 18, 22; 19, 3.
136. Cf. *Contra los Arrianos*, III, 31.
137. Cf. Mt 7, 6.
138. Cf. Is 5, 20.
139. Mc 3, 29-30.
140. Jn 9, 32-33.
141. Jn 10, 21.
142. Cf. Mt 23, 5.
143. Cf. Lc 11, 52; Jn 9, 24.29.

rables ofrecían sacrificios al demonio y no a Dios[144], diciendo que el Señor tiene un demonio y que las obras de Dios son de los demonios.

6. Se comportaban así no por otra razón sino únicamente por negar que el que hacía estas cosas era Dios e Hijo de Dios. Porque si el comer y la apariencia externa corporal lo mostraba también como hombre, ¿por qué a partir de las obras no percibían que Él estaba en el Padre y que el Padre estaba en Él[145]?

7. Pero no querían. Más bien eran ellos los que tenían a Belcebú hablando en ellos, de modo que a partir de su humanidad lo llamasen únicamente hombre, [B] pero por las obras, que eran propias de Dios, no confesaban que Él era Dios, antes bien en su lugar divinizaban a Belcebú que estaba en ellos, para ser finalmente castigados con él eternamente en el fuego.

«Hijo del hombre» y «Espíritu»

19. 1. El examen mismo del texto me parece ofrecer esta explicación y mostrar que ambas blasfemias le conciernen a Él y que se había referido a sí mismo con las expresiones «Hijo del hombre» y «Espíritu», para mostrar con aquella expresión su realidad corporal y con la palabra «Espíritu» indicar su espiritual, suprasensible y verdaderísima divinidad.

2. En efecto, lo que puede recibir perdón, lo refirió al Hijo del hombre para dar a entender su realidad corporal, mientras que indicó que la blasfemia imperdonable con-

144. Cf. Dt 32, 17.

145. Cf. Jn 14, 10.

cernía al Espíritu para, nombrándolo así en contraposición a la realidad corporal, mostrar su propia divinidad.

3. Esta misma característica la he observado también en el Evangelio de Juan. Cuando hablando sobre la manducación de su cuerpo y viendo que por eso muchos se habían escandalizado, dice el Señor: *¿Esto os escandaliza? ¿Y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? Las palabras que os he hablado son espíritu y vida*[146].

4. En efecto, también aquí ha dicho de sí mismo ambas cosas: carne y espíritu. Distinguió el espíritu de la carne para que creyendo no sólo lo que se veía de Él, sino también lo invisible de Él, aprendieran que lo que Él dice no es carnal, sino espiritual. ¿Para cuántos sería suficiente el cuerpo dado en comida, si debía convertirse también en alimento del mundo entero?

5. Precisamente por esto [668A] mencionó la subida del Hijo del hombre a los cielos, para arrancarlos de la representación corporal y que aprendieran en adelante que la carne de la que hablaba era una comida celestial, un alimento espiritual dado por Él.

6. Dice: *Las palabras que os he dicho son Espíritu y vida*[147], que es lo mismo que decir: lo que se muestra y se da por la salvación del mundo es la carne que porto conmigo, y esta carne y su sangre os la daré espiritualmente como alimento, de modo que se le dé espiritualmente a cada uno y a todos se les convierta en protección para la resurrección de la vida eterna[148].

146. Jn 6, 62-63.

147. Jn 6, 63.

148. En todo este capítulo se habla de la Eucaristía. Atanasio subraya la dimensión espiritual del alimento eucarístico. La dimensión espiritual es una dimensión real y se opone a una dimensión material

7. Así también el Señor apartando a la samaritana de las cosas sensibles, llamó a Dios Espíritu[149], para que ya no se representara a Dios de manera corporal, sino espiritual.

8. Así también el profeta, [B] contemplando al Verbo hecho carne, dice: *El Espíritu de nuestro rostro es Cristo el Señor*[150], para que nadie pensara que el Señor era por las apariencias puramente un hombre, sino que oyendo la palabra Espíritu se reconociera que el que está en el cuerpo es Dios.

o sensible. En la Eucaristía, Cristo nos da realmente su cuerpo, pero no de modo carnal o material, sino espiritualmente que es su dimensión divina. En sentido carnal, sólo un reducido número de personas podrían alimentarse del cuerpo de Cristo, interpretación que causó espanto a los de Cafarnaún (Jn 6, 52). Que la interpretación de Atanasio no es simbólica (en el sentido de Zwinglio), sino real, lo confirma Eutiquio de Constantinopla que nos ha conservado un fragmento de un sermón de Atanasio a los bautizados (PG 26, 1525C): «Verás a los levitas traer panes y un cáliz de vino y ponerlos sobre la mesa. Mientras no se hagan las invocaciones y las oraciones, no hay más que simple pan y cáliz. Pero cuando se pronuncien las grandes y admirables oraciones, entonces el pan se convierte en cuerpo y el cáliz se convierte en la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Y de nuevo: Vengamos a la celebración de los misterios. Este pan y este cáliz, mientras no se hagan las oraciones y las invocaciones, son simples. Pero cuando se pronuncien las grandes oraciones y las santas invocaciones, al pan y al cáliz desciende el Verbo y se convierte en su cuerpo». También ATANASIO, *Epistula ad Maximum Philosophum*, 2 (PG 26, 1088 BC): «Una sola vez en la plenitud de los tiempos y para eliminar el pecado, el Verbo mismo se hizo carne y de María la Virgen nació como un hombre a nuestra semejanza, como Él mismo dijo a los judíos: *¿Por qué buscáis matarme a mí que soy un hombre, que os ha hablado la verdad?* (Jn 8, 40). No seremos divinizados participando del cuerpo de un hombre cualquiera, sino recibiendo el cuerpo del mismo Verbo». Y líneas después: «El Verbo mismo ofreció por nosotros su propio cuerpo, para que nuestra fe y nuestra esperanza no fuera en un hombre, sino para que tuviéramos la fe en el mismo Dios Verbo» (*Ad Maximum Philosophum*, 3: PG 26, 1088 D).

149. Cf. Jn 4, 24.

150. Lm 4, 20.

La negación explícita de la divinidad del Verbo

20. 1. Las dos cosas son pues claras: que el que al ver al Señor que habla de sí mismo, si sólo se fija en su aspecto humano y sin fe dice: *¿De dónde le viene a éste esa sabiduría?*[151], sin duda que comete un pecado y que blasfema contra el Hijo del Hombre. Pero el que [669A] viendo sus obras realizadas por medio del Espíritu Santo, dice que el que las hace no es Dios ni Hijo de Dios, sino que las atribuye a Belcebú, claramente blasfema, al negar su divinidad.

2. Y en efecto, como ya hemos dicho muchas veces, en el texto evangélico [el Señor] al decir «Hijo del hombre» se refiere a su realidad carnal y humana, y al decir «el Espíritu» manifiesta que era suyo el Espíritu Santo, en el que lo realizaba todo. Por eso cuando realizaba las obras decía: *Si no me creéis a mí, al menos creed a las obras, para que sepáis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[152].

3. Cuando se iba a ofrecer corporalmente por nosotros, justo cuando por esa razón subió a Jerusalén[153], decía a sus discípulos: *Ya podéis dormir y descansar, porque ha llegado la hora y el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores*[154] [B]. En efecto, sus obras hacían que se creyera que Él era verdadero Dios, pero su muerte mostraba que tenía verdaderamente un cuerpo. Por esto, con razón llamaba Hijo del hombre al que estaba a punto de ser entregado, porque el Verbo es inmortal e intocable, siendo como es la Vida misma.

4. Pero los fariseos no creyeron esto ni quisieron ver lo que hacían sus hijos, por lo que el Señor con toda serenidad los censuraba diciendo: *Si yo expulso los demonios*

151. Mt 13, 54.
152. Jn 10, 38.
153. Cf. Mt 20, 17.
154. Mt 26, 45.

con el poder de Belcebú, ¿vuestros hijos con quién los expulsan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo expulso los demonios con el poder del Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios[155].

5. Y aquí decía *con el poder del Espíritu de Dios*, no que fuese menor que el Espíritu ni que el Espíritu realizase en Él esas obras, [C] sino para mostrar nuevamente que Él, porque es Verbo de Dios, lo realiza todo por medio del Espíritu, y para enseñar a los oyentes que en la medida en que atribuyen a Belcebú las obras del Espíritu, blasfeman contra el que da el Espíritu.

6. Y al decir esto, muestra que no es por ignorancia sino voluntariamente como caen en tal blasfemia inevitable y los insensatos, aun sabiendo que tales obras son de Dios, no se avergüenzan de atribuirlas a Belcebú y decir que procedían de un espíritu impuro.

La evidencia de las obras divinas

[672A] **21.** 1. ¿Cómo es que gente, que se atreve a tales cosas, puede todavía acusar a los gentiles de fabricarse ídolos y llamarlos dioses? Porque lo de aquellos es parecido a la locura de éstos, si es que no es aún más grave la audacia de éstos, ya que habiendo recibido una ley sobre esto despreciaron a Dios por la trasgresión de la Ley.

2. ¿Qué harán los que dicen tales blasfemias, cuando lean al profeta Isaías[156] y oigan que los signos de la venida de Cristo son que los ciegos recuperan la vista, los cojos andan, los mudos hablan, los muertos resucitan, los lepro-

155. Mt 12, 27-28.

156. Cf. Is 26, 19; 35, 5-6.

sos curan y que los sordos oyen? ¿Quién van a querer que sea el autor de estas obras?

3. Si dicen que es Dios, se acusarán a sí mismos de impiedad contra el Señor, porque lo que el profeta dijo viéndolo de antemano, [B] lo realizó el mismo Señor estando presente. Pero si se dejan llevar de su temeridad y se atreven a decir que tales obras se hacían con el poder de Belcebú, me temo que progresando poco a poco en la impiedad y leyendo: *¿Quién dio la boca al hombre y quien hizo al sordo y al mudo, al que ve y al ciego?*[157] y textos semejantes, que digan en su locura que también estas palabras se refieren a Belcebú. De hecho a quien se atribuye la gracia de dar la vista, hay que atribuir necesariamente a ese mismo también la causa de la ceguera. En efecto, el texto dice que ambas cosas las hizo el mismo.

4. De todas formas, diciendo esto, terminarán por pensar que Belcebú es el creador de la naturaleza humana, ya que es propio del Creador tener el poder sobre las cosas creadas. [C] Porque habiendo dicho Moisés: *En el principio hizo Dios el cielo y la tierra*[158], y *Dios hizo al hombre a imagen de Dios*[159], también Daniel dice con toda libertad a Darío: *No rindo culto a ídolos hechos con las manos, sino al Dios vivo que creó el cielo y la tierra y que tiene el señorío sobre toda carne*[160]. A no ser que de nuevo cambien de parecer y digan que la ceguera, la cojera y las otras enfermedades proceden de un castigo del Creador y que la superación de éstas y la beneficencia para con los que las padecen las lleva a cabo Belcebú.

157. Ex 4, 11.
158. Gn 1, 1.
159. Gn 1, 27.
160. Dn 14, 4.

5. Pero el solo hecho de plantearse esto es una gran necedad. Este lenguaje estúpido e impío es propio de insensatos y completamente locos. En efecto, los insensatos en esta comparación atribuyen lo mejor no a Dios, sino a Belcebú. A éstos no les preocupa alterar las doctrinas de las divinas Escrituras, con tal de poder negar la venida de Cristo.

Identidad de fondo con la herejía arriana

[675A] **22.** 1. Lo que aquellos malvados deberían hacer es no menospreciar al Señor por ser hombre, y desde luego deberían confesarlo por sus obras como verdadero Dios. Pero lo hacían todo mal, pues viendo a un hombre, lo insultaban como a un hombre, y viendo las obras divinas, negaban la divinidad, se arrimaban al diablo, pensando que con esta audacia podrían evitar ser juzgados por el Verbo al que ellos ultrajaban.

2. Los encantadores[161], los magos y los brujos[162] del Faraón, aunque lo habían intentado muchas veces, cuando vieron los signos realizados por Moisés, cedieron y dieron la espalda diciendo que el dedo de Dios[163] era el que hacía estas cosas. Por el contrario, los fariseos y los escribas, después de ver actuar toda la mano de Dios[164] y contemplar que las [obras] realizadas [B] por medio del mismo Salvador eran más numerosas y mayores que aquellas otras, afirmaban que las hacía Belcebú, al que los magos, a pesar de ser su dueño, reconocían que no podía hacer ni incluso cosas menores que éstas.

161. Ex 7, 11.22; 8, 3.14.15.
162. Ex 9, 11.
163. Ex 8, 15.
164. Cristo es la mano de Dios, cf. ATANASIO, *De Decretis Nicaenae Synodi*, 17: PG 25, 452C-453B.

3. ¿Quién podrá exagerar la locura de esta gente o, como dijo el profeta[165], quién podrá decir algo que se parezca a su impiedad? En efecto, con su comportamiento han justificado incluso a los sodomitas y han vencido la ignorancia de los gentiles, han superado la necedad de los magos del Faraón y sólo con los arriomaníacos[166] tienen comparación cayendo ambos en la misma impiedad.

4. De hecho los judíos, viendo las obras del Padre mediante el Hijo, las atribuían a Belcebú. Y los arrianos, viendo ellos las mismas obras, connumeran con las criaturas al Señor que las realizaba, [C] diciendo que Él procede de la nada y que no existía antes de ser hecho.

5. Y los fariseos, contemplando al Señor en un cuerpo, murmuraban diciendo: *¿Por qué tú, siendo un hombre, te haces a ti mismo Dios?*[167]. Y los enemigos de Cristo[168] viéndolo padecer y sufrir blasfeman diciendo: «Quien padece estas cosas no puede ser Dios verdadero y consustancial al Padre». En una palabra si alguno quiere examinar poniendo en paralelo los errores de ambos, encontrará, como he dicho antes[169], que se han precipitado en el valle de la amarga embriaguez[170].

Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre

[676A] **23.** 1. Por esto, aquéllos y éstos tendrán un castigo irremisible, como declaró el Señor con estas palabras:

165. J. LEBON, *o. c.*, propone el texto de Lm 2, 13. E. CATTANEO, *o. c.*, por su parte, indica Ez 31, 18.

166. Cf. *Ep.* I, 32, 2, nota 420.

167. Jn 10, 33.

168. *Khristomákhoi* es un término construido en paralelo a los que niegan la divinidad del Espíritu *pneumatómakhoi*.

169. No hace referencia a ningún texto bíblico.

170. Cf. Gn 14, 8 (LXX).

Al que hable contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro[171]. Y con razón. Porque el que niega al Hijo, ¿a quién invocará para poder alcanzar expiación? ¿O qué vida o descanso esperará el que rechazó al que dice: *Yo soy la vida*[172], y: *Venid a mí todos los que estáis cansados y sobrecargados y yo os daré descanso*[173]?

2. Si a ésos se les castiga de ese modo, es claro que los que honran piadosamente a Cristo y lo adoran en su carne y en su Espíritu y no ignoran que Él es el Hijo de Dios y no niegan que Él se hizo Hijo del hombre, [B] sino que creen que *en el principio existía el Verbo*[174] y que *el Verbo se hizo carne*[175], reinarán eternamente en los cielos según las santas promesas del mismo Señor y Salvador nuestro Jesucristo, el cual dijo: *Aquellos irán al castigo eterno, pero los justos irán a la vida eterna*[176].

Epílogo

3. Te he escrito brevemente estas cosas según yo las aprendí. Tú recíbelas de mí no como una enseñanza completa, sino sólo como unos apuntes. Sólo queda que a partir de la palabra evangélica y de los Salmos adquieras el sentido más exacto, ates las gavillas de la verdad, para que llevándolas también tú, se diga: *Viniendo vendrán con alegría, trayendo sus gavillas*[177] en Jesucristo nuestro Señor, por medio del cual y con Él, junto con el Espíritu Santo, al Padre sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

171. Mt 12, 32. Cf. *Ep.* I, 3, 1; 33, 6; III, 7, 6; IV, 1, 3; IV, 8-23.
172. Jn 14, 6.
173. Mt 11, 28.
174. Jn 1, 1.
175. Jn 1, 14.
176. Mt 25, 46.
177. Sal 125, 6.

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 1: 40, 102, 132, 137, 152, 190, 199.
1, 2: 59.
1, 17: 114.
1, 26: 71.
1, 27: 40, 199.
2, 7: 132.
6, 3: 59.
8, 1: 67.
11, 26: 85, 174.
14, 8: 201.
28, 12: 114.
48, 15: 80.

Éxodo

3, 14: 102, 118, 133.
4, 11: 199.
7, 11: 200.
7, 22: 200.
8, 3: 200.
8, 14: 200.
8, 15: 200.
9, 11: 200.
14, 31: 80.
20, 11: 137.
32, 4: 191.
32, 34: 191.
32, 35: 191.
33, 1-2: 77.
33, 15: 77.
33, 17: 77.
36, 1: 141.

Números

11, 29: 59.
14, 24: 68.
23, 19: 84, 85, 174, 175.

Deuteronomio

1, 30: 78.
20, 4: 78.
31, 3: 78.
31, 6: 78
32, 6: 93.
32, 8: 114.
32, 17: 194.
32, 18: 93.
32, 39: 77.

Jueces

3, 10: 59.
11, 29: 59.
13, 24-25: 59.
15, 14: 59.

1 Reyes

18, 45: 69.

2 Macabeos

7, 28: 101.

Job
1, 6: 114.
4, 18: 113.
25, 5: 113, 136.

Salmos
13, 1: 102, 151, 170.
18, 2: 136.
23, 1: 136.
23, 2: 132.
32, 6: 124, 146, 157, 169.
42, 3: 129.
44, 2: 142.
44, 7: 139.
44, 7-8: 146.
44, 8: 105.
50, 12: 71.
50, 13: 59.
64, 10: 91.
76, 7: 66.
76, 21: 78.
77, 53: 78.
81, 5: 144.
81, 6: 138.
85, 6-7: 139.
92, 1: 72.
101, 26-28: 137.
102, 20: 136.
103, 24: 146, 167.
103, 29-30: 70, 108, 156.
103, 30: 103, 167.
105, 22: 191.
106, 20: 146.
106, 25: 67.
115, 2: 113.
125, 6: 202.
135, 16: 78.
138, 7: 114, 155.
142, 10-11: 59.
147, 18: 124.
148, 5: 142.
148, 7-8: 67, 93.

Proverbios
3, 19: 146, 167.
8, 22: 30, 56, 143, 146,148.
9, 18: 161.
26, 4-5: 166.

Qohelet
3, 11: 89.
7, 16: 87.

Sabiduría
1, 4: 87.
1, 5: 113.
1, 7: 114, 155.
12, 1: 113, 114.

Isaías
1, 11: 159.
5, 20: 193.
6, 2: 87.
7, 2: 69.
7, 14: 70.
11, 2: 111, 169.
22, 13: 133.
26, 19: 198.
30, 1: 59.
35, 5-6: 198.
43, 10: 84.
44, 8: 60, 77.
45, 14-15: 139.
48, 16: 79.
59, 21: 60.
61, 1: 59, 105, 106, 146, 152.
63, 9-10: 60.
63, 11-12: 77.
63, 14: 77.
66, 2: 137.

Jeremías
2, 13: 91.
4, 22: 83.

Lamentaciones
2, 13: 201.
4, 20: 39, 196.

Baruc
3, 1: 66.
3, 10: 91.
3, 12: 91.

Ezequiel
11, 24: 60.
18, 31: 68.
18, 31-32: 71.
27, 25-26: 67.
28, 2: 139.
36, 26-27: 70.

Daniel
3, 50: 142.
3, 57: 142.
3, 86: 66.
7, 10: 76, 115.
13, 45-46: 60.
14, 4: 40, 199.

Joel
2, 28: 60, 126.
3, 1: 150.

Amós
2, 10: 77.
4, 13: 24, 55, 56, 66, 68, 69, 72, 73, 100.

Jonás
1, 4: 67, 69.

Miqueas
2, 7: 60.

Ageo
2, 4-5: 79, 155.
2, 6: 72

Zacarías
1, 6: 61, 125, 157.
1, 9: 24, 25, 75.
4, 5: 75.
4, 5-6: 25, 75.
7, 12: 61, 125, 157.
12, 1: 71.

Malaquías
2, 10: 93.

Mateo
1, 2: 141.
3, 17: 150.
4, 1: 18, 58.
4, 11: 76.
7, 6: 187, 193.
8, 8: 186.
8, 26-27: 189.
10, 20: 62.
10, 25: 192.
11, 5: 186.
11, 27: 30, 148.
11, 28: 41, 202.
12, 15: 186.
12, 24: 129,179, 183.
12, 25: 179.
12, 27: 183.
12, 27-28: 40, 198.
12, 28: 62, 179.
12, 31-32: 36, 37, 39, 178, 179, 189.
12, 32: 33, 41, 55, 161, 178, 202.
12, 34: 82.
12, 41: 183.
13, 41: 76.
13, 49: 76.
13, 54: 192, 197.
13, 55: 38, 189.

14, 25: 185.
14, 26: 189.
15, 3-6: 183.
15, 30-31: 189.
15, 31: 189.
16, 16: 146.
16, 21: 186.
18, 10: 81.
20, 17: 197.
21, 14: 189.
22, 29: 79.
23, 5: 193.
23, 29-37: 183.
25, 41: 191.
25, 45: 197.
25, 46: 41, 202.
26, 58: 190.
26, 69-75: 190.
27, 42: 38, 190.
28, 19: 29, 62, 76, 119, 141, 159, 171, 182.

Marcos
1, 31: 187.
3, 5: 190.
3, 17: 72.
3, 29-30: 38, 193.
3, 29: 55.
5, 41: 187.
5, 41-42: 189.
6, 49: 189.
7, 37: 189.
8, 22-26: 189.
11, 31: 166.
13, 32: 30, 147, 148.
14, 54: 190.
14, 66-72: 190.

Lucas
1, 35: 74, 158.
3, 21-22: 58.
3, 22: 61, 76.
4, 1: 18, 58, 105.
8, 25: 189.
10, 18: 113, 136.
11, 52: 193.
18, 2: 79.
19, 42: 190.
22, 54-62: 190.

Juan
1, 1: 37, 72, 132, 144, 187.
1, 3: 71, 137, 146, 148, 156, 166, 173, 182.
1, 9: 91, 134.
1, 12: 92.
1, 13: 92.
1, 14: 37, 71, 93, 97, 108, 145, 147, 154, 186, 187, 202.
1, 18: 154.
2, 9: 186.
2, 16: 183.
3, 3: 185.
3, 16: 98.
3, 18: 97.
3, 31: 55.
4, 6: 185, 186.
4, 7: 186.
4, 14: 104.
4, 21: 129.
4, 23-24: 129.
4, 24: 196.
5, 19: 137, 156.
5, 43: 99.
6, 30: 38, 190.
6, 52: 196.
6, 62-63: 39, 195.
6, 63: 39, 195.
7, 15: 38, 190.

7, 19: 145.
7, 39: 54, 104.
8, 26: 99.
8, 40: 145, 186, 196.
8, 57: 192.
9, 6: 187.
9, 6-7: 189.
9, 24: 193.
9, 29: 193.
9, 32-33: 38, 193.
10, 21: 38, 193.
10, 30: 135, 148, 187.
10, 33: 40, 201.
10, 35: 139.
10, 38: 197.
11, 43-44: 189.
12, 35: 144.
14, 6: 41, 57, 94, 111, 129, 202.
14, 9: 135, 148, 151, 153.
14, 10: 125, 134, 139, 145, 148, 170, 186, 194.
14, 10-11: 94.
14, 16: 111.
14, 17: 111.
14, 20: 182.
14, 23: 94, 122, 159.
14, 26: 61, 99, 167.
15, 26: 53, 62, 76, 98, 111, 129, 150.
16, 7: 98, 164.
16, 12-13: 181.
16, 13-14: 30, 149.
16, 14: 98, 99, 164.
16, 15: 76, 122, 133, 140, 150.
16, 14-15: 192.
16, 30: 148.
17, 3: 134.
17, 4: 98.
17, 10: 122, 133, 150.
18, 17: 190.
18, 22: 193.
18, 25-27: 190.
19, 3: 193.
19, 28: 186.
20, 22: 53, 61, 76, 94, 150, 165, 168.

Hechos de los Apóstoles

1, 4: 62.
1, 16: 125, 157.
2, 1-4: 62.
2, 17: 150.
3, 15: 104.
4, 24: 137.
4, 24-25: 125.
4, 26: 72.
5, 39: 127.
7, 51: 54.
8, 17: 62.
8, 30: 68.
8, 39: 63.
10, 37-38: 106.
10, 38: 105.
14, 15: 137.
17, 26: 114.
20, 22-23: 126.
20, 23: 157.
20, 28: 63.
21, 11: 63, 126.
28, 25: 125, 166.

Romanos

1, 4: 103.
1, 25: 77, 120, 161.
3, 23: 113.
4, 3: 87.
4, 17: 137.
5, 14: 136.

7, 6: 68.
7, 14: 68.
7, 25 - 8, 2: 68.
8, 9-11: 63.
8, 11: 94.
8, 15: 92, 111, 169.
8, 16-17: 66.
8, 29: 109, 167.
8, 38: 78.
9, 5: 118, 133, 137, 161.
11, 33: 87.
11, 34: 170.
15, 18-19: 95.
16, 27: 93.

1 Corintios
1, 17: 96.
1, 24: 93, 111, 144, 158, 169.
1, 30: 132.
2, 4: 96.
2, 8: 111, 144.
2, 10-11: 83.
2, 10-12: 64.
2, 10: 151.
2, 11: 66, 102, 113, 169.
2, 11-12: 102, 111, 151.
2, 12: 152, 166.
2, 13: 87.
2, 14-15: 128.
3, 16: 64, 153.
3, 16-17: 107.
6, 3: 113.
6, 11: 64, 103, 124.
8, 6: 154, 167.
10, 4: 91.
12, 3: 97.
12, 4-6: 122, 158.
12, 11: 64, 154.
12, 13: 91, 154.
15, 24: 78.
15, 26: 145.
15, 32: 133.
15, 53: 132.

2 Corintios
1, 3: 49.
2, 8: 184.
2, 15: 106, 153.
3, 6: 67.
3, 17: 64.
4, 4: 85.
12, 4: 87, 96.
13, 3: 157.
13, 13: 123, 158.

Gálatas
2, 19-20: 94.
3, 2: 18, 57, 87.
3, 5: 87.
3, 14: 64.
4, 6: 92, 111, 150, 169.
4, 6-7: 64.
4, 19: 106, 153, 184.
6, 10: 161.

Efesios
1, 13: 106, 152.
1, 17: 91.
1, 21: 78.
2, 15: 71.
3, 16-17: 125.
4, 3: 64.
4, 5: 4, 5, 121, 159, 177, 185.
4, 6: 81, 118, 159, 161.
4, 24: 71.
4, 30: 64, 106, 153.

Filipenses
1, 19: 126, 157.

2, 6: 153.
2, 6-8: 37, 186.
3, 3: 65.
3, 18-20: 65.

Colosenses
1, 15: 85, 97, 167.
1, 16: 78.
1, 16-17: 155.
1, 17: 182.
1, 20: 127.
3, 1: 145.
3, 9-10: 185.

1 Tesalonicenses
4, 8: 65.
4, 16: 78.
5, 19: 18, 58.
5, 23: 66.

2 Tesalonicenses
2, 8: 65.
3, 11: 83.

1 Timoteo
2, 5: 145.
2, 6: 108.
3, 16: 188.
4, 1: 126.
5, 8: 121.
5, 21: 24, 25, 73, 75, 78, 81, 100.
6, 13-14: 80.

2 Timoteo
1, 10: 145.
3, 16: 132.

Tito
3, 4-7: 103.
3, 5: 58, 108, 183.
3, 10: 35, 83.
3, 10-11: 163.

Hebreos
1, 2: 133, 137.
1, 3: 85, 91, 96, 132, 134.
1, 10: 138.
1, 10-12: 137.
1, 14: 50, 74, 114.
5, 3: 87.
6, 4: 103.
6, 4-5: 115.
6, 4-6: 36, 37, 180, 185.
9, 8: 65.
9, 13-14: 65.
10, 1: 72.
10, 29: 65.
11, 6: 89.
12, 26-28: 72.
13, 8: 137.

Santiago
1, 17: 113.

1 Pedro
1, 9-11: 63.
3, 4: 113.
3, 16: 178.
4, 14: 111.

2 Pedro
1, 4: 106, 108.

1 Juan
1, 5: 91, 134.
2, 22-23: 50.
2, 23: 151.
2, 27: 105, 152.
4, 12-13: 94.

4, 13: 63, 108, 153.
4, 15: 107.
5, 20: 92, 134, 139.

Judas
6: 113, 136.

Apocalipsis
1, 8: 134, 136.
5, 11: 76, 115.
5, 13: 142.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Abrahán: 69, 76, 85, 87,141, 174
Abramowski, L.: 96
Acacio de Cesarea: 176
Adán: 136
Ágabo: 63, 126
Ageo: 79
Agustín: 90
Alejandro de Alejandría: 86
Ambrosio: 60, 105, 153
Amós: 16, 24, 25, 55, 56, 68
ángeles (y jerarquía de): 78, 80, 81, 86, 115-116, 138, 154, 155; Gabriel 158
Antonio abad: 11
Aarón: 191
Ajab: 69
apóstoles: enviados 76, 119, 141
arrianismo (arrianos): 55, 73, 87, 95, 99, 132 [comparados a Caifás 99, 118], 133, 156, 201; tesis arrianas sobre el Verbo 133-134, 135, 136, 142; necios 141
Arrio: 12, 87, 100, 133, 172
Atanasio: 9, 11, 49, 50, 51, 53, 58, 61, 64, 84, 87, 92, 93, 99, 104, 107, 108, 109, 112, 113, 117, 118, 120, 124, 133, 135, 138, 140, 142, 143, 143, 146, 147, 148, 165, 176, 189, 193, 195, 200
Atenágoras: 90
Bardenhewer, O.: 28
Barbel, J.: 73
Baruc: 66, 91
Basilio de Cesarea: 22, 50, 73, 99, 104, 105, 116, 124, 155, 172
Basilio (Pseudo): 96
Bate, B. N.: 13
bautismo: mandato misional 76, 141, 159, 171; baño santo 182; baño de regeneración 183; nuevo nacimiento 185; un solo b. 159, 185; validez del b. 144; nos une a la Trinidad 62; bautismo de Juan 183; de los trópicos 119, 120, 121, 122
Belcebú: 37, 38, 39, 179, 183, 189, 190, 191, 192, 194, 197, 198, 199, 200, 201
Besleel: 141

Caifás: 99, 118
Caleb: 68
Calixto: 172
Campbell, Th. C.: 13, 97
Casey, R. P.: 10, 12,
Cattaneo, E.: 14, 33, 41, 62, 74, 81, 86, 109, 118, 121, 163, 168, 185, 189, 201
Cirilo de Alejandría: 97
Cirilo de Jerusalén: 22, 66, 104, 116, 118, 123

Concilio de Letrán (649): 186, 187
Concilio de Nicea: 50, 134, 139, 140
Concilio de Sardes: 11
Constancio emperador: 9, 11
Creador: el Verbo 52
criaturas: vienen de la nada 53, 101, 113, 137, 152, 160; vivificadas 105; selladas y ungidas por el Espíritu 105, 152; divinizadas en el Espíritu 112; mutabilidad 136
Cristo: anunciada la encarnación 70, 72, 73; encarnación 58, 71, 72, 117, 127, 144, 202; bautismo 58, 61; actúa por el Espíritu 62; promete el Espíritu 61, 62; lo da 61-62, 149; verdadero Hijo 92; nuestra filiación adoptiva 92; sabiduría del Padre 93; Autovida 104; ungido 105; síntesis 145; está en el Padre 145; es Dios 146; comportamiento humano 146-147, 186, 193, 194; ignorancia 147, 148; milagros 186-187, 189, 199; los herejes no conocen a Cristo 187; atenuantes para algunos errores cristológicos 187-188; gravedad de la blasfemia de los fariseos 188; las dos blasfemias, una menor y otra mayor, van contra el Señor 192, 194, 197; hijo del Hombre y Espíritu referidos a Jesús 194, 197; su pasión 201; su muerte 197
Crouzel, H.: 57

Daniel: 60,142, 199
Darío: 199
David: 59, 66, 71, 72, 114, 125, 129, 155
Díaz Sánchez-Cid, J. R.: 90
Dídimo: 60, 66
Dídimo (Pseudo): 56
Dios: unicidad 81; no es como el hombre 85, 174-175; una sola divinidad 86; Trinidad único Dios 86; lenguaje humano sobre Dios 88, 95, 96, 97; revelado que existe, no cómo existe 89; filantropía de Dios 92-93; el que es 102; fuente 91, 133, 135; luz 91, 133, 134; omnipotente 134; padre 133; siempre Padre 84-86, 174-176; es Padre e Hijo 84; el Padre es eterno 133; el Padre está en el Hijo 134, 139; inmutable e inalterable 136; creador 156; propiedades 140; inhabitación 159
Dölger, F. J.: 90

Epifanio de Salamina: 66, 82
Ernest, J. D.: 143
Espíritu Santo: esbozo de la pneumatología de Atanasio 17-23; único 97, 115, 116, 154; inmutable, inalterable, incorruptible 112, 113, 114; eterno 160; siempre el mismo 115; divinidad 10; blasfemia contra Espíritu 35-41, 178ss.; unidad con el Hijo 52; unido al Padre 77; Espíritu del Padre 86; Espíritu del Hijo 52, 99, 150; pertenece al Padre 150; es de Dios 102, 151, 169, 176, 177; está en Dios 165, 169; no es criatura 77, 78, 86, 109, 127, 156, 165, 177; no es ángel

77, 78, 114, 115; procede del Padre 53, 98, 129; del Padre 86; procesión 89-90; ídion-propio del Hijo 20, 53, 75, 110, 115, 116; propio de la sustancia del Hijo 111, 169; propio de Dios 101, 169; propio de la divinidad 78, 101, 112; propio de la divinidad del Padre 112, 114; donación del Espíritu 53, 61, 76, 94, 97-98, 151, 168, 176; y bautismo 57-58; Espíritu y Jesús 58; nombres del Espíritu (Paráclito, Espíritu de Dios, Espíritu de Cristo) 74, 168; Espíritu de filiación adoptiva 74, 111, 112, 169; Espíritu de santificación 74, 103; Espíritu de renovación 103; Espíritu del Todopoderoso 75; Espíritu de sabiduría 93; Espíritu de verdad 111; Espíritu de potencia 111; Espíritu de la gloria 111; inseparable de la divinidad 75; inseparable del Hijo 81, 157; nos une con Padre e Hijo 76; conduce al pueblo de Israel 77- 78; nos ilumina 91; filiación adoptiva 92-93; imagen del Hijo 96-97, 109, 167; energía 98, 123; enviado 98; glorifica al Hijo 98; recibe del Hijo 99; su relación con el Hijo 99, 149, 150, 151; origen del Espíritu 101; viene de Dios 102, 111 152; santifica 104; vivifica 104-105; Unción y Sello 105-106, 152, 153; perfume y forma del Hijo 153; diviniza 107-108, 112; imagen del Hijo 109, 114, 167; ubicuidad 114, 155; pertenece a la Trinidad 116; es subsistente 118; carismas 122; llamado Dios (*theologoúmenon*) 124; inseparable del Verbo 124, 129; glorificación del Espíritu 69, 124, 159; conocer al Espíritu a partir del Hijo 150, 155, 156; nos hace templos de Dios 153, 154; creador 156; participar del E. es participar del P. y del H. 158; inhabitación 159

Esteban: 54

Eucaristía: 195-196

Eudoxio: 35, 173

Eunomio: 35, 172

Eunuco: 63

Eusebio de Cesarea: 177

Eusebio de Nicomedia: 35, 173

Eutiquio de Constantinopla: 196

Ezequiel: 60, 67, 68, 70, 71

Faraón: 40, 200

fariseos: 166; su blasfemia 183; blasfemia y su gravedad 188-189; 193, 201

fe: fe en la Trinidad 86, 96, 117, 121, 127; fe en P. H. y E. S. 141, 160; fe de la Igl. en Cristo 187; obediencia de la fe 87; fe de Abrahán 87; nuestra fe 131; fe recta 136; rasgo distintivo de la fe 144, 145; católica 117-118, 159, 160; apostólica 80, 128; una sola fe 121, 127, 159; creer conforme a las Escrituras 171; la fe la de Igl. 173-174

Felipe: 68

Fernández Sangrador, J. J.: 61

Fitschen, Kl.: 10, 12, 28, 33, 42

Galtier, P.: 20, 41, 104
Geerard, M.: 33
Giuliani, G.: 20, 21, 22, 33, 140, 150
Gregorio de Elvira: 153
Gregorio Nacianceno: 74, 82, 90, 98, 110, 124, 175
Gregorio Niseno: 96, 172
Gregorio Taumaturgo (Pseudo): 96
Guijarro Oporto, S.: 61

Hanson, R. P. C.: 32, 42, 123, 173
Hauret, Ch.: 21, 53, 150
hermenéutica bíblica: cómo leer las Escrituras 13, 14, 15, 86-89, 90, 132, 143; no a base de raciocinios humanos 132; distinguir los estados del Verbo 145; pneuma como Espíritu Santo 56-58; dossier del AT 58-61; dossier del NT 61-65; pneuma como espíritu del hombre 65-66; pneuma como viento 67; pneuma como sentido espiritual 67-68; interpretación antropológica 69-70; interpretación cristológica de trueno consolidado 72
Hijo de Dios: es unigénito 84, 154; siempre Hijo 85; imagen y esplendor del Todo 85; Hijo del Padre 86; es engendrado 90; río y esplendor 91; vida 94; imagen del Padre 96-97, 109, 167; único 97-98, 154; enviado por el Padre 98; glorifica al Padre 98; relación con el Padre 99; propio de la esencia del Padre 100; glorifica, diviniza y da la filiación adoptiva a la creación 112; encarnación 126-127; sabiduría, esplendor y Verbo del Padre 132; es eterno 133; tesis arrianas blasfemas 133-134; omnipotente 134, 136; resplandor 134; verdadero Dios 134, 137, 139; está en el Padre 134, 139; consustancial al Padre 29, 135, 139, 140, 141, 148, 151; no es criatura 135, 144; inmutable, inalterable 136; creador 137; propio del Padre 139; blasfeman contra el H. de D. los arrianos y trópicos; sabiduría 151; impronta 151; esplendor 151; ubicuidad 155; creador 156; inhabitación 159; significado de Hijo 168; blasfemia contra el H. 179, 182
Hipólito: 118

Iglesia: fundada sobre la fe apostólica 117; católica 118; fe 119, 127; predicación 119; y Trinidad 159
imposición de manos: 62
Ireneo de Lyon: 74, 105, 118, 137, 171
Isaac: 77, 85, 141, 174
Isaías: 59, 68, 77, 79, 105, 125, 139, 146, 152, 166, 198.

Jacob: 60, 77, 80, 85, 114, 141, 174
Jammarrone, L.: 168
Jerónimo: 11, 12
Jesús hijo de Josedec: 79
Job: 113, 114
Joel: 60
Jonás: 67
Jones, A. H. M.: 9

José (patriarca): 80
Josué: 59
Juan Damasceno: 97, 112
Juan Evangelista: 63, 72, 91, 92, 94, 105, 107, 134, 139, 145, 152, 153, 186, 195
Judá: 141
Justino: 90

Kannengiesser, Ch.: 143

Ladaria, L. F.: 61
Laminski, A.: 13, 22, 54, 64, 86, 97, 116, 117, 150, 164
Lebon, J.: 10, 28, 33, 64, 74, 84, 126, 135, 160, 163, 168, 185, 201
Liberio: 11
Lippl, J.: 168, 185
Louth, A.: 53, 87
Lucas: 58
Lucífero de Cagliari: 9

macedonianos: 50
Marcos: 147, 193
María Virgen: 74, 117, 126, 158.
Martin, A.: 11
Martindale, J. R.: 9
Martínez Pastor, M.: 90
Meredith, A.: 143
Miqueas: 60
Moisés: 40, 76, 77, 78, 80, 87, 199, 200
Morris, J.: 9
Müller, G.: 13, 49

Najor: 174
Novato/Novaciano: 35, 37, 184

Oholiab: 141
Opitz, H. G.: 33
Orbe, A.: 73
Orígenes: 36, 57, 60, 66, 143, 179, 180

Pablo: 35, 57, 63, 66, 72, 78, 79, 80, 81, 87,94, 96, 100, 103, 106, 108, 111, 113, 124, 125, 133, 145, 150, 152, 154, 157, 159, 163, 167, 169, 170, 180, 184
Patrófilo de Escitópolis: 176
Pedro: 63, 104, 106, 111, 113, 125, 157, 190
pneumatómacos: 50, 127, 164
profetas: 169

Quasten, J.: 42

Resch, A.: 101,

Saake, H.: 13, 33, 50, 104
Sabelio: 118, 172
saduceos: 132
Salomón: 89
samaritana: enseñanza de Jesús 128-129, 196
Sansón: 59
Santiago: 72, 113
Segovia, A.: 98, 110
Serapión: 10-12, 23, 24, 28, 32, 33, 36, 41, 49, 127, 179
Shapland, C. R. B.: 12, 33, 42, 64, 67, 117, 168
Sieben, H. J.: 14, 143, 144
Simonetti, M.: 14, 143, 172,
Siriano: 9
Smythe, H. R.: 72
Sozomeno: 9, 50
Stülcken, A.: 33
Swete, H. B.: 41

Taciano: 90
Teognostos: 36, 179, 181
Téraj: 174

Tertuliano: 90
Tetz, M.: 9, 10, 11, 33
Timoteo: 24, 25, 73, 126
Tito: 103, 108
Torrance, T. F.: 22
Trevijano Etchverría, R.: 61
Trinidad: no es mezcla de Criador y criatura 52; no es díada 53, 119, 121, 160; unidad 118; es santa 80, 87, 96, 117, 121; perfecta 100, 112, 117; bienaventurada 80; indivisible 80, 86, 87, 88, 121, 159; semejante a sí misma 86, 121; inmutable 121; eterna 160; homogeneidad de la Trinidad 88; unidad inseparable 95, 182; es Dios 117; creadora 118; real y subsistente 118; único Dios 119; no se compone de creador y criatura 121; actividad única 123; carismas 158; es P. H. y E. S. 177
trópicos: 12-17; tropos 66, 73; trópicos 73; fundamentación bíblica 55; pneumatología 12-17, 50, 24-35; arrianismo 49, 50, 51, 73, 88, 127; blasfeman contra el Espíritu 51, 55, 83, 100, 163; pneumatómacos 50, 127, 164; insensatos, incoherentes 51, 121; Espíritu es criatura 50, 52, 56, 69, 73, 99, 109, 120, 121; un ángel 50, 73, 74, 79, 120; destruyen la Trinidad 52; separan a Cristo y al Espíritu 69; blasfemos 82, 160; le aplican los nombres de la familia 82- 83, 86

Valentín: 15, 73, 75

Walker, J. B.: 87, 96
Wolinski, J.: 98,

Zacarías: 24, 25, 61, 75, 125, 157
Zorobabel: 79

ÍNDICE GENERAL

SIGLAS Y ABREVIATURAS 7

INTRODUCCIÓN 9
1. Serapión, obispo de Thmuis 10
2. Los trópicos, nuevos herejes 12
3. Esbozo de la Pneumatología de san Atanasio 17
4. Las Epístolas a Serapión 23
   a) Epístola I 24
   b) Epístola II 28
   c) Epístola III 30
   d) Epístola IV 32
   e) Apéndice a la Epístola IV 35
5. Fecha de composición 41
6. La presente edición 42

BIBLIOGRAFÍA 43

ATANASIO
EPÍSTOLAS A SERAPIÓN
SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

EPÍSTOLA I 49
   Primera parte 55
   A. Refutación bíblica 55
   B. Refutación lógica 82

Segunda parte 101
A. Exposición de la enseñanza de la Sagrada Escritura 101
B. Exposición de la enseñanza de la Tradición 117

EPÍSTOLA II 131
Primera parte 132
Breve refutación del arrianismo 132

EPÍSTOLA III 149
Segunda parte 149
Breve refutación de los que niegan la divinidad del Espíritu Santo 149

EPÍSTOLA IV 163
Apéndice 178
La blasfemia contra el Espíritu Santo 178

ÍNDICE BÍBLICO 205
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 213

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente sociocultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.